

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

GRACIAS, DIVINO CORAZÓN



Núm. 1000

Sumario

CRISTIANDAD «semper fidelis» <i>José M.ª Alsina Roca</i>	3
Continuando el camino con fidelidad a sus orígenes <i>Gerardo Manresa Presas</i>	5
El porqué de esta revista	7
¿Somos pesimistas? <i>Ramon Orlandis, S.I.</i>	9
El padre Orlandis, continuador del padre Ramière <i>Francisco Canals Vidal</i>	15
Dos aniversarios	22
El lema de «Cristiandad» y su fundador <i>Roberto Cayuela, S.I.</i>	25
«CRISTIANDAD» y la encíclica «Annum Sacrum» <i>Ramon Orlandis, S.I.</i>	29
Schola Cordis Iesu y la revista «Cristiandad» <i>José M.ª Petit Sullá</i>	31
¿Por qué hablamos de historia? <i>Domingo Sanmartí Font</i>	33
San Pablo, profeta <i>Enrique Freixa Pedrals</i>	35
La rosa deshojada <i>María Asunción López Suñé</i>	38
Presencia de san José en el pontificado de Juan Pablo II <i>Francisco Canals Vidal</i>	42
La primacía de la persona según la doctrina de santo Tomás <i>Jaime Bofill Bofill</i>	43
Los Ejercicios de san Ignacio y la esperanza del Reino de Cristo <i>Juan Manuel Igartua, S.I.</i>	47

Año LXXIII - Núm. 1000
Noviembre 2014

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
08002 BARCELONA
Redacción: 93 317 47 33
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

ESTE número conmemorativo de la propia historia de la Revista hemos querido que sea un recuerdo y homenaje de agradecimiento hacia aquellas personas que inspiraron o sostuvieron de manera destacada la Revista a lo largo de estos 70 años. Son muchas las personas que desde los primeros años hasta nuestros días han realizado un trabajo decisivo para que la Revista haya podido mantenerse en su propósito original con fidelidad y espíritu de servicio a la Iglesia. Ante la imposibilidad de recoger alguno de artículos de cada uno de ellos, hemos elegido a las tres personas que representan las tres generaciones y que su aportación fue fundamental en los momentos más cruciales de este largo recorrido.

En primer lugar, su inspirador y de algún modo fundador, aunque no quería reconocerse con este título, el padre Orlandis. A él se debe la orientación y contenido de la revista, fruto manifiesto de la formación que desde los años veinte los miembros de Schola Cordis Iesu, redactores de la Revista, recibieron de este gran maestro y director de espíritus. Dos muestras altamente significativas de lo que quiso hacer el Padre con la Revista: el nombre de CRISTIANDAD, que no es fruto de una evocación nostálgica de una época ya totalmente superada sino la afirmación esperanzada de la necesidad de ordenar todo lo humano y social según los planes de Dios; y también su lema: «Al Reino de Cristo por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús». En él se sintetiza todo el programa del padre Orlandis, fiel continuador, como el mismo reconocía, de la labor apostólica del padre Ramière.

En segundo lugar, a Francisco Canals. No perteneció a la primera generación de jóvenes universitarios y su relación con el padre Orlandis es prácticamente contemporánea con el inicio de la Revista. Durante la vida del Padre inicia sus primeras colaboraciones con la revista y pocos años más tarde ya encontramos en sus páginas algunos de sus artículos de contenido histórico, filosófico o teológico que manifiestan la genialidad de su pensamiento unido a su pasión por la búsqueda de la verdad, la defensa intrépida de la fe y su fervor apostólico. Los que conocieron al padre Orlandis pudieron transmitir a los más jóvenes el testimonio sobre la fidelidad de este también gran maestro como el continuador fiel de una vocación al servicio de la devoción al Corazón de Jesús como el remedio providencial de los males de la sociedad actual.

A partir de los años sesenta un nuevo grupo de universitarios, a través del magisterio de Canals, llegarán a formar parte de Schola y a colaborar en la Revista. Destaca entre ellos José María Petit, que hasta su muerte, acaecida en 2011, fue el alma y también maestro de las nuevas generaciones. Como profesor, su labor de formación de las nuevas generaciones, que hoy ya colaboran en las páginas de la CRISTIANDAD, ha garantizado que podamos mirar el futuro de la revista con esperanza.

También hemos querido en este número, a través de los artículos que publicamos, la mayor parte reproducciones, que el lector conocedor o no de la Revista pueda tener una muestra muy significativa de lo que ha sido, de lo que es y de todo lo que con la gracia de Dios quiere continuar siendo.

CRISTIANDAD “SEMPER FIDELIS”

JOSE MARIA ALSINA ROCA

AL cumplir los setenta años de su aparición la revista CRISTIANDAD publica su número mil. Un largo camino recorrido que invita a una gozosa reflexión. En primer lugar, renovar nuestra acción de gracias al Corazón de Jesús por habernos concedido el don de la fidelidad y de la perseverancia. En estos años se han sucedido los entusiasmos pasajeros hacia modas efímeras, las dificultades insalvables para muchas iniciativas apostólicas, que, ante el conjunto de contrariedades, no han podido continuar con la tarea emprendida, la desaparición de publicaciones, como consecuencia del fallecimiento de los que las iniciaron y la falta de personas que le supieran dar continuidad, y otras que si bien continuaron con el mismo nombre, su contenido ya no tiene nada que ver con los propósitos originales. CRISTIANDAD, con audaz modestia y sobrenatural intención, ha continuado proclamando al servicio del Reinado de Cristo su fidelidad a la voz del Magisterio de la Iglesia, que nos recuerda constantemente que el mundo sin Dios no tiene salvación.

Según nos han contado los que conocieron el padre Orlandis, y el lector encontrará referencia indirecta de esta anécdota en el artículo que reproducimos del padre Cayuela, cuando salió la revista con el lema «Al Reino de Cristo por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús», algunos comentarios sobre el futuro de la Revista expresaron cierto escepticismo sobre la posible duración de la misma: «Una revista dedicada al Corazón de Jesús que pretendía tratar temas de índole cultural, histórico, social y no reducir sus artículos a lo meramente piadoso, pronto agotaría sus posibilidades temáticas». Pasaron los años y se pudo comprobar lo equivocado de aquel apresurado juicio. Sin embargo, continuaron pensando que la Revista no tendría larga vida; era la obra de una persona carismática, pero una vez faltase el que había sido su inspirador —el padre Orlandis—, que ya tenía una edad avanzada, la Revista no encontraría quien pudiese darle continuidad. El padre Orlandis falleció en 1958 y después de una brevísima interrupción volvió a salir aquel mismo año y así hasta nuestros días. Todos aquellos que colaboraron en la tarea inicial de la Revista ya habrán recibido el premio eterno por sus desvelos apostólicos y hoy podrán contemplar gozosos como se han ido sucediendo las generaciones que han dado continuidad a la revista.

¿Que pretendió el padre Orlandis con la publi-

cación de la revista?, o lo que es lo mismo, ¿cuál sigue siendo hoy su razón de ser? Podemos contestar a esta pregunta del mismo modo que respondía el padre Orlandis cuando le preguntaban por qué trataba cuestiones tan diversas, como la historia, la sociología, la política, la teología, con aquellos universitarios, luego profesionales en distintos ámbitos docentes, técnicos y profesionales, que desde el año 1925 reunió en torno suyo para formarles y dirigirles espiritualmente. Trato —decía al padre Orlandis— de formarles para que sean celadores del Apostolado de la Oración. La respuesta era para muchos desconcertante: tanta «ciencia» para algo tan sencillo como debía consistir el ser miembros activos del Apostolado de la Oración. Con aquella extensa y profunda formación pretendía suscitar en aquellos jóvenes los mismos ideales por los que había trabajado tan intensamente y con tanta fecundidad el padre Ramière. Se trataba de poner su vida espiritual, su modo de ver el mundo, su vida familiar, y si era posible también su actividad profesional al servicio de un gran ideal que se puede resumir en la petición del padrenuestro que el padre Ramière eligió como lema del Apostolado de la Oración: «Adveniat Regnum tuum». Rezar, trabajar, vivir para que se realice en el mundo aquella promesa que santa Margarita María Alacoque escuchó repetidas veces del Sagrado Corazón: «Reinaré a pesar de sus enemigos». Y esto tenía una doble consecuencia: en primer lugar, promover una actitud de discernimiento sobre la sociedad que nos rodea, constatando como el mundo esta abocado a una profundo desastre, como subrayaba el padre Orlandis, humanamente inevitable. Pero esta juicio no les arrastraba a un estéril pesimismo; al contrario, movidos por las promesas ya anunciadas en el Antiguo Testamento, renovadas por distintos caminos y confirmadas por el actual magisterio de la Iglesia, consideraban que lo más urgente y necesario, y lo único que puede cambiar el mundo, es la oración confiada al Corazón de Jesús para que el mundo reconozca a Cristo como único Dios y Señor. Esta fue en síntesis la formación que el padre Orlandis dio a aquel grupo de jóvenes universitarios que después de las agitadas circunstancias por las que atravesó España en aquellos años, junto con el paso del tiempo, fueron motivo para crecer en responsabilidad apostólica y madurar en todo los aspectos. Llegó el momento de que aquella sólida

y larga preparación espiritual y doctrinal tuviera consecuencias visibles y públicas. El fruto fue la publicación de la revista que significaba por parte de todos una actitud de valentía y audacia apostólica; como decía el padre Orlandis, había llegado el momento de «descararse» de tener un altavoz que, al servicio de la Iglesia, proclamara aquellos grandes ideales en que se habían formado los de «Schola».

Este propósito que da explicitado en el número «specimen» de la revista:

«Casi sin excepción, cuando una revista aparece, viene a llenar algo tan fríamente geométrico como debe ser lo que se ha dado en llamar un vacío. Cristiandad, más que a llenar un vacío, viene a crearlo y hacerlo sentir.

»Viene, en primer lugar, a despertar de nuevo el interés de los católicos por todas aquellas cuestiones fundamentales que, poco a poco, se han ido apartando de la zona de sus preocupaciones, y especialmente por los problemas que afectan directa e indirectamente al perfeccionamiento y a la existencia de la Sociedad. Pero, sobre todo, frente a la inconsciencia y el pesimismo provocados por la magnitud de los males presentes, CRISTIANDAD, sin disimular el peligro, ni cerrar los ojos ante él, viene a fomentar la esperanza y a levantar los corazones, proyectando la historia, y por tanto el momento que vivimos, en la esfera superior del plan de Dios.

»Como anticipo y muestra de lo que será, Dios mediante, CRISTIANDAD, presentamos hoy este ejemplar. Por él se verá que no pretende descubrir una doctrina nueva, ni sentar cátedra alguna; sino, simplemente, proponer y divulgar las enseñanzas de la

Iglesia, de sus Romanos Pontífices, y de sus Doctores, manantial inagotable de eterna salud.

»... CRISTIANDAD no viene a ser una Revista de carácter piadoso o eclesiástico propiamente dicho; ni menos una revista política. Será, en cambio, una revista 'social' en su sentido más amplio, porque se interesará por todos los problemas de la Sociedad Civil, aunque desde el punto de vista cristiano; y también una revista 'religiosa', porque se interesará por los temas religiosos, aunque desde el punto de vista social. Y todo ello encaminado a llevar a la mente y al corazón de sus lectores esta consoladora verdad: que sólo en el Reinado social de Jesucristo, eficaz promesa de su Divino Corazón, encontrará la Sociedad el remedio de los gravísimos males que actualmente la afligen y amenazan.»

Después de setenta años seguimos con el mismo propósito: reafirmar la necesidad de la gracia de Dios para la ordenación temporal. Sólo el mundo logrará la paz tan ansiada cuando se realice lo que afirmaba Pío XI: la paz de Cristo sólo es posible en el Reino de Cristo. A luz de la teología de la Historia, aquella ciencia que el padre Orlandis cultivó con singular lucidez y genialidad, y CRISTIANDAD a querido hacerse eco de ello, contemplamos este mundo profundamente desorientado y sometido, como decía el cardenal Karol Wojtyla en *Signo de contradicción*, a la tentación satánica más radical de todo los tiempos, pero al mismo tiempo de forma misteriosa pero con signos que creemos evidentes, afirma también Karol Wojtyla, la Iglesia está a la espera de un nuevo advenimiento, un tiempo de abundantísima misericordia en el que será escuchada la plegaria que sale de nuestros labios en cada eucaristía: «Ven Señor Jesús».

Advertencia previa

CRISTIANDAD, al elegir este nombre, declaró sin rebozo qué vida quería vivir, que quería vivir en un todo del espíritu cristiano, del espíritu de la Iglesia de Jesucristo, de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la Iglesia romana, única verdadera, de la Iglesia cristiana auténtica.

CRISTIANDAD, por ser CRISTIANDAD, no se encoge ante el peligro de que la motejen de beata y así sin ningún asomo de empacho se profesa a la luz del día devotísima del Sagrado Corazón de Jesús, lo cual a no pocos cristianos podrá parecer una sencilla beatería. [...]

No es empero el espíritu de Cristo y de su esposa la Iglesia espíritu de congojas y apreturas. Donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad, la libertad verdadera, la libertad de los hijos de Dios. Por esto precisamente, porque se entrega sin recalcitraciones ni titubeos, sin tacañerías ni minimismos al espíritu maternal de la Iglesia, CRISTIANDAD se gloria de vivir en la legítima y genuina libertad. Por esto siempre dejará a sus redactores y colaboradores la justa y honesta libertad de opinar, en todo aquello que la Verdad eterna deja a la discusión bienintencionada y caritativa de los humildes mortales.

Ramón ORLANDIS, S.I.: *Cristiandad*, núm. 27, de 1 de mayo de 1945

Continuando el camino con fidelidad a sus orígenes

GERARDO MANRESA PRESAS

CUANDO miramos hacia atrás y observamos lo sucedido en la historia de la revista **CRISTIANDAD** a lo largo de los mil números editados, no hay ninguna duda de que lo primero que hay que hacer es dar gracias a Dios por todo lo que ha ocurrido en **CRISTIANDAD** durante estos setenta años.

En el editorial del primer número se decía que la revista lo primero que debía hacer es dar gracias a Dios y, transcurridos todos estos años, continuamos y acrecentamos nuestras gracias a Dios, pues es un don suyo muy grande que todavía esté apareciendo. Esta larga existencia de la revista es un don especial del Señor, pues, apenas nacida, la primera cuestión que plantearon personas poco conocedoras de «cuál es la anchura, la largura, la altura y la profundidad y el conocimiento de la caridad de Cristo»¹ fue su permanencia, pues según decían «no hay tantas cosas que decir sobre el Reino de Cristo y la devoción al Sagrado Corazón, el tema “no da para tanto”». Pues aquí estamos todavía.

En el mismo primer editorial de abril del año 1944 se decía que, tras la acción de gracias, debíamos tener una gran confianza en el Señor. Aunque nosotros hemos fallado mucho en ello, el Señor ha tenido misericordia y ha hecho que sigamos intentando conseguir que **CRISTIANDAD** sea un instrumento para comunicar a los lectores lo que desde el primer día ha sido nuestro lema: **AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA**. Esta ha sido nuestra intención desde aquel primer número y mejor o peor lo hemos ido procurando.

Cuando el padre Orlandis tomó en consideración la idea que había tenido un grupo de personas reunidas en una comida de homenaje de publicar una revista, les animó a continuar en ella, les dio algunas ideas básicas que debían ser el fundamento de la continuidad de la Revista y les dijo:

«Venimos estos días tratando de la utilidad de publicar una revista que fuera una comunicación *seria pero no magistral* de nuestros anhelos y esperanzas en el reinado de Jesucristo; una especie de exteriorización de nuestro “ensueño”, como hacían los Apóstoles al hablar de lo que debía ser la sociedad cristiana.

»Tenemos para esta labor la fuerza todopoderosa de una convicción de virtualidad única y salvadora, y en cuanto a nuestra falta de preparación la suplire-

mos no queriendo dar lecciones sino recibirlas, admitiendo y buscando toda aportación, planteando problemas y aplicando la piedra de toque del método de Sócrates –de ironía finísima al servicio humilde de la verdad– con respecto a los criterios y soluciones propuestas».

Los consejos que el padre Orlandis dio a los futuros redactores se orientaban no a «hacer una revista para ser mirada, ojeada, para ser leída, ni tan siquiera para ser observada sino que la revista **CRISTIANDAD** debía ser meditada. Si no se consiguiera esto, que sus lectores no meditaran su contenido, habría fallado en un extremo de importancia decisiva». Este era el propósito expuesto en uno de sus editoriales del año 1945. ¡Ojalá hubiéramos cumplido siempre este deseo de su inspirador!

Uno de los fines de toda institución es mantener la fidelidad al carisma recibido a pesar de las dificultades que se vayan encontrando por el camino, viendo como otras instituciones alejándose del carisma encomendado por sus fundadores, por causas de la época, van adoptando otros ajenos completamente al inicial, creyendo que de esta forma se puede mantener la misión para la que ha sido creada. Sólo el mantenimiento de nuestro carisma fundacional, que nos permite saber quiénes somos y qué quiere Dios de nosotros, realizado en todo momento a lo largo de nuestra vida, nos permitirá ser fieles a nuestro lema fundacional: **AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA**.

Plura ut unum

ESTE celo por mantener nuestro lema nos ha hecho insistir en las ideas-fuerza que nos ayudaban y ayudan a progresar en nuestro caminar para presentar todos los aspectos del Reino de Cristo que debemos hacer llegar a todos nuestros socios y lectores. Hay que recordar que nuestro inspirador, el padre Orlandis, siempre nos repetía con insistencia que todos los campos de esta vida tienen que ver con el Reino y que no se puede dejar ninguno de ellos fuera del temario de la Revista; así desde el primer día nuestra revista tomó además una divisa que nos lleva en esta dirección: el lema *Plura ut unum* (Para que todas las cosas sean uno) apareció en las páginas de **CRISTIANDAD**. La Revista trata

1. Ef 3,18-19.

de muchos temas que a muchas personas les parecerían un poco fuera de lugar, pero nada de todo lo creado está fuera del Reino de Cristo. Todo ha sido redimido por Él.

La tradición de la tertulia que existía en *Schola Cordis Iesu* iba alimentando los temas que después de horas de lectura y estudio, serían traducidos en artículos escritos que aparecerían en la Revista.

La Revista, como ya se ha insistido muchas veces, apareció como fructificación de más de quince años de estudio y tertulia entre un grupo de jóvenes devotos del Corazón de Jesús y que, siguiendo las enseñanzas y escritos del padre Enrique Ramière, y siguiendo los consejos del padre Orlandis, con entusiasmo arrancaron a caminar. La larga vida y la fructificación espiritual de *Schola Cordis Iesu* y de la revista *CRISTIANDAD* parten de aquella promesa del Sagrado Corazón a santa Margarita María de Alacoque de bendecir abundantemente las empresas de sus devotos y que ella expresa en sus cartas al padre Croiset: «Respecto a aquellos que se emplean en hacer que sea conocido y amado, ¡oh!, si yo pudiera y me fuera permitido expresarme y dar a conocer las recompensas que recibirán de este adorable Corazón, diríais como yo: ¡Dichosos aquellos a quienes *Él empleare en la ejecución de sus planes!*». ²

Clama, ne cesses

COMO toda obra humana la revista ha tenido desde su inicio momentos de crisis junto con los momentos de esplendor. Una falta de medios económicos y el fallecimiento del padre Orlandis provocaron unos meses de suspensión, pero el celo que movía a sus discípulos, especialmente a Francisco Canals y M^a Asunción López, arrastraron a todos los demás a seguir pocos meses después con el deber apostólico de repicar con la doctrina del amor y la misericordia del Corazón de Cristo que el inspirador de la Revista había señalado.

Desde entonces han pasado tres generaciones de colaboradores y creemos que el lema del reinado del Sagrado Corazón sigue llenando los corazones de los miembros de *Schola Cordis Iesu* y los redactores de la Revista siguen siendo fieles al *Clama ne cesses* que desde el primer número aparece con una campana en la revista.

2. Carta 3^a al padre Croiset, S.I. (15-9-1689).

Estos setenta años nos podrían hacer pensar que *CRISTIANDAD* es una revista «importante» pero sabemos que, como dice la beata Celia Martin, «con frecuencia los que tienen fortuna en su mayoría se conducen con una suficiencia insufrible» y también que «bien sabemos que la prosperidad constante aleja de Dios»³ y por ello el padre Orlandis nos hizo tener mucha devoción y profundizar en los escritos de santa Teresita del Niño Jesús para que nos mantuviéramos pequeños y estuviéramos siempre dispuestos a ser su pelotita y así vivir siempre en un «rinconcito» de su Corazón.

Sólo con esta postura de sabernos humildes y pequeños podremos continuar haciendo una revista que pueda ser instrumento de bien para el Reino de Cristo. No podemos olvidar nunca los tres escollos de que nos hablaba el padre Orlandis en su charla del día de Cristo Rey de 1942:

«Tres escollos pasemos a considerar: la pereza, bajo capa de ocupaciones; el respeto humano, bajo la de prudencia; la ambición, aun disfrazada. La pereza es un mal general que nos hace inertes (veamos cómo luchamos, en cambio y aprovechamos ocasiones para lo que nos tiene interés). Por el respeto humano hacemos lo que un cazador que se pasara la vida apuntando en espera de un momento oportuno que nunca encontrará. Y en cuanto a la ambición, recordemos que de Dios siempre viene la paz y por consiguiente cuanto signifique preocupaciones no procede de Él; un excesivo cuidado por las cosas de la vida es, en el fondo, falta de confianza, y esto le desagrada en nosotros.»

Estos consejos del padre Orlandis han de ser siempre motivo de reflexión para nosotros y para las futuras generaciones de redactores de *CRISTIANDAD* porque sólo teniéndolos presentes y sobreponiéndonos a ellos podremos, con la ayuda de Dios, llevar adelante nuestra revista y anunciar la esperanza en el Reino de Cristo que será fruto de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

¡No permita el Señor que perdamos este «rinconcito» de su Corazón, porque sólo así tendremos muchos años de vida y la fructificación apostólica de nuestros ideales será grande! Ésta es la única garantía de continuidad que tenemos. Sólo con esta disposición está asegurada, por muchos años, la vida de *Schola Cordis Iesu* y de la revista *CRISTIANDAD*.

3. Carta de Celia Martin a su hermano Isidoro (07/1872).

El porqué de esta revista*

La Providencia y la sociedad

LA idea de una Providencia que rige los destinos de los pueblos, como rige los de cada individuo, es la base de toda concepción profunda de la sociedad y de la historia. La conciencia de este hecho se agudiza, empero, entre los hombres reflexivos, cada vez que la humanidad atraviesa momentos graves de crisis.

¿Por qué sucede así? Porque de otra suerte, estos males serían fruto de un azar ciego, y esto repugna profundamente a la inteligencia y al corazón humanos.

En cambio: si los males que aquejan a la humanidad no escapan al gobierno de un Dios providente y bueno, estos males, de otra suerte desesperantes, adquieren para el hombre la razón de ser de todo aquello que, aunque no alcance a comprender, ve claramente, con todo, que está incluido en un orden.

Basta la luz natural de la razón para creer en una Providencia. Pero la luz de la fe da a un cristiano nuevas precisiones y nuevas esperanzas respecto a los planes de Dios sobre los hombres.

Por esto CRISTIANDAD, que viene a luchar por la implantación de un orden divino entre los hombres y las sociedades, afirma desde el primer instante que este orden debe necesariamente basarse: 1.º, en una concepción sobrenatural de la vida, y 2.º, en una unión estrecha con la Iglesia y con su Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra.

Por la importancia que tienen estas afirmaciones nos detendremos un momento en aclararlas.

1.º *Una concepción sobrenatural de la vida es necesaria para restablecer el orden en la sociedad.*

Dios ha creado al hombre para vivir en sociedad. En esta sociedad el hombre debe conocer, amar y servir a Dios nuestro Señor.

La naturaleza misma del hombre exige uno y otro extremo. Pero una doble realidad ha venido a modificar las condiciones en que el hombre deberá realizar esta convivencia y servir en ella el plan de su Criador.

La primera, fuente de todos los egoísmos, no es otra cosa que la corrupción de la naturaleza humana por el pecado; la segunda, fuente de todas las generosidades, es la elevación de esta naturaleza corrompida al orden divino de la gracia.

Y esta gran realidad de la gracia no viene a superponerse al hombre de un modo extrínseco, como pretendía Lutero, sino que penetra la esencia misma de su alma.

Si esto es así, si en el hombre esta realidad sobre-

natural transforma íntimamente su naturaleza, sería un desperdicio de fuerzas, sería volver a introducir la división en su seno no procurar que transformara también íntimamente su vida.

No basta, en efecto, a un cristiano tener fe: debe vivir de su fe. Este vivir de la fe es la caridad.

Únicamente así es posible no sólo el orden interior de sus potencias, sino el orden exterior con sus semejantes. El naturalismo en todas sus formas es, por consiguiente, el primer enemigo que CRISTIANDAD viene a combatir.

2.º *Una sumisión filial a la Iglesia es necesaria para restablecer el orden entre las sociedades.*

El hombre debe servir a Dios en sociedad. Acomodándose a su naturaleza, la gracia se le reparte, también, socialmente; y en sociedad gozará en el cielo de su inmenso destino.

Esta sociedad sobrenatural del hombre con Dios y con los bienaventurados es la Iglesia.

Y así como veíamos que la realidad sobrenatural de la gracia traía necesariamente consigo una consecuencia de orden natural: la ordenación y pacificación de nuestra vida, semejantemente: la realidad sobrenatural de la Iglesia ha de traer consigo necesariamente una consecuencia de orden natural, el día que sea plenamente aceptada por todos: la ordenación y pacificación de los pueblos.

La compenetración entre la sociedad civil y la eclesiástica que esto supone; la aceptación plena por parte de las naciones y estados, en cuanto tales, de la Iglesia *como Madre*, es un ideal tradicionalmente expresado por un nombre: CRISTIANDAD.

Este ideal ha sido vivido y realizado, de un modo incipiente, por los siglos mejores de la Edad Media. Pero el protestantismo vino a malograr esta obra, destruyendo el principio de unidad y organización que representaba, y conduciendo fatalmente al filosofismo, para desembocar en las revoluciones.

Sólo el reconocimiento de la soberanía social de Jesucristo, por medio de su Iglesia, puede salvar a la sociedad del estado de división y descomposición en que se encuentra. Pero un grave error se opone a este remedio: el liberalismo, o la indiferencia religiosa, y la opinión errónea que muchos, aun católicos, tienen de él, considerándolo como un acercamiento a la fe, cuando en realidad es más dañino que la impiedad misma, porque es más ofensivo el desprecio que el odio.

Este es el segundo error que CRISTIANDAD viene a combatir.

*Del número *specimen*, diciembre de 1943.

Naturalismo y liberalismo

NATURALISMO y liberalismo son, pues, los principales enemigos del ideal de CRISTIANDAD. No son los más violentos, pero son, indudablemente, los más insidiosos. Bajo aspectos de prudencia o de equidad, minan las convicciones mismas de los buenos católicos. Todos los demás se originan de ellos, o son matices suyos. Una vez han llegado a introducirse, queda la puerta abierta para todas las formas, de gravedad creciente, que se escalonan por las pendientes del ateísmo y de la revolución.

El naturalismo y el liberalismo tienen en este momento, una gravedad especial: empapan hasta tal extremo nuestro ambiente, nos son tan connaturales, que escapan constantemente a nuestra observación, por lo que a veces es casi imposible reaccionar contra ellos.

Por esto CRISTIANDAD, sin dejar de combatirlos directamente, va a emplear un método indirecto de eficacia positiva: contra el naturalismo, la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el liberalismo, la proclamación de la soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar a la sociedad.

El ideal de CRISTIANDAD y la devoción al Corazón de Cristo

AL amparo de estas concepciones, fue constituido en el pasado siglo el Apostolado de la Oración, por el que es casi su fundador: el insigne jesuita francés padre Enrique Ramière.

Adveniat Regnum tuum es su aspiración central y su razón de ser.

Este reino, fundamentalmente sobrenatural, tendrá también en el cielo su fundamental cumplimiento. Pero, ¿es aventurado esperar, a modo de «añadida», también un reinado de Cristo sobre las naciones y Estados de la tierra? ¿Es aventurado esperar un cumplimiento real y efectivo de lo que ya llamamos corrientemente el «Reinado social de Jesucristo»?

Enrique Ramière no lo creyó así. A la vez que reconocía la gravedad de los males que afligían al mundo bajo una forma nunca vista hasta entonces: la apostasía de las naciones, vio en las tendencias más honradas de las sociedades, en la revelación auténtica contenida en las Escrituras y en la tradición cristiana y, sobre todo, en las revelaciones de Paray-le-Monial, los más serios motivos de esperanza.

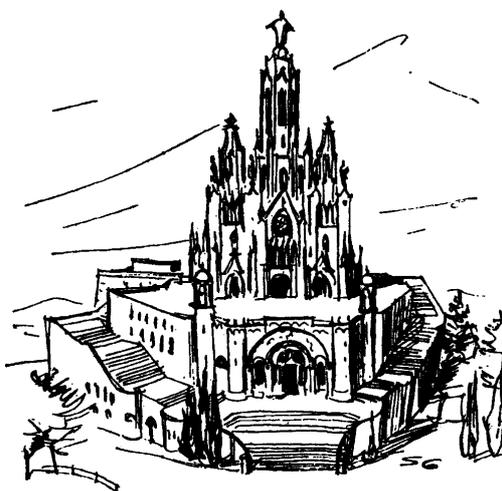
Desde entonces, los sumos pontífices nos van alentando con ella. Desde entonces, la devoción al Corazón de Cristo, que en Paray se nos presentaba como el remedio eficaz para conseguir la curación de nuestra sociedad, ha continuado adentrándose, cada vez más, en la vida de la Iglesia, hasta culminar en la fiesta de Jesucristo Rey.

La fiesta de Jesucristo Rey

Es importante hacer notar que la fiesta de Jesucristo Rey es, precisamente, la coronación y término de la devoción al Sagrado Corazón que se iniciaba en Paray. Su institución viene, por lo tanto, a proclamar que la realeza de Cristo es una realeza de amor.

Pero es que, además, la institución de esa fiesta es, a la vez, la proclamación de una esperanza. Pío XI nos lo dice en su encíclica *Miserentissimus*: «Al hacer esto (institución de la fiesta de Jesucristo Rey), no sólo poníamos en evidencia la suprema soberanía que a Cristo compete sobre todo el universo... sino que *adelantábamos ya el gozo de aquel día dichosísimo en que todo el orbe, de corazón y de voluntad, se sujetará al dominio suavísimo de Cristo Rey*».

CRISTIANDAD encuentra en ello nuevo aliento y por esto no vacilará, desde el primer momento, en invitar a sus lectores a penetrar cada vez más en la devoción a este divino Corazón «en cuyo amor hemos creído»; y a luchar, fortalecidos por él, por la dilatación de su reinado sobre los individuos y sobre las sociedades.



¿Somos pesimistas?*

RAMON ORLANDIS, S.I.



Ramón Orlandis, S.I.

UNA súplica reiterada del director de CRISTIANDAD me ha obligado a escribir el artículo que se sigue, en este día tercer aniversario de la publicación de la Revista. La razón que ha tenido para hacerme esta petición ha sido el deseo de que la revista se haga cargo de una observación benévola y caritativa, hecha por una persona de calidad y dignísima no sólo de toda nuestra atención y respeto, sino también de nuestro agradecimiento, ya que manifiesta su interés por nuestra obra con palabras y con obras, y por cierto que entre estas pruebas de interés no pondríamos en último lugar el que se haya dignado hacer la observación de que CRISTIANDAD se hace cargo, con toda la atención y la buena voluntad de que es capaz.

El que suscribe este artículo, en los pocos que ha publicado en la Revista, para nombrarse siempre se ha valido del pronombre plural «nosotros»; no era su intención que el tal pronombre fuera el llamado mayestático, bastante caído en desuso, sino la creencia de que en aquel momento hablaba como intérprete de la mente de todos los que forman el

núcleo de la Redacción. Hoy me propongo usar el pronombre singular porque tal vez diré algo que sólo a mi persona singular se puede atribuir.

Debo advertir que como no he tenido el honor de conferir personalmente con quien ha hecho la observación que recogemos, no conozco su pensamiento en forma precisa y clara; y así no adivino con suficiente seguridad qué es lo que ha hallado en la Revista que pueda haber motivado la observación a que en este artículo se atiende.

Se refiere esta observación a cierto pesimismo que nota en CRISTIANDAD quien nos la hace y que pudiera, según él, producir en los lectores un efecto de acobardamiento con la consiguiente inercia. A través del intermediario así concibo yo el pensamiento de quien nos hace la observación; pero he de confesar que no adivino si este efecto pesimista nace de lo que dice la Revista o de lo que calla, o del tono con que lo dice. Tal vez hubiera sido más conveniente antes de escribir el artículo, procurar una más exacta información; pero por una parte se me urge para que lo redacte, y por otra, aún sin conocer con precisión la observación que lo ocasiona, me será dado poner ciertos puntos, a nuestro parecer de importancia, en su debido lugar.

Hagamos, pues, la suposición de que se nos dice de CRISTIANDAD que es pesimista en sus maneras de ver, jugar y hablar y que esto puede engendrar en los lectores caimiento de espíritu e inacción.

Conste que CRISTIANDAD no tan sólo agradece esta observación y cualquiera otra que se le haga, sino que además tiene propósito firme de examinarse con toda sinceridad y exacción para enmendarse en cuanto le sea posible. Y el que suscribe este artículo, que como en otra ocasión dijo, se considera como el *curador espiritual* de CRISTIANDAD en su menor edad, se siente en la obligación de tener participación en este examen, cuyo resultado habrá de recaer no poco sobre su propia responsabilidad.

Dos puntos de consideración son, a lo que creo, los que ha de poner ante sí al examinar su propio espíritu por lo que se refiere al pesimismo o al optimismo.

1.º ¿Los criterios, los modos de ver y de juzgar de CRISTIANDAD, son en realidad de verdad pesimistas?

2.º Dado que no lo sean ¿falta a CRISTIANDAD aquella prudencia que ordena que no todo aquello que es verdad se diga, para no ocasionar males que del conocimiento de lo verdadero pueden seguirse?

*Reproducido del número 73, abril de 1947.

Dos pesimismos

EN primer lugar, ¿los criterios y los modos de ver de CRISTIANDAD son en realidad pesimistas? Advirtamos ante todo que este calificativo puede tener dos sentidos, lo cual si no se tiene en cuenta, al aplicarse engendra confusión.

Un médico visita a un enfermo y juzga con serena objetividad que la enfermedad es incurable: se dice del dictamen del médico que es pesimista. Hablando con propiedad habría que aplicar el calificativo no al médico ni a su dictamen, sino a la realidad del mal; el dictamen del médico no hace si no afirmar un mal que en realidad existe; tal vez no habrá sido bastante mirado o prudente al manifestar su juicio delante de personas a quienes la verdad podría ocasionar males, pero esto nada merma de lo acertado del dictamen.

Otro médico se ha ganado merecida fama de impresionable, de imaginativo, de misántropo; visita a un enfermo y diagnostica que el mal es grave, que se ha de temer lo peor. En medio de su aflicción, a la familia del enfermo le queda una esperanza. El médico consultado todo lo ve negro; ¡es un pesimista!, tal vez se equivoca, sin duda exagera.

Esta distinción es absolutamente necesaria para instituir un examen de conciencia en orden a averiguar si en un espíritu o en una conducta influye o interviene el auténtico pesimismo, del cual no es ejemplar el primer médico, sino el segundo.

Presupuesto

CRISTIANDAD, como cualquier publicación que no se avenga a ser anodina, se halla en la necesidad de tener opinión, de manifestarla y de sostenerla, y esto no tan sólo en los problemas generales de doctrina y de principios, sino también en los de hecho. CRISTIANDAD, por ejemplo, con la debida prudencia y moderación, aun a riesgo de equivocarse, ha de intentar comprender la actual situación del mundo y de sus constituyentes y desentrañar los bienes y males, las venturas y desdichas de que para un futuro más o menos próximo o lejano está preñado el mundo actual. Que en los juicios de hecho y de valor a que aludimos pueda influir el sentimiento o el prejuicio es indiscutible, y que en casos aislados influyan es poco menos que inevitable. En tales casos puede decirse que suele errar más quien menos piensa que yerra. Por esto será gran remedio y gran preventivo para no errar o siquiera para errar menos el prestar siempre atención al parece de los demás, aun de los adversarios, cuántos más de las personas sensatas y benévolas.

De aquí que CRISTIANDAD ante la insinuación

amistosa que la nota de pesimismo, no puede menos de preguntarse: ¿en realidad soy pesimista?, ¿influye en mis criterios y apreciaciones ese humor negro, enfermedad de espíritus decadentes y engendrador de anemia e inactividad espiritual?, ¿me parezco al segundo médico?

Optimismo nuclear

A quienquiera que haya leído con atención siquiera mediana los números de CRISTIANDAD publicados hasta ahora, le habrá debido de entrar por los ojos la expresión insistente de una idea, la reiteración incesante de una esperanza: la idea de la realeza de Cristo, la esperanza de una realización del reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora. Esta idea y esta esperanza estructuradas, o por mejor decir, organizadas, vitalizadas, constituyen un ideal: ideal es éste de luz y de fuerza, ideal de vigoroso optimismo cristiano. Ideal que en lo que tiene de nuclear y esencial no es sino la herencia recibida por la Iglesia, de Cristo y de sus Apóstoles, que encierra el impulso de expansión vital de la verdad evangélica hasta conseguir la adecuación del Reino de Cristo de hecho con el de derecho, o lo que es lo mismo, la aceptación plena del encargo de Jesucristo *docete omnes gentes*: haced que todas las naciones acepten y acaten vuestro *magisterio*, admitan la buena nueva de que sois mensajeros, disfruten de los bienes que en esta buena nueva se les ofrecen.

Cada vez se ve con luz más clara que el deseo de Jesucristo manifestado en su Iglesia y por su Iglesia es que este ideal saludable y levantado penetre no tan sólo en el alma de los sacerdotes y de los religiosos consagrados a Él con vínculos especiales, sino que también oriente y vitalice el espíritu de todo cristiano. No es otra la significación de la Acción Católica. ¿No se habría de definir la Acción Católica como la movilización general del pueblo cristiano? Y ¿es posible una auténtica movilización general sin que el pueblo movilizado sienta vitamente el ideal que le moviliza? y ¿es posible el entusiasmo por un ideal, sin la fe en este ideal, en su virtualidad, en la posibilidad de su realización?

Todos los números de CRISTIANDAD son una profesión de fe y de esperanza en este ideal y si en ellos a las veces transpira la indignación contra los malminoristas, por ejemplo, contra los católicos liberales, no es porque CRISTIANDAD ignore u olvide que en ciertas ocasiones, en sobradas ocasiones, por desgracia, es necesario y lícito contentarse y aún acogerse al mal menor, sino porque los católicos liberales de ayer y no menos los de hoy, prácticamente por lo menos, hacen de la hipótesis tesis, alaban y



encarecen el bienestar de la Iglesia en las naciones en que se vive en la hipótesis, menosprecian como visionarios a los que aún hoy en día osan hablar del ideal y no pocas veces achacan a la intransigencia de éstos, para ellos visionarios, a su falta de cultura, de comprensión y de caridad, casi todos los males del mundo y de la Iglesia; la severidad y la dureza de trato la guardan para los intransigentes, mientras que la amabilidad y aun la melosidad untuosa la re-

servan para los que hacen necesaria la hipótesis. A los intransigentes a duras penas les otorgan la opinión de buena fe, que prodigan a manos llenas a los incrédulos, a los herejes, a los cismáticos. De la condescendencia con éstos parecen esperar todo el bien, por lo menos el escaso bien con que se contentan. ¿Esta táctica, esta manera de pensar podrá dar otro resultado que el oscurecerse en la mente de los cristianos sencillos la convicción cristiana, que debe rechazar con dignidad todo error en la fe, toda mutilación en la verdad cristiana? Y esas tácticas de esperar el bien de la Iglesia de la alianza con los que si no están abiertamente contra ella, por lo menos es cierto que están fuera de ella ¿no será causa de que se debilite el espíritu sobrenatural, la esperanza en los medios eficacísimos, en realidad los únicos eficaces, que son patrimonio exclusivo de la Iglesia?

Perdóneme el lector la digresión. Decíamos que CRISTIANDAD, los que forman el núcleo de su redacción, llevan en su corazón el ideal cristiano, y añado ahora que tienen la persuasión de que cuanto más dista el mundo de la plena realización de este ideal, cuanto mayores son las exigencias malaventuradas de la hipótesis, más necesario es conservar puro y vivo en la mente y en el corazón este ideal, y profesarlo públicamente.

León XIII, el gran León XIII, en su luminosa encíclica *Libertas* esto encarga cuando reconoce la necesidad eventual de la hipótesis, la necesidad de acogerse al sistema de las llamadas libertades modernas. *Quod sentit de ipsis Ecclesia, idem ipsi sentiant*, lo mismo que de estas libertades siente la Iglesia, sientan ellos, los católicos que viven en una nación en que la hipótesis es necesaria.

Por lo mismo, ¿por qué disimularlo?, CRISTIANDAD siente su espíritu encogerse, al llegar a su noticia ciertas alabanzas sin ningún género de distinguos, de naciones en que por necesidad se vive en la hipótesis, alabanzas que celebran el bienestar, la cultura de aquellas naciones, como si fueran espejo en que las demás se han de mirar, ejemplar que han de imitar, ideal que han de emular.

El optimismo de que acabamos de hablar es, como decimos, nuclear, sustancial; de él habrían de participar todos los cristianos, porque no es sino la flor de las virtudes teologales, la flor fructífera del celo por la gloria de Dios, la exaltación de la Iglesia y el bien del género humano. Ahora preguntamos: si CRISTIANDAD es fruto de esta flor siquiera fruto humilde, ¿cómo podría ser sustancialmente engendradora de pesimismo? Una sola explicación se podría dar de ello: la ineptitud de los que la redactan, la falta de dotes naturales, la falta de formación, o tal vez la falta de espíritu sobrenatural, que esteriliza las obras apostólicas que más fruto habrían de dar.

El optimismo del padre Ramière

MAS, adelantemos un paso: los redactores ordinarios de CRISTIANDAD, los que constituyen el núcleo de la Redacción, deben en buena parte su formación a los libros en que el padre Enrique Ramière nos ha legado su pensamiento y su espíritu. CRISTIANDAD no se considera, ni se puede legítimamente considerar, como órgano oficial ni oficioso del Apostolado de la Oración, cuyo segundo y definitivo fundador fue el padre Ramière; pero hay que reconocer que *trae su origen del Apostolado, que en el Apostolado halla su fuerza y que en el Apostolado encuentra la concreción de su espíritu*.

Pues bien, ¿quién habrá, por poco versado que esté en los libros del padre Ramière, por poco que conozca su vida y su actuación, que pueda tacharle de pesimista? En vida se le echó en cara una excesiva benevolencia para con los católicos liberales de aquel tiempo y aquí mismo, en Barcelona, vio la luz un libro en que por esta razón se atacaba duramente una de sus obras fundamentales: *La soberanía social de Jesucristo*. Por otra parte, su optimismo no se limitaba a lo substancial que hemos descrito, no relegaba las esperanzas de la Iglesia para la otra vida, sino que pasó su vida inculcando en los lectores de sus libros la confianza en un triunfo de la Iglesia en este mundo, triunfo de que las luchas actuales de la Iglesia no le hacían dudar, antes al contrario le aseguraban en su convicción.

Esto no dejó también de acarrearle contradicción porque se puso tacha en su doctrina como afín al *milenarismo*. Verdad es que, con algunos recortes, sus libros vencieron la oposición y de aquél en que con más amplitud declara y defiende su manera de pensar *Les espérances de l'Église*, se publicaron varias ediciones, una de ellas encabezada por una carta de Pío IX. Ahora bien, ¿hay para qué disimularlo?, los que forman el núcleo de la Redacción de CRISTIANDAD participan de este pensamiento del padre Ramière, lo cual si no es para ellos el motivo substancial de su trabajo y sacrificio no escaso, no deja de alentarles y consolarles.

Es por otra parte indudable que si yo mismo, con quien ellos tan íntimamente y por tanto tiempo han convivido, hubiera desacreditado con mis censuras estas ideas del padre Ramière, no se hubieran a ellas aficionado.

Pero ¿cómo podía yo hacerlo así, cuando lejos de serle contrario, compartía su parecer? Antes de haber leído ninguna obra de dicho autor, ya me había formado mi sistema, en lo substancial idéntico al suyo.

He de confesar que desde el primer momento me intranquilizaba algún tanto una manera de es-

crúpulo. No se me ocultaban las graves censuras que veía fulminar por no pocos autores serios contra el *milenarismo*; pero, por otra parte, notaba que al proponer el estado de la cuestión, no concordaban entre sí y atribuían a los milenaristas absurdos y ridiculeces tan grandes que ni siquiera valían la pena de tomarlas en consideración. Ejemplo de esto puede ser la descripción y refutación del *milenarismo* que el que fue cardenal Billot nos ha dejado en el tratado *De Novissimis*. Lo que yo pensaba nada tenía que ver con aquellas ridiculeces. Averiguando más, hallé que autores serios, en obras publicadas a la luz del día, por ejemplo, el conocido teólogo padre Palmieri, venían a decir substancialmente lo que yo pensaba. Después advertí que también coincidía el mío con el pensamiento del padre Ramière, se entiende también en lo substancial, y sabiendo quien era el padre Ramière aún me tranquilicé más. Estudié las fuentes y me pareció que mi sistema resolvía muchas incoherencias, muchas aparentes antinomías. Y por fin, cuando el inmortal Pío XI publicó sus encíclicas sobre el Reino de Cristo y sobre el Corazón de Jesús me convencí de que substancialmente mis ideas, lejos de contradecir a las del Romano Pontífice, en ningún punto esencial discrepaban de la palabra del Papa. No hay para qué discutir en este momento el valor doctrinal de los documentos pontificados a que me refiero, sólo observaré que si éstos no tienen fuerza de definición ¿no sería por lo menos injurioso y peligroso decir que el Papa en ellos afirma, sea como sea, cosas que linden con el error milenario?

Pío XI, en la encíclica *Miserentissimus Redemptor* como término y consiguiente de una exposición de hechos concienzuda e intencionada, llega a afirmar que en la institución de la fiesta de Cristo Rey ha querido dar un anticipo de aquel día faustísimo en que el mundo espontáneamente se sujetará al suavísimo Imperio de Cristo; *gaudia iam tum illius diei praecepimus auspiciatissimi quo die omnis orbis libens volensque Christi Regis suavissimae dominationi parebit*. Si se tienen en cuenta los bienes que según el mismo Romano Pontífice en sus anteriores encíclicas *Ubi arcano Dei* y *Quas primas* afirmaba ser fruto natural de la aceptación por el mundo de la soberanía de Cristo, entre los cuales no era el menor la paz social y la internacional, ¿qué más es lo que esperaba el padre Ramière y el autor de este artículo? Tanto es así que dos artículos que he publicado en CRISTIANDAD en que circunstancialmente hube de declarar mis ideas, no fueron otra cosa si no un comentario de las encíclicas de Pío XI *Ubi arcano Dei*, *Quas primas* y *Miserentissimus*, de la encíclica *Annum sacrum* de León XIII, precedente obligado de las de Pío XI, y

de la *Summi Pontificatus* del actual pontífice, complemento de todas éstas, ya que en ella a todas las citadas las hace suyas.

La teología de la Historia

FORMADOS, los que constituyen el núcleo de la Redacción, en *Schola Cordis Iesu*, y por ende en el seno del Apostolado de la Oración, cuyo lema se expresa en aquella petición *Adveniat Regnum tuum*, es obvio que concibieran vivos deseos de entender a fondo la idea contenida en la fórmula universalmente admitida «El reinado social de Jesucristo». Natural fue que para ello acudieran a las obras del padre Ramière. Este, en sus luminosos tratados intelectuales no se encierra en el círculo de las verdades y de los principios abstractos; hace ver las normas y las leyes de la providencia divina actuando en la vida de los pueblos y de todo el género humano, y acude a la revelación divina para rastrear los planes que Dios ha trazado a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en lo porvenir estos planes le reservan. Y para esto, estudia la Historia no tan sólo a la luz de la razón, sino también a la luz más poderosa de la revelación divina. Y si no crea una ciencia que ya cultivaron por ejemplo san Agustín y Bossuet, fue quien primero le dio el nombre adecuado y lleno de significación de teología de la Historia.

Ahora bien, los miembros de *Schola Cordis Iesu* se aficionaron a esta ciencia y se esforzaron en adquirirla con ecuaníme seriedad. De aquí tuvo origen una serie de conferencias o lecciones dadas por mí con libertad de espíritu, porque tenía bien conocida la capacidad, la prudencia de mis oyentes y su inquebrantable y humilde adhesión a la autoridad y a las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia. En estas lecciones hubimos de *tratar de todo*: de historia, de filosofía, de sociología, de política, de teología, de Escritura. Con qué provecho, podránlo juzgar los lectores de CRISTIANDAD.

Cuando se me preguntaba qué me proponía en estas conferencias, solía yo contestar: *mi intento no es otro sino el de formar celadores del Apostolado de la Oración*, y ante la extrañeza de quien preguntaba, respondía yo que el Apostolado, la idea del padre Ramière, sobre todo entre los varones, no tenía tanta aceptación como crecía, porque se miraba por muchos así como una beatería, lo cual era absoluta perversión de la concepción del padre Ramière y suponía una incompreensión lamentable de la devoción al Corazón de Jesús, de las revelaciones de Paray-le-Monial y de su fin providencial, todo lo cual constaba con toda certeza por los documentos pontificios.

La sujeción a la Iglesia

EN toda esta mi actuación he procurado siempre fomentar en los que rodeaban aquel sano optimismo cristiano que hemos denominado nuclear; pero supuesto que la opinión descrita en el párrafo que hemos titulado «el optimismo del padre Ramière» sea probable y defendible, ¿quién no echará de ver que, dada la condición humana y el espíritu social de nuestros tiempos, proporcionará un nuevo y valioso elemento de luz y de vigor en orden a la intensificación de la actividad de celo y de apostolado? ¿Por qué, pues, no aquilatar los grados de probabilidad en que tal esperanza puede fundarse? ¿Por qué no compartir con el segundo fundador del Apostolado de la Oración este incentivo, siquiera accidental, de optimismo?

Ante todo era preciso purificar dicha esperanza de toda ilusoria imaginación. Lejos de nosotros las esperanzas claramente heterodoxas condenadas por la Iglesia, de una era paradisíaca, sin pecado original ni concupiscencia. Lejos de nosotros fantasear una era de una santidad dulzona, sin cruz ni mortificación. Fuera de nosotros la idea de un cambio en la organización de la Iglesia, ni la de un enriquecimiento esencial de la misma. La Iglesia que posee la sangre de Cristo y el don del Espíritu no puede ser más rica, porque su riqueza es infinita.

Mas de estas riquezas de la Iglesia no participan todos los hombres llamados a ser miembros de ella, y aun los que de ellas participan, podrían adquirirlas y poseerlas en grado superior a aquél en que las poseen. Y entonces puede ocurrir un problema que tendría visos de malsana curiosidad. ¿Hasta qué grado puede esperarse que llegará la Iglesia en este su posible perfeccionamiento extensivo e intensivo? ¿Se puede esperar, por ejemplo, que haya en el mundo una época en que no se cometan pecados mortales? Imaginémoslo, para hacernos cargo lo que sucedería, si todo el mundo fuera como se cuenta de las Reducciones del Paraguay, de las que la fama decía que allí no se pecaba mortalmente. Claro es que aquellas gentes podían pecar, pero si la fama era verdadera, la gracia de Dios, la educación y las cautelas les preservaban. Mas esperar esto para el mundo entero es no sólo gratuito, sino, además, según lo que yo entiendo, contrario a los datos de la revelación divina. Los que tenemos la discutible esperanza de que hablamos, no esperamos (por lo menos puedo asegurarlo de mí) sino aquello de lo cual Pío XI nos dice que es anticipo la institución de la fiesta de Cristo Rey: la aceptación voluntaria por las naciones de la soberanía social de Jesucristo, de todas las naciones por lo menos con una totalidad moral.

Y llegamos ahora al punto crucial. ¿Podríase ad-

mitir como probable la presencia visible de Cristo Rey en la tierra, como defienden los milenaristas? En modo alguno; porque ni esto se funda en la revelación, ni es compatible con la institución indefectible del Pontificado en los sucesores de Pedro. ¿Para qué un virrey en donde reside el mismo Rey?

Y llegó un día a nuestros oídos la noticia de la prohibición del milenarismo, aun del mitigado. Y antes de conocer el decreto del Santo Oficio anuncié en público la existencia del decreto, añadiendo que si en él se proscribía cualquiera proposición que hubiera yo sostenido, la dieran por retractada, y añadí que sería para mí un placer, porque siempre lo es el salir de una equivocación.

Mas llegó a mis manos el decreto y en él hallé lo que ya sabía: la prohibición del milenarismo aun del

mitigado, pero hallé algo más: la virtual absolución del padre Ramière, etc. Porque el Santo Oficio, al prohibir el milenarismo mitigado, no prohíbe una vaguedad, sino que precisa lo que prohíbe y lo que entiende por milenarismo mitigado. ¿Y en qué consiste éste según el decreto de prohibición? En el sostener que Jesucristo, antes del juicio final vendrá visiblemente a esta tierra para reinar. Nunca jamás, que sepamos, el padre Ramière enseñó lo que prohíbe el Decreto. De mi ciertamente me dice la conciencia que jamás lo he enseñado ni pensado.

Perdónenos el buen amigo que ha dado ocasión a este artículo, si no halla en él lo que tenía derecho a esperar. Creo que sin este artículo previo no me hubiera sido posible declarar mi pensamiento sobre el optimismo o el pesimismo de CRISTIANDAD.

Con el título de CRISTIANDAD como nombre y como bandera, se dispone esta revista a presentarse en el campo de las publicaciones católicas con características bien definidas. Ellas se indican ya al exponer la razón de su título. Se irán definiendo más todavía al salir a la luz sus primeros números.

Casi sin excepción, cuando una revista aparece, viene a llenar algo tan fríamente geométrico como debe ser lo que se ha dado en llamar un vacío. CRISTIANDAD, más que a llenar un vacío, viene a crearlo y hacerlo sentir.

Viene, en primer lugar, a despertar de nuevo el interés de los católicos por todas aquellas cuestiones fundamentales que, poco a poco, se han ido apartando de la zona de sus preocupaciones, y especialmente por los problemas que afectan directa o indirectamente al perfeccionamiento y a la existencia misma de la sociedad.

Pero, sobre todo, frente a la inconsciencia o el pesimismo provocados por la magnitud de los males presentes, CRISTIANDAD, sin disimular el peligro ni cerrar los ojos ante él, viene a fomentar la esperanza y a levantar los corazones, proyectando la historia, y por tanto el momento que vivimos, en la esfera superior del plan de Dios.

Como anticipo y muestra de lo que será, Dios mediante, CRISTIANDAD, presentamos hoy este ejemplar. Por él se verá que no pretende descubrir una doctrina nueva, ni sentar cátedra alguna, sino simplemente proponer y divulgar las enseñanzas de la Iglesia, de sus romanos pontífices, y de sus doctores, manantial inagotable de eterna salud.

Una en su doctrina, múltiple en sus aplicaciones, todas las manifestaciones del espíritu humano tendrán cabida en sus páginas, ordenadas siempre a aquel ideal superior.

Como el lector podrá ver en este número, CRISTIANDAD no viene a ser una revista de carácter piadoso o eclesiástico propiamente dicho, ni menos una revista política. Será, en cambio, una revista «social» en su sentido más amplio, porque se interesará por todos los problemas de la sociedad civil, aunque desde el punto de vista cristiano; y también una revista «religiosa», porque se interesará por los temas religiosos, aunque desde el punto de vista social. Y todo ello encaminado a llevar a la mente y al corazón de sus lectores esta consoladora verdad: que sólo en el reinado social de Jesucristo, eficaz promesa de su divino Corazón, encontrará la sociedad el remedio de los gravísimos males que actualmente la afligen y amenazan.

Presentación del número de prueba (1943)

El padre Orlandis, continuador del padre Ramière*

FRANCISCO CANALS

—¿Quiere algo, Padre...?

—Sí, TODO.

Así respondió el padre Orlandis, muy próximo ya a su muerte, a uno de los que habían convivido íntimamente con él, que acudía a visitarle a la enfermería del Colegio Máximo de Sant Cugat del Vallès. Con un matiz de exabrupto paternalmente irónico, la frase no podría parecer anecdótica a ninguno de cuantos le conocieron.

Esta palabra, que parece evocar en su agonía el recuerdo de aquel gesto infantil, decidido y «comprometedor», con el que santa Teresita del Niño Jesús «lo escogió todo»,¹ puede considerarse también en nuestro padre Orlandis como expresión muy profunda de la actitud fundamental de su vida.

La vida personal y concreta de cada uno, como se nota en un texto de santo Tomás que se complacía el padre Orlandis en citar, la definimos aludiendo a aquello «en que máximamente se deleita, que intenta principalmente, y en lo que busca la convivencia con sus amigos».²

Para una consideración superficial resultaría difícil encontrar aquello que fue la *vida* del padre Ramón Orlandis. Se ocupó de muchas cosas, y en el orden intelectual tan característico en él, tenía una compleja diversidad de temas y de autores predilectos. Su conversación y su enseñanza se dispersaban también, al parecer, en la misma complejidad. Estas apariencias podrían llevar a un error: el de creer que se interesaba por todo, por todas estas cosas, dispersando su atención en una universalidad «horizontal».

Sí. TODO. Afirmación y universalidad en su actitud respondían a un ideal infinito y último; el TODO que era su vida, y al que tendrían todas las actividades de la época de su madurez, consistía nada menos que en *la plenitud de Cristo en su Reino*. La consumada plenitud, que entreveía en visión grandiosa y sintética, del orden divino en el que todas las cosas participan y se integran en Dios «que es todo en todas las cosas».

Por esto era enemigo de «especialismos» y ponía

siempre en guardia contra el peligro de «cerrarse», así en lo intelectual como en lo afectivo y vital. Y por esto también era enemigo de la dispersión y de la pluralidad. Se interesaba por muchas cosas, o por mejor decir, por «todas»; pero insistía en el lema *plura ut unum*, en un esfuerzo constante hacia lo «uno». «No us tanqueu», «busqueu en tot la unitat», dijo en ocasiones decisivas para su obra.

La idea del padre Ramière

DIFÍCIL será siempre para muchos, por motivos diversos, comprender la unidad de esta vida del padre Orlandis y el audaz acierto de la obra que fue su fruto. La dificultad se hace patente considerando que lo mejor de sus energías se empleó en constituir la que fue la obra suya definitiva y característica: *Schola Cordis Iesu*. Insistió siempre en definirla como una «Sección para formar, según el espíritu del padre Ramière, celadores del Apostolado de la Oración».

Esto podrá parecer a los intelectuales y «cultos» una mezquina beatería, indigna de un hombre de su talento profundo y genial. Para quienes participasen, por el contrario, de esta «inconsciencia en lo sobrenatural» en que la beatería consiste —según la definía el propio Padre—, toda su actividad y enseñanza en *Schola Cordis Iesu* les parecería un inútil complicarse la vida.

Una y otra dificultad suponen en su planteamiento el mismo hecho negativo e idéntica deficiencia de información. El desconocimiento de lo que es el Apostolado de la Oración, consecuencia de la ignorancia del ideal del gran apóstol que fue su fundador, y cuyo continuador quiso ser el padre Orlandis: el padre Enrique Ramière, S.I.

Explicando el sentido de su enseñanza en *Schola Cordis Iesu* escribe el padre Orlandis: «En estas lecciones hubimos de tratar de todo: de historia, de filosofía, de sociología, de política, de teología, de Escritura. Cuando se me preguntaba qué me proponía en estas conferencias, solía yo contestar: “Mi intento no es otro sino *el de formar celadores del Apostolado de la Oración*”, y ante la extrañeza de quien preguntaba, respondía yo que el Apostolado, *la idea del padre Ramière*, sobre todo entre los varones, no tenía tanta aceptación como merecía, porque se miraba por muchos así como una beatería, lo

*Reproducido del número 331, septiembre de 1958.

1. Véase *Manuscritos autobiográficos (Historia de un alma)*, de santa Teresita del Niño Jesús. Burgos. 1958.

2. S. Th. 2.^a 2.^a q. 179 a. 1. El padre Orlandis comenta principalmente este texto en su artículo «El orden de la vida y la elección». *Manresa*, enero 1936.

cual era absoluta perversión de la concepción del padre Ramière y suponía una incomprensión lamentable de la devoción al Corazón de Jesús, de las revelaciones de Paray-le-Monial y de su fin providencial, todo lo cual constaba con toda certeza en los documentos pontificios».³

Este «ramierismo», insistentemente proclamado, del padre Orlandis respondía a razones profundas; era todo lo contrario a una caprichosa afición por un autor por el que se hubiera encariñado. Más bien es cierto que encontró en él la expresión de unas ideas con la que se sentía en continuidad e íntima armonía. Fue su continuador, sobre todo por coincidencia en una visión de los ideales cristianos centrada en lo que fue blanco y fin, común a ambos: el reinado de Cristo por su Corazón.

Coincidencia en una síntesis más teológicamente elaborada por parte del padre Orlandis, pero ya desarrollada con su abundante y fecundo proselitismo por el genio apostólico que fue el padre Enrique Ramière.

Genio apostólico dotado como poquísimos apóstoles de los tiempos modernos del *sentido de la fe* y del don de situarse en el centro del misterio cristiano. Sin sugerir ninguna comparación exagerada, advertía el padre Orlandis cierta analogía de tipo entre el padre Ramière y aquel ilustre campeón de la fe que, aun siendo en algunos sentidos menor que otros doctores griegos del siglo IV, mereció quedar en la memoria del pueblo cristiano y de la Iglesia como ejemplar de este sentido de la ortodoxia y el misterio revelado: san Atanasio.

Por este don de sentir la fe, fue dado al padre Ramière elaborar el sistema de «doctrina espiritual y de sociología sobrenatural» de que se habla en *Pensamientos y ocurrencias*. Esta actitud para comprenderlo todo bajo una luz sobrenatural explica el «éxito» de este gran apóstol, por otra parte poco conocido. Su éxito característico consistió en que pueda afirmarse sin exageración que todas las ideas fundamentales en que insistió temáticamente han llegado a ser —en grandísima parte como consecuencia del movimiento por él creado— contenido expreso del magisterio eclesiástico y pontificio en nuestros días.⁴

Por esta especie de «don de adivinación» que le permitía no se sabe por cuáles antenas muy sensibles, presentir las futuras corrientes de ideas,⁵ el

3. «¿Somos pesimistas?», CRISTIANDAD, 1.º de abril de 1947, pág. 148.

4. Véase «Obra y éxito de un gran apóstol: el padre Enrique Ramière, S.I.», por JAIME BOFILL BOFILL.

5. Conferencia del padre PARRA publicada en *L'Apostolat de la Prière*, del padre Enrique Ramière, Toulouse, 1929, pág. XXVII.

padre Ramière está en la línea que conduce directamente a las grandes encíclicas sobre el Corazón de Jesús y el Reino de Cristo. Son aquellas precisamente que nuestro padre Orlandis procuró con empeño que fuesen editadas en una obra que es expresión perfecta de la doctrina y del sentir de la Iglesia.⁶ Incluso, por su empeño insistente en enlazar la devoción al Corazón de Jesús con sus fuentes evangélicas y patrísticas, y con el misterio por excelencia de la divinización del cristiano, aparece como el precursor de la admirable *Haurietis aquas* de Pío XII. Por esto ha podido escribir el padre Andrés Arístegui, S.I., que: «El padre Orlandis, junto con el padre Ramière, y quizá por este último, se puede decir que fue uno de los precursores de la encíclica *Haurietis aquas*».⁷

Para el padre Orlandis, el «ramierismo» no hubiera podido ser entendido como una afición que limitase los horizontes y cerrase los caminos. Veía en el fundador del Apostolado de la Oración lo que en realidad fue: un «hombre de Iglesia», un ejemplar hijo de san Ignacio que mereció servirla, realizando de modo ejemplar la misión, tan propia de su vocación religiosa, del apostolado del Corazón de Jesús, e impulsando así la corriente de espíritu y de doctrina que afluyó al «impetuoso río que alegra la Ciudad de Dios» de que habla Pío XII en la primera encíclica de su pontificado: EL CULTO AL DIVINO CORAZÓN DE CRISTO REY.

Sobrenaturalismo

ÉSTA es la necesidad más urgente de nuestro tiempo, sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice.» Esta afirmación audaz e intencionada del padre Orlandis podía en cierto modo servir para caracterizar históricamente al padre Ramière. Fue éste representante e impulsor excelso de aquel movimiento que iniciaron en Francia los apologistas contrarrevolucionarios. Nos referimos al «ultramontanismo», al progresivo acercamiento característico de las décadas de mediados del siglo XIX, de los católicos franceses respecto a la Sede romana. En esta corriente ultramontana, que tanto impulso adquirió en el pontificado de Pío IX, con actitud decididamente antiliberal, y que tuvo como órgano de mayor influencia y difusión europea a *La Civiltà Cattolica*, se señala de modo particular el padre Ramière por su visión sobrenatural

6. *Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón*, publicado por Ediciones Cristiandad, en 1949.

7. «Amigos del Corazón de Jesús», por el padre Andrés Arístegui, S. J. publicado en *El Mensajero del Corazón de Jesús* correspondiente al mes de agosto p.p.



Francisco Canals Vidal

de la Iglesia. No dejó nunca de situar la cuestión en este punto de vista: «el galicanismo, considerando demasiado el lado humano del Papado, creía que no podían tomarse demasiadas precauciones para impedir que se desviase por las debilidades humanas el ejercicio de su divina autoridad. La devoción al Corazón de Jesús, al mostrarnos al divino Salvador siempre viviente en su Iglesia, hace que reconozcamos su voz en la de su Vicario, y nos libra del temor de verle faltar a la perpetua asistencia que le ha prometido».⁸

El sistema de pensamiento del padre Ramière, en el que inspiró la admirable institución del Apostolado de la Oración, lo formuló el padre Orlandis citándolo en dos principios: «El primero: el Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y *divinización*. El segundo: el Corazón de Jesús es principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su Amor».⁹

8. *Le regne social du Coeur de Jésus*, por Henry RAMIÈRE, Toulouse, 1892, pág. 13.

9. *Pensamientos y ocurrencias*, del padre Ramón Orlandis, S.I., que se publica en este mismo número.

A estos dos principios se refieren las dos actitudes fundamentales que el padre Orlandis inspiró a su obra: sobrenaturalismo, antiliberalismo. Imitando el modo de ser generoso y constructivo del padre Ramière y a la vez su intransigente «odio al error» –síntoma inseparable para él de una vida de fe en estado de salud– se dijo en *CRISTIANDAD* por inspiración de su «curador espiritual» que: «*sin dejar de combatirlos* directamente emplearía un método indirecto de eficacia positiva: contra el naturalismo la propagación de la devoción al Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el liberalismo la proclamación de la soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar la sociedad».¹⁰

No es preciso insistir en el paralelismo que muestra el entronque ramierista de la obra del padre Orlandis. Señalemos solamente el carácter nuclear que en la doctrina y el espíritu cristianos tienen los puntos capitales en que se concentró el esfuerzo apostólico del padre Ramière y, coincidiendo con él, de nuestro padre Orlandis.

«El Corazón de Jesús, fuente de *vida sobrenatural*, fuente de la divinización del cristiano». Este centro del dogma, fue el tema permanente del padre Ramière en el *Méssager*. Entendía que la revelación del Corazón de Jesús se dirigía precisamente a llamar de nuevo la atención de los cristianos sobre el misterio de su filiación divina por su incorporación en Cristo. En un tiempo en que –como se ha escrito– «la teología corriente había olvidado la tesis central de la divinización», su genio apostólico, o mejor dicho su instinto cristiano, hicieron que consagrara su vida a la difusión del gran dogma de la incorporación de los cristianos a Cristo, y que comprendiera la devoción al Corazón de Jesús, así entendida, como el completo desarrollo de la piedad cristiana. Fue por esto sin duda que pudo ocupar en la historia del apostolado y de la teología del Corazón de Jesús su lugar tan excepcional.

El padre Orlandis con una mentalidad y formación teológica más profunda y elaborada, en muchos aspectos, participaba de estas convicciones y sentía una admiración íntima por la obra del padre Ramière. Insistía en recomendar, como la más excelente lectura espiritual la obra *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*.

Los aspectos en que el pensamiento del padre Orlandis avanzó en profundidad, siguiendo la misma dirección en que se movió el fundador del Apostolado de la Oración, son aquellos principalmente a que él mismo alude en *Pensamientos y ocurrencias*. Su importancia y urgencia en la moderna espiritua-

10. «El porqué de esta revista», número de prueba de *CRISTIANDAD*, 1944.

lidad son evidentes. Centrando el misterio cristiano en el Corazón de Cristo, del Verbo hecho Hombre, para que los hombres fuesen por Él divinizados, aparece la conexión entre el culto al Corazón de Cristo y el dirigido a la persona divina del Espíritu Santo, Amor subsistente y personal, Don divino que se comunica a los hombres y habita en el alma del cristiano. No es aquí lugar ni ocasión para referirnos a las profundas concepciones teológicas con que el padre Orlandis, en la línea del padre Ramière, buscaba «alguna inteligencia» de este misterio de la inhabitación del Espíritu Santo. Nos parece que podría decirse que fue esta la preocupación central que impulsó gran parte de sus investigaciones teológicas y filosóficas. Recordemos sólo la insistencia con que urgía cuán necesario es para los fieles «conocer al Espíritu Santo», y con cuánto entusiasmo y convicción compartía la idea que expresaba el padre Ramière al decir: «¿Qué debemos hacer para poder obrar obras divinas? Imitar al Corazón de Jesús y, como Él, no obrar sino bajo la influencia del Espíritu de Dios. Así la devoción al Espíritu Santo se confundirá en nosotros con la devoción al Corazón de Jesús, y nos llenaremos de la plenitud de Dios».¹¹

En la perspectiva de esta teología, el padre Orlandis insistía con personalísima preocupación en profundizar en la idea ramierista también y de tradición montfortiana,¹² de la *maternidad espiritual de María, Esposa del Espíritu Santo* de quien Cristo nace, en su cabeza y en sus miembros. El cristiano, hecho miembro del Cuerpo de Cristo que es su Iglesia, recibe, por la fecundidad del Espíritu Santo, la divina filiación adoptiva «*en el seno de María*». La devoción y la consagración a su Corazón Inmaculado y *Maternal* –insistía con especial interés en esta advocación– se asociaron por esto mismo, en las campañas que él inspiró, a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Antiliberalismo

TENEMOS el ejemplo del padre Ramière –dijo en memorable ocasión el padre Orlandis– cuya fórmula podemos decir que era: el cristianismo no ha venido a suprimir nada de lo propio a la naturaleza humana, sino a jerarquizarlo todo en un orden de valores conducente al fin sobrenatural».

En estas palabras pronunciadas en 1943, encon-

11. *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*, por el padre Enrique RAMIÈRE, S.I., Bilbao, 1931, capítulo VI.

12. Véase el artículo del padre José CABALLERO, S.I., «Una consagración mariana modelo», revista CRISTIANDAD, núm. 257, diciembre de 1954.

tramos inesperada y curiosamente reducida a una sola fórmula aquella doctrina cifrada en el doble principio antes aludido. Es este un punto que conviene sobre todo subrayar, porque nos puede dar la clave para superar sutiles y deletéreas confusiones en que nos sume un ambiente y mentalidad que solemos llamar «moderno». Solemos en efecto considerar antinómicamente lo personal y lo social, lo íntimo y profundo y todo cuanto se refiere a la justicia y al derecho, la ley y el amor. Tendemos a sentir sobre todo las antinomias que nos planteamos en torno a la naturaleza y la gracia, a lo divino y lo humano.

Efecto de esta mentalidad es el que resulte sorprendente a muchos el hecho de que el padre Ramière, el más grande de los precursores de la teología del Cuerpo Místico de Cristo, fuese el primer y más consciente teólogo de su reinado social, el vindicador de los derechos del Hijo de Dios encarnado y de su Iglesia sobre la sociedad humana, teólogo de la infalibilidad y de la autoridad del Pontificado, adversario tenaz y progresivamente consciente del galicanismo y del liberalismo.

El espíritu unitario y sintético del padre Ramière, que veía en unidad la naturaleza y la gracia, el hombre con todas sus dimensiones personales y sociales, le hizo apto para la comprensión total del reinado del amor de Cristo. Fue indiscutiblemente el principal heraldo de aquella corriente espiritual a que alude Pío XI en el famoso pasaje de la *Miserentissimus Redemptor*, en que se habla de los devotos del Corazón de Jesús que, oponiéndose al «no queremos que éste reine sobre nosotros» de la impiedad revolucionaria proclamaron con valentía: «Es necesario que Cristo reine, venga a nosotros tu Reino».

El padre Orlandis en modo alguno hubiera considerado lícito que el Apostolado de la Oración renunciara a su gloriosa tradición, por la que mereció desempeñar un papel de primer orden en el movimiento que promovió la institución de la fiesta de Cristo Rey. No debemos olvidar nunca quienes recibimos su formación el empeño con que procuró suscitar, principalmente a través de la revista CRISTIANDAD, las campañas que más directamente entroncaban con la idea de la consagración pública y universal al Corazón de Cristo entendida como proclamación de su realeza. La expresión tal vez más característica de su síntesis, en que se contienen trabajos de valor definitivo –escritos por el Padre o, bajo su dirección e inspiración por Jaime Bofill, Pedro Basil, y José-Oriol Cuffí Canadell– fue precisamente el folleto *Hacia el cuarto Año Jubilar*, aquel verdadero libro de oro, como lo calificó en 1948 el padre Murall, S.I., en unas inolvidables conferencias.



Enrique Ramière, S.I.

La misión del Apostolado de la Oración

CUÁN rectamente sentía el padre Ramière –se decía en 1949 por la Dirección General del Apostolado de la Oración– que con incansable trabajo proclamó muy alto: Venga a nosotros el reinado social de Jesucristo por la devoción a su Corazón santísimo!»

«También en nuestros tiempos, cuando el naturalismo y el materialismo producen en abundancia sus amarguísimos frutos, es necesario que se levante entre los católicos *un gran movimiento sobrenatural, que tienda con todas sus fuerzas a que se establezca «el reinado social de Jesucristo por la devoción al Sagrado Corazón»*. «Es esta la misión suavísima del Apostolado de la Oración.»

Se escribió esto aludiendo precisamente a la campaña promovida en todo el mundo para una renovación solemne de la consagración universal al Corazón de Jesús. La idea que en estas palabras se expresa acerca del Apostolado de la Oración, que recordamos haber oído comentar y explicar a nuestro padre Orlandis, exige que se ponga previamente en claro un punto de singular importancia.

Si el Apostolado de la Oración fuese meramente «una liga de oraciones», si sólo fuese propio de él, de un modo totalmente excluyente de cualquier ac-

tividad apostólica, *el apostolado de la oración*, no podría contarse en tal caso entre las asociaciones apostólicas propiamente dichas, incluidas en lo que de modo genérico se conoce con el nombre de Acción Católica.¹³ Se daría así el caso de que en esta «movilización general del pueblo cristiano» dirigida a la instauración del reinado de Cristo,¹⁴ no podría considerarse como fuerza de primera línea a una institución como el Apostolado de la Oración, a la que Pío XI elogiaba precisamente porque «de modo constante desde su fundación hasta nuestros tiempos se propuso como fin peculiar el promover por todos los medios entre los pueblos y naciones el reinado social de Jesucristo».¹⁵

El padre Orlandis insistió siempre en concebir el Apostolado de la Oración del modo que quedó definitivamente aclarado en los nuevos Estatutos promulgados en 1952, centrados en la idea de que el programa espiritual que éste propone contiene como una síntesis resumida o norma compendiada de cuidado pastoral. Sin confundir sus actividades con las demás asociaciones apostólicas, ni emprender tal o cual actividad concreta, el Apostolado de la Oración tiene una misión apostólica propia, que desarrolla por sus promotores y directores, por sus órganos de difusión –*El Mensajero del Corazón de Jesús* y otros –y de modo muy especial por sus celadores: la de difundir el espíritu de la devoción al Corazón de Jesús y promover la corriente espiritual dirigida a establecer su reinado. Sin usurpar el oficio propio de ninguna otra obra es también por esto el Apostolado de la Oración una obra apostólica propiamente dicha, que merece como la que más el calificativo de apostolado seglar, o de acción católica, si entendemos este término en sentido genérico.

En el empeño de profundizar en la formación de los celadores –que consideraba tarea fundamental de un director del Apostolado– entendió el padre Orlandis que el mismo bien de éste y la necesidad de hacer apto su espíritu y su doctrina para penetrar en ambientes en los que consideraba él indecoroso el resignarse a la fe del carbonero, hacían adecuado y necesario el dedicar un esfuerzo intenso y constante al estudio «teológico, ascético e histórico de la devoción al Sagrado Corazón y de su providencial adecuación a las necesidades del mundo mo-

13. Discurso de S. S. Pío XII al II Congreso Mundial del Apostolado Seglar.

14. «El reinado del Corazón de Cristo. Ideal común del Apostolado de la Oración y de la Acción Católica», por Pedro BASIL. CRISTIANDAD, núm. 206, 15 de octubre de 1952.

15. Breve de S. S. Pío XI al director general del Apostolado de la Oración, de 13 de marzo de 1926.

derno». No otra cosa fue la sección del Apostolado de la Oración por él fundada: Schola Cordis Iesu.¹⁶

La teología de la historia

COMO algo exigido por el propósito de seriedad que caracterizaba su actitud espiritual e intelectual, entendía el padre Orlandis aquella profundización en el sentido sobrenatural de la vida que perseguía en las investigaciones de teología de la historia. Propósito de seriedad decimos, porque para él nada menos adecuado a estos estudios que una curiosidad ambiciosa o pueril. También en esto seguía al padre Ramière, que dio nombre a esta ciencia, y que la concibió con el mismo fiel espíritu deseoso de conocer la realidad y sentido del Reino de Dios, en cuanto Él haya querido revelarla a los hombres.

El hombre moderno vive en un mundo cuya apostasía pública ha arrancado la fe de una multitud de almas con pretextos e ideales engañosos «sociales» y «políticos». Se le hace sumamente necesario por lo mismo, en la medida de su responsabilidad y de su cultura, el formarse en un sentido cristiano íntegro, en el «verdadero sentido que en la Iglesia militante debemos tener», de un modo que tenga en cuenta todas las dimensiones de la vida humana, individuales y sociales.

En esta línea el padre Orlandis y el padre Ramière se esforzaron, como buscando el complemento y plenitud del discernimiento ignaciano de espíritus, en llegar a aquel ideal que un teólogo ilustre señala para el hijo de san Ignacio: el de ser «hombre del rastrear divino, con una pista para lo divino y diabólico en los acontecimientos de la historia humana, un hombre que se las arregla en Jerusalén y en Babilonia».¹⁷

16. En los Estatutos de Schola Cordis Iesu aprobados por la Dirección General del Apostolado de la Oración, se la define como una sección del centro del Apostolado de la Oración erigido en la iglesia del Sagrado Corazón de la Compañía de Jesús en Barcelona (art. 1.º). Esta sección se propone «Formar miembros del Apostolado de la Oración que... mediante el estudio teológico y filosófico, ascético e histórico de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y de su providencial adecuación a las necesidades del mundo moderno, se preparen para difundir y realizar el ideal del Reino de Cristo en los aspectos de la vida cultural y social en su más amplio sentido» (art. 3.º). En su artículo 5.º se establece que la Dirección de Schola Cordis Iesu estará confiada al padre director del centro del Apostolado de la Oración de la iglesia del Sagrado Corazón de Barcelona, o en su caso al padre de la Compañía de Jesús que sea designado a tal fin.

17. Hugo RAHNER, S.I., *Ignacio de Loyola y su histórica formación espiritual*, Editorial Sal Terrae, 1955. pág. 46.

Jerusalén y Babilonia, la Ciudad de Dios y la Ciudad de Satanás, no tienen ciertamente una presencia apreciable empíricamente a primera vista, al modo de las ciudades históricas con cuyo nombre las significamos. Pero tampoco podían ser consideradas como lejanas o trascendentes, ni tampoco como puramente «interiores» al modo que las concibe a veces una mentalidad que atomiza en su visión la sociedad de los espíritus.

Para conocer esta presencia histórica del Reino de Dios, para ver los acontecimientos humanos a la luz de su juicio, ya que «Dios no es nunca neutral ante ellos ni ante el curso de la historia»¹⁸ el padre Orlandis, avanzando en extensión y en profundidad sobre la tarea de iniciador del padre Ramière, buscó con esfuerzo prolongado durante largos años este «rastrear divino», en el estudio de la Sagrada Escritura y de la historia. No es esta ocasión para exponer su sistema genial y pacientemente elaborado; recordemos únicamente que él mismo caracterizaba este estudio de la teología de la historia como el tema central de su magisterio en Schola Cordis Iesu, y que aquel sistema estaba centrado en una visión «optimista» de los planes de Dios sobre la Iglesia y el mundo. No tenemos por qué esforzarnos en distinguir nosotros, porque él mismo lo hizo de modo preciso y rotundo, su visión teológica, de las actitudes ilusorias o confusionarias que tienden a reducir a algo meramente exterior y terreno el Reino mesiánico. Insistía por otra parte también en señalar el carácter de estímulo secundario que estas «esperanzas de la Iglesia» de carácter probable, ofrecen en la vida cristiana. Insistía, en cambio, de un modo absoluto en el «optimismo nuclear»: su actitud en esto era para él la puesta en práctica de la consigna pontificia de proclamar tanto más alto y públicamente los derechos de Cristo cuanto más son negados y desconocidos en la sociedad moderna.

La mensajera del Amor misericordioso

TRAZARÍAMOS una fisonomía incompleta del padre Orlandis como continuador del padre Ramière si olvidáramos su convicción, que llenaba cada vez más su corazón y su mente, de que en el providencial desarrollo de la devoción al Corazón de Jesús ha tenido una misión decisiva, profundamente misteriosa, la santa que en frase de Pío XII «ha vuelto a hallar el Evangelio, el corazón mismo del Evangelio»: santa Teresita del Niño Jesús.

Los pocos párrafos que en *Pensamientos y ocurrencias* dedica el padre Orlandis a presentar esta

18. Pío XII en su mensaje de Navidad de 1952.

«mensajera de las misericordias inefables del amor de Dios hacia las almas débiles y pequeñas» dejan sentir no sé qué emoción íntima de un encanto sublime y tierno. Estas palabras bastarían para revelar a todos cuantos no tuvieron la dicha de haberlo apreciado durante su vida, los aspectos más cordiales y sobrenaturalmente humanos de la grandiosa personalidad del padre Orlandis. Hombre genial y sutil sentía sin contradicción ni antinomia el mismo entusiasmo por las grandiosas perspectivas de la visión del mundo y de la historia, que por los más delicados matices de la vida del sentimiento y del corazón. En lo humano y en lo sobrenatural puede decirse que la seriedad y la ternura eran las cualidades que procuraba con empeño tenaz, por considerarlas básicas para todo esfuerzo de santificación y de apostolado.

Por esto el padre Orlandis estaba subjetivamente preparado para comprender la coherencia y el enlace objetivo entre la corriente espiritual de la devoción al Corazón de Jesús y el evangélico mensaje de santa Teresita. Su visión unificante y total superaba las contradicciones, en que otros tropiezan, entre los «grandes gestos barrocos» que se les antoja ver en el culto al Corazón del Rey universal Cristo Jesús, y las ternuras «infantiles» y «filiales» de la gran Hija de santa Teresa.

La responsabilidad de Barcelona

PARECE que el padre Orlandis estuvo providencialmente dispuesto, incluso en los aspectos humanos y naturales de su persona y en los del ambiente y circunstancia en que desarrolló su obra, para concebir la grandiosa visión del mundo que, fundamentada en la verdad revelada, recogía en síntesis unitaria las enseñanzas de san Ignacio y de santo Tomás de Aquino, del padre Ramière y de santa Teresita del Niño Jesús. Después de haberse esforzado durante su vida en suscitar una corriente profunda y fecundante de auténtica vida cristiana, deja tras sí una huella espiritual imborrable.

Y es un hecho que se presenta con singular relie-

ve al considerar el desarrollo de la vida y de la obra del padre Orlandis, que toda la tarea de su época de madurez, la que lleva el sello característico del mensaje que estaba llamado a comunicar, se realizó por entero en ésta que él llamaba «misteriosa ciudad», en esta Barcelona que tan íntimamente comprendía y amaba.

Porque nuestro Padre tenía conciencia de esto y expresaba explícitamente su convicción. Creía en los destinos providenciales de Barcelona, en su misión al servicio del reinado de Cristo. Todos recordamos la energía y entusiasmo con que ponderaba las inmensas posibilidades de su «alma cristiana» que reveló Barcelona en el Congreso Eucarístico Internacional.

Consecuente con la seriedad de su carácter, con la conciencia tremenda de las trágicas condiciones del presente y del porvenir del mundo tenía también una viva y despierta conciencia, tensa y exigente, de la responsabilidad de esta noble ciudad.

«Me parece, sin poderlo dudar, que tengo más obligación y deuda a la ciudad de Barcelona, que a ningún otro pueblo de este mundo», decía san Ignacio de Loyola. Muy probablemente podría también afirmarse que Barcelona, entre todas las ciudades de este mundo, se ha de considerar obligada y deudora respecto de san Ignacio y la Compañía de Jesús.

Aquí pues, en buena tierra, en la primera ciudad de España que recibió la semilla esparcida por el padre Ramière, ha caído también la que ha sembrado el apóstol del Reino del Corazón de Jesús, cuya palabra y cuya vida dejan grabada en la conciencia cristiana de nuestra ciudad «el esfuerzo quizá más profundo y serio que se ha hecho últimamente» en favor de este ideal.

Y el Corazón de Jesús es la señal de salvación, el arco iris de esperanza para la restauración cristiana del mundo. La responsabilidad de Barcelona, su obligación y su deuda quedan aumentadas. Sin duda el padre Orlandis intercederá para que la palabra de Dios que él tuvo la vocación de servir «no retorne ya baldía, sino que prospere todo aquello a que Dios la envió».



Dos aniversarios

Hace diez años. Hemos cumplido nuestro primer decenio. Cuando en aquel otro primero de abril iniciábamos nuestra publicación, muchas eran, ciertamente, las ilusiones y esperanzas, pero no menos eran las incertidumbres.

Crear una revista en sí no parece sea cosa demasiado difícil a juzgar por la gran proliferación de ellas que continuamente y en aumento vamos viendo aparecer. Pero dar vida a una publicación que desde el principio preveía tener que ir contra la corriente, no dando lo fácil y ameno, sino lo árido y difícil, lo que precisamente por ser la misma verdad o lo más afín a ella, más cuesta y menos se quiere comprender, eso es cosa muy distinta.



CRISTIANDAD como puede verse por la colección de los números ya publicados durante estos cuarenta años ha seguido fielmente las directrices que se propuso. Aunque muchos de sus fundadores ya faltan, las han continuado una rica profusión de jóvenes que a veces en grupo y a veces de uno a uno han ido tomando el relevo y con sus hijos —numerosos— que forman la tercera generación de Schola y constituyen una magnífica floración que producirá indudablemente óptimos frutos.

Todos como en el principio están convencidos de que «la sociedad es algo más que una especie de buque-transporte para que según los individuos vayan cayendo a la derecha o a la izquierda, se salven o se condenen» y firmes en la idea de la intervención de la Providencia en la marcha del mundo continúan estudiando y enseñando en cursos y conferencias la teología de la Historia para proyectar en la sociedad el mismo ideal con que se inició la revista hace cuarenta años.

Y tampoco ahora como entonces cierra los ojos ante «la inconsistencia y el pesimismo de la situación actual», mucho peor que entonces porque además sufrimos la tergiversación del Concilio Vaticano II, respiramos la atmósfera inficionada por el «humo del Satanás», tenemos el mito de la teología de la liberación, nos inunda el caos de ideas producido por el lavado de cerebro que ejercen los medios de comunicación que con la más completa im-

Conciencia de la dificultad, conocimiento de la gravedad del momento en que vivimos y confianza en la Providencia fueron las premisas de nuestro alborar.

Por ser de invariable actualidad podemos repetir hoy, al cabo de esos diez años, cuanto sobre el particular decíamos en nuestro primer editorial:

«La hora presente es una hora de sufrimiento, es una hora muy grave para la Iglesia, para el mundo, para España, para cada uno de nosotros. CRISTIANDAD ve la luz bajo este signo de dolor, CRISTIANDAD nace con la conciencia de esta gravedad.

»Por la misma razón, la hora presente es también, más que ninguna otra, la hora de la Providencia.

»A ella debemos corresponder con confianza... CRISTIANDAD nace de esa confianza en el Señor.»

FERNANDO SERRANO

A los 10 años (núm. 241, abril de 1954)

punidad, atacan, burlan y ridiculizan hasta lo más sagrado, y en cuanto a la moral, olvidando el principio axiomático de que la inmoralidad es el principio de la decadencia tanto en las naciones como en los individuos, muchos dibujantes, literatos y locutores, parecen buscar su inspiración en el humus de un estercolero. Si a esto se añade el auge del terrorismo en todos sus aspectos y la posibilidad de una guerra atómica con sus desastrosas consecuencias, el panorama no puede ser más desolador. Sin embargo tampoco ahora «cerramos los ojos ante la inconsistencia y el pesimismo, la falta de reacción de tantos que, aunque lastimados en sus sentimientos se acobardan ante la magnitud y la fuerza del ataque, porque CRISTIANDAD no falla en su ánimo ni en su esperanza. Confía en las palabras de Jesús que anunció estas calamidades de los últimos tiempos cuando los hombres «no puedan sufrir la verdad» y aquí y allá vean Mesías y paraísos: «Cuando sucedan estas cosas LEVANTAD LA CABEZA PORQUE LA SALVACIÓN ESTÁ CERCA».

Y la salvación está en el Reino de Dios porque «lo demás se nos dará por añadidura», porque el REINO DE DIOS es el único reino en que DE VERDAD está la justicia, el amor y la paz.

MARÍA ASUNCIÓN LÓPEZ

A los 40 años (núms. 639-642, junio-septiembre de 1984)

Consagración de Schola Cordis Iesu al Inmaculado Corazón de María



¡Oh María, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa del Espíritu Santo!

Ante Vos, que en esta venerable imagen os dignáis presidir Schola Cordis Iesu, nos postramos hoy para consagrar a vuestro Corazón Inmaculado nuestras personas y nuestra obra, suplicándoos confiadamente queráis tomarla bajo vuestra maternal protección.

En la terrible hora que atraviesa la Iglesia de Dios, ¡dadnos entrañas de compasión por los sufrimientos de nuestro Santo Padre el Romano Pontífice, cuyo corazón debe saber de la agonía que oprimió en Getsemaní a nuestro divino Redentor! ¡Haced que nos conmovamos con él por los dolores de todos vuestros hijos perseguidos, sintamos sus peligros y nos enardecen sus gloriosos ejemplos!

¡Alcanzadnos el espíritu de humildad y de pobreza, de desprecio del mundo, el celo por la justicia, la generosa correspondencia al llamamiento de Cristo Rey y una tierna y verdadera devoción al Corazón de Jesús y al vuestro!

¡Abreviad, con vuestra intercesión poderosa, este tiempo de aflicción y de prueba, que por nuestros pecados hemos merecido; triunfe vuestro Corazón Inmaculado, según habéis prometido, sobre el enemigo del género humano; y advenga ya aquel día dichosísimo en que todos los hombres, redimidos por la sangre de Cristo y por vuestros sufrimientos al pie de la Cruz, no formarán más que un solo rebaño bajo el cayado de un solo Pastor!

12 de noviembre de 1951

Pensamientos y ocurrencias

Santa Teresita no sermonea incesantemente sobre la utilidad y necesidad de la devoción al Corazón de Jesús; tampoco teoriza sobre los principios dogmáticos y espirituales en que tal devoción se funda. Pero de la lectura de sus escritos nace espontáneamente en el alma, tan santa, dulce y salvadora devoción, porque el espíritu verdadero de la misma unge y embalsama sus palabras y en ellas el alma que antes no conocía el Amor, lo siente, lo ve y lo gusta.

Las almas tibias y sutilmente sensuales cogerán quizás de las enseñanzas de la Santa sólo las flores, con que las cubre y así distarán mucho de su espíritu, pensando que lo conocen y poseen; pero las almas débiles y humilladas, no; éstas encontrarán en las palabras de la Santa lo que antes tal vez buscaban en balde, el remedio de sus males:

el Amor misericordioso del Corazón de Jesús.

Allí conocerán con nueva luz a María, Madre de Gracia y de misericordia; allí de una manera singular al Espíritu de Dios, al Espíritu de Amor, como suele hablar la Santa, en el cual llamamos a Dios, Padre. De esta manera el alma se embeberá en estas devociones que son fondo y complemento de la devoción al Corazón de Jesús.

Por lo dicho se entenderá cómo concebía yo el espíritu y la formación de los que formarían la legión. Penetrados íntimamente del valor espiritual y social de las revelaciones de Paray, no vacilarían un punto en aceptar como principal medio de su propia

santificación y también de su apostolado el cumplimiento interno y externo, fervoroso y exacto, de los encargos y peticiones que en ellas hace el Sagrado Corazón ni en esforzarse en vivir del espíritu que las anima, ni en poner siempre ante los ojos el ideal

sublime que las impulsa y dirige. Encariñados con las gracias y luces que Dios ha derramado en santa Teresita y en sus escritos, y amaestrados por la experiencia de la virtud espiritual que en ellos se encierra, imitarían su manera de practicar y propagar el espíritu verdadero de la Devoción y de alentarse y esforzarse con sus promesas.

Por fin, no contentándose en cuanto les fuera dado, perezosamente, con la fe del carbonero, procurarían comprender humilde y amorosamente, con el padre Ramière, por qué el Corazón de Jesús es

el centro del dogma cristiano y de la vida espiritual y por qué su devoción ha de ser la tabla de salvación en el diluvio de males que nos amenaza y ahoga. Sabrían que no es algo accidental, sino en absoluto esencial en nuestros días el invocar y rendir homenaje a Cristo como Rey de las almas y de los pueblos; la trabazón íntima e indestructible entre la devoción a Cristo Rey y la devoción al Sagrado Corazón, etc., y otros puntos puestos en claro en los escritos del Padre y según estos conocimientos y convicciones más o menos íntimas y profundas, según la capacidad de cada persona y la luz que el Señor le comunicare, determinarían sus miras e impulsarían su acción.



Fragmento del manuscrito «Pensamientos y ocurrencias», en el que el padre Orlandis explicitó el programa de su acción apostólica.

El lema de «Cristiandad» y su fundador*

ROBERTO CAYUELA, S.I.

Una duda

AL llegar nuestra revista a sus veinte años de vida, no puede faltar en este número, que celebra sus cuatro lustros, un artículo sobre el lema y consigna que dio a CRISTIANDAD con clarividente visión su insigne fundador, el padre Ramón Orlandis, S.I.

Escribe estas líneas quien, a falta de otros méritos, tuvo la dicha de ser confidente de los íntimos secretos del venerado y querido Padre; y depositario de los grandes pensamientos y excelsos ideales de su mente preclara y de su magnánimo corazón.

Y, como punto de partida, será oportuno consignar que no son pocas las personas, a quienes, al leer el lema de la Revista, les ha asaltado una duda, y han hecho una interrogación. Han dicho así: el lema «Al Reino de Cristo, por la devoción a su Sagrado Corazón», ¿no hubiera sido más indicado para una Revista que estuviese dedicada, toda ella, a fomentar la piedad; concretamente a fomentar la piedad hacia el Corazón de Cristo, la piedad hacia Cristo-Rey y su Reino? Tal lema, de expresión piadosa, ¿era apropiado para ser la consigna y el ideal de una Revista, que si bien modestamente, como procede siempre todo lo que está inspirado por la sabiduría cristiana, que es la sabiduría del Evangelio, se consagraba denodadamente a investigar y a poner al alcance de todos los hombres de buena voluntad la teología de la Historia, la de la Iglesia y la del género humano; y la teología de los acontecimientos humanos de nuestra época; y todo, como teología que es, a la luz de la Divina Revelación, y con plenísima sumisión al magisterio de la Iglesia, Una, Santa, Católica, Apostólica y Romana?

Tal fue al principio, y tal ha surgido en el pensamiento y en las palabras de no pocas personas durante estos veinte años, la duda sobre el sentido y la adecuación del lema mismo de la Revista.

Y sin embargo, el padre Orlandis, que mejor que nadie entendió con admirable clarividencia, y sintió con profundo sentido, el significado, el alcance, el objetivo y el ideal de la Revista que fundaba, no vaciló un instante en señalarle ese lema, como expresión total de su carácter distintivo y de su finalidad concreta. Ni tan sólo a los principios de la Revista,

sino que con el correr de los años, se fue reafirmando cada vez más firmemente en mantener su consigna con valerosa energía y con inalterable constancia, mientras vivió. Más aún; concibió este lema como la clave de la Revista, como la idea-madre y la idea-fuerza que había de iluminar y mover, ya de un modo directo, ya indirectamente, pero siempre con intrépida decisión, todos los artículos de CRISTIANDAD.

¡Cuántas veces le oí decir que mientras la Revista fuese fiel a su lema, y no se apartase de él, sería lo que él había intentado y promovido: una revista cual los tiempo actuales necesitan; no una revista más, sino una revista que, sintiendo plena y filialmente con la Iglesia, Madre y Maestra, colaborase con ella, bajo su dirección, y sostenida con las gracias saludables, que como aguas perennes manan de las fuentes del Salvador, a la dilatación y consolidación del Reino de Cristo; y esto precisamente según la mente y las enseñanzas de los últimos Papas, los de nuestra época; es decir, por el medio extraordinario y providencial del culto y devoción al adorable Corazón del que siendo nuestro amantísimo Redentor y Salvador, es nuestro Rey eterno y Señor universal, Jesucristo.

Un gran acto de valor espiritual

NI quiero pasar adelante sin notar que la elección del lema, y la decisión de mantenerlo sin variaciones ningunas y sin arriar la bandera, fue en el padre Orlandis un edificantísimo acto de valentía espiritual. Preveía él, y adivinaba con certera intuición, que no pocos de los que se llaman «espíritus fuertes» se admirarían de ver y volver a ver, mes tras mes, año tras año, un tal lema en todos los números de la Revista; y que no faltarían quienes con irónica sonrisa o con ademán de duda no participarían en la idea de que el lema fuese acertado y de plena significación del carácter de la Revista.

Mas no era el padre Orlandis hombre como para amilanarse por el espantajo del «qué dirán»; no era hombre para dejarse influir, ni menos vencer, por respetos humanos. Y bien podemos decir que al consignar su lema, y al mantenerlo con inquebrantable constancia, triunfó victoriosamente de los respetos humanos; de esos respetos y miras, tan fríamente naturalísticos, o de miopía cristiana, que se comen vivos a tantos hombres de nuestro tiempo.

* Reproducido del número 398, de abril de 1964.

La inspiración del lema

LA inspiración del lema de la Revista no fue otra que la «Consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús», hecha por el papa León XIII.

Estudió el padre Orlandis con atentísima diligencia y penetró con profunda sabiduría teológica la «historia» del solemne Acto de Consagración, con que el inmortal Pontífice quiso que se cerrase el siglo XIX, y se abriese el siglo XX. Consideró los providenciales antecedentes del Acto y su admirable realización; y quiso que se publicase con el título «Emisaria de Cristo Rey; Sor María del Divino Corazón», el relato magnífico de esa soberana «historia», prologando el mismo Padre las páginas luminosas del libro con una introducción, que es una maravilla. Con los ojos del alma puestos en lo que realizó León XIII, ya tuvo la segurísima inspiración para el lema de la revista que fundaba; ni le cabía la más mínima duda de que tal era la voluntad del Señor, norma suprema de toda rectitud y de todo acierto.

Innumerables veces le oímos todos repetir con íntima fruición las palabras que el mismo León XIII, refiriéndose a su Acto de Consagración, solía decir con acento de profunda convicción y con sentimiento de vivísimo gozo: «el acto más grandioso de su Pontificado».

Ya en abril de 1899, dos meses antes del trascendental acontecimiento, recibía León XIII al señor obispo de Lieja, monseñor Doutreloux, en audiencia privada, de la cual escribía así el ilustre prelado: «En este momento, León XIII pareció recogerse unos instantes dentro de sí; y levantándose luego en su sillón, me anunció en tono emocionado y solemne que muy pronto publicaría una encíclica, fundamentando lo que en la misma encíclica pensaba prescribir; o sea la consagración del mundo entero al Sagrado Corazón de Jesús, hasta de las naciones no católicas, y aun de aquéllas que no estaban alumbradas por la fe cristiana; y que mandaría se tuviese un triduo de predicación, los días 9, 10 y 11 de junio, para que se preparasen los fieles al gran acto; y me encargó se hiciera con toda solemnidad en la catedral de Lieja. “Sé —me dijo con palabras inflamadas—, que este acto apresurará para el mundo las misericordias que aguardamos”. Y en el curso de la conversación, el Romano Pontífice llegó a decir esta expresión: “Voy a hacer el acto más grandioso de mi Pontificado”». (Cfr. el aludido prólogo, pgs. XVI y XVII.)

La encíclica anunciada salió el 25 de mayo; era la *Annum Sacrum*; y en ella se ordenaba que el domingo, día 11 de junio, en la iglesia principal de cada población, se rezará la fórmula de Consagra-

ción del mundo entero, que con la encíclica se remitía. El Vicario de Cristo personalmente quiso pronunciar esta consagración, a las siete de la mañana de aquel histórico día 11 de junio, en la Capilla Paulina.

Y ahora cabe preguntar: ¿cómo entendió y valoró el padre Orlandis esta afirmación sorprendente de León XIII?; ¿cómo apreció el significado de que la consagración fuese del mundo entero?; y ¿cómo penetró el sentido de la fórmula de la consagración?

a) Lo primero era el tema preferido de sus conversaciones; lo repetía con admiración profunda y con gozo íntimo; y lo ponía en la más brillante luz con sus comentarios geniales. Bastará, como resumen, el breve párrafo siguiente de su citado prólogo: «¡El acto más grandioso del pontificado de León XIII!; ¡la prescripción y el rezo de unas devotas preces, el acto más grandioso del gran diplomático, del gran político, del gran sociólogo, León XIII! ¿A qué hubieran sonado estas palabras del Papa en los oídos de los intelectuales sin fe, y aun de no pocos católicos? Pronunciadas en la intimidad de una conversación particular, es evidente que no era posible atribuirles al estilo típico de un documento público, cuyo formulario tradicional permite, según piensan algunos, rebajar algo de la importancia que en él se dé a las cosas» (pg. XVII).

b) Cuanto a lo segundo, oigamos también sus mismas palabras: «La Consagración del mundo entero al Sagrado Corazón de Jesús fue al propio tiempo una proclamación de Cristo Rey; una afirmación del derecho de jurisdicción que Cristo ha concedido a su Vicario en la tierra sobre todos los hombres: sobre los bautizados, porque el bautismo los vincula de hecho a la Iglesia, Reino de Cristo; y sobre los no bautizados, por la obligación que tienen de entrar en la Iglesia. Los primeros son súbditos del Papa, de derecho y de hecho; y los segundos no lo son de hecho, pero sí de derecho. Y en esto se fundamenta la legitimidad del acto del Pontífice, por el cual acto, en virtud de la potestad que tiene sobre todos los hombres, a todos consagró a Cristo Rey, a su divino Corazón: a bautizados y no bautizados» (ibíd., pg. XXIV).

c) Queda por consignar cómo penetró el padre Orlandis las palabras y el significado de la fórmula misma de la Consagración, ya que tan vivamente hirieron su espíritu, como un rayo de luz celestial, y le movieron con inspiración decidida a dar a la Revista el lema y el ideal que le dio. Procedamos por partes.

Distinguió en el Acto de Consagración dos partes, con el propio y peculiar significado de cada una de ellas; y se fijó singularmente en la ilación o nexa entre una y otra.

1) Ante todo, una solemne y a la vez humilde y confiada introducción, que consiste en reconocer la presencia de Cristo, que si es presencia espiritual en todos nosotros, y presencia mística en su Cuerpo Místico, la Iglesia, es presencia «verdadera, real y sustancial», conforme a la definición del Concilio de Trento, en la Santísima Eucaristía; es decir, en el Santo Altar, en su Altar, donde se inmola en la Misa, o permanece inmolado en el Sagrario o en la Custodia. Reconocida esta presencia, la acatamos; nos ponemos ante Él con fe y confianza; le invocamos en lo que tiene Él de más atrayente para nosotros: su dulzura, «Dulcísimo Jesús»; y con el título que más nos recuerda su amor, el de Redentor, y Redentor del género humano, de todo él; y esta invocación es que nos mire, que ponga en nosotros sus ojos de amor misericordioso, benigno y obrador de maravillas; y que nos mire así al vernos humildemente postrados delante de su Altar.

II) Tras esta emocionada introducción, el fundamento del acto que vamos a realizar: reconocer la soberanía de Cristo sobre nosotros, como Dios y como Hombre-Dios, Salvador y Redentor, Señor y Rey nuestro. «Vuestros somos».

III) A este firmísimo fundamento sigue el motivo que nos induce y nos mueve a consagrarnos a Él; motivo excelso y de vital consecuencia con la verdad proclamada; motivo que consiste en nuestra voluntad seria y decidida de ser de Él en efecto, en realidad de verdad: «*vuestros queremos ser*».

IV) Fundada ya y motivada la Consagración, la podemos hacer, y la hacemos. Mas, ¿a quién nos consagramos?; «a vuestro sacratísimo Corazón»; es decir, a Cristo, sí; pero a Cristo en el misterio de su amor inmenso y sacrificado, misterio que es la clave de todos sus misterios, y que se expresa y se simboliza, con expresión bíblica y con símbolo humano de todos los tiempos, en su Sacratísimo Corazón.

V) A todo esto sigue en el Acto de Consagración, como con una dolorida exclamación, el reconocimiento de la tristísima desgracia del género humano en la mayor parte de él; porque la luctuosísima desdicha, que cubre de desolación espiritual la tierra, aun después de haber recibido ella la sangre redentora de Cristo, es que muchos jamás le han conocido; y que otros, despreciando sus mandamientos, le han desechado.

Y hasta aquí la primera parte del Acto.

2.º La segunda, en sí misma, es muy fácil de declarar. Salta a la vista que en esta plegaria se contienen dos cosas: una es la proclamación de la realeza de Cristo; que en realidad es rey, y por todos los títulos que pueden hacer legítima esta dignidad y potestad regia; y, además, un encendido deseo y una confiada petición de que, puesto que Cristo es Rey

con plenísimo derecho, lo sea de hecho, y sobre todos los que pertenecen a su Reino; es decir: los hijos fieles, o sea, los católicos de verdad; los que siendo católicos de nombre, no lo son de hecho; y aun los que por errores en la fe, o por escisión de la unidad, viven separados del Rey divino, al no aceptar todas sus enseñanzas, tal como las enseña la verdadera Iglesia de Cristo, que es su Reino en la tierra; o al no reconocer en el Sumo Pontífice romano la autoridad plena del que es vicario o lugarteniente del Rey Supremo en su Reino de la tierra. A esto sigue la alusión a la promesa de Cristo de que algún día se formará un solo rebaño, bajo un solo Pastor; o sea un solo Reino, bajo un mismo y único Rey; y el ruego encendido de que esta promesa se realice en breve.

3.º Y ¿qué sintió el padre Orlandis sobre el nexo o relación entre ambas partes del Acto de León XIII? Ciertamente que esta ilación no se ve a primera vista, pues decimos a Jesucristo que nos consagramos a su Sagrado Corazón; e inmediatamente le decimos: Sed Rey... ¿Es esto, por decirlo así, un salto lírico? De ningún modo. ¿Falta ilación, concatenación de ideas entre la primera y segunda parte? Todo lo contrario. Hay un nexo íntimo, un vínculo ideológico y afectivo estrechísimo, un anillo de oro, que une ambas partes con indisoluble unión; y ese nexo íntimo es el que con profunda penetración vio el padre Orlandis, y lo tradujo en la fórmula del lema que dio a CRISTIANDAD. Veámoslo, para terminar.

El lema: «Al Reino de Cristo, por la devoción a su Sagrado Corazón»

LA preposición «por» indica la relación de medio a fin; y aquí significa que la devoción al Sagrado Corazón es medio eficaz y camino seguro para el Reino de Cristo, porque es medio eficaz y camino seguro para estas tres cosas: a) para que entendamos con profunda penetración el significado de la idea de Cristo Rey, y de la realidad de su reinado; b) para que, tributando nosotros en espíritu y en verdad el debido culto y la sólida devoción al Corazón de Nuestro Divino Rey, logremos ser a boca llena vasallos suyos fidelísimos, y pertenezcamos de hecho y con toda verdad a su Reino; e) y para que inflamados en el amor de correspondencia al que contemplamos en el Corazón abierto de Cristo, nos entreguemos generosamente a trabajar, con el mismo Divino Rey, en su misma empresa de conquista de las almas y de las sociedades para el Reino de la Gracia, que es el que nos lleva al Reino de la Gloria. Consagrándonos nosotros mismos al Corazón sacratísimo de Jesús, cooperaremos a la dilatación y afianzamiento de su reinado, consagrando

por Él todas las cosas humanas, y consagrando el mismo mundo, para que se identifique con el Reino de Cristo.

Y ¿por qué así? El vínculo sagrado, el anillo de oro, el lazo de relación íntima y verdaderísima entre las dos partes del Acto de Consagración que hizo León XIII, lo forman tres grandes verdades, que son las mismas que nos hacen ver por qué la devoción al Sagrado Corazón nos lleva al Reino de Cristo, y nos lleva de la manera mejor, la que siendo la más eficaz y segura, es juntamente la más suave y la más accesible a todo el que tenga en su pecho no un corazón de piedra, sino un corazón de carne; más aún, para cambiar el corazón de piedra en corazón de carne, según la expresión bíblica.

a) La primera de estas tres verdades es que Jesucristo vino para que tuviésemos vida: «Yo vine para que tengan vida, y anden sobrados» (Jn 10,10). Es la vida verdadera, la vida divina en nosotros, la vida de la gracia; la que florece en la tierras, y da el fruto perdurable en el cielo, porque es vida sin muerte, vida inmortal, vida eterna: «Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito, a fin de que todo el que crea en Él, no perezca; sino alcance la vida eterna» (Io., 3, 16). Es la vida que habíamos perdido por la prevaricación de Adán, y que Cristo vino a devolvéndonos; y con más plenitud y grandeza, pues nos la vino a dar incorporándonos consigo mismo; de manera que nuestra vida de la gracia y de la gloria sea una verdadera participación de la vida de Él.

b) Esta vida que Cristo vino a darnos, la recibimos de su Corazón: «Qui Corde fundis gratiam», como canta la Iglesia en la fiesta del Sagrado Corazón; porque en verdad, del Corazón de Cristo, abierto por la lanza del soldado, brota y procede para nosotros la vida sobrenatural; toda ella, con sus divinas realidades: la gracia santificante, las virtudes infusas, teologales y morales, y los dones del Espíritu Santo; como del mismo Corazón traspasado nos envía Cristo su mismo Espíritu Santo, para que nos engendre en el ser de gracia, nos infunda esta vida sobrenatural; y con su acción en nosotros, acción vivificante, nos vaya haciendo semejantes a sí: hombres espirituales y santos, como Él es Espíritu Santo. Sucede en este gran misterio del amor de Cristo algo así como lo que vemos en la vida corporal, la cual en cierto verdadero modo procede del corazón; y así, cuando éste desfallece por un progresivo desfallecimiento, o se paraliza por un colapso repentino, deja, de vivir el cuerpo. Y por eso nos amonesta la Sagrada Escritura: «Más que otra cosa ninguna, guarda tu corazón, porque de él brotan los manantiales de vida» (Prov 4, 23).

c) Y, por último, para darnos Cristo la vida so-

brenatural, y dárnosla por amor, por el amor de su Corazón, anunció y fundó su Reino. En su Reino nos da su vida; por su Reino la tenemos; dentro de su Reino la vivimos y la perfeccionamos con incesante crecimiento. Se atemperó en esto el Señor, como en todo, lo demás de la vida de la gracia, a lo establecido por Él mismo en la vida natural; y por esto, así como venimos a la vida humana en el seno de la sociedad primordial, que es la familia, y después en ella nos formamos; y más tarde, para toda actividad humana nos reunimos en sociedades, y tan sólo alcanzamos el bien común, fin de la sociedad civil, dentro de ella; así fundó su Reino para darnos en él y por él la nueva vida; vida evidentemente superior, vida divina. La predicción del Reino de Dios encerraba, por decirlo así, en el Antiguo Testamento, toda la economía mesiánica; el Bautista anunció la proximidad del Reino de Dios; y el centro de la predicación de Cristo, el núcleo del Evangelio, es el Reino de Dios, del cual dice Cristo: «mi Reino» (Jn 18, 36); y muchas veces lo llama Reino de los Cielos, porque en verdad, del cielo vino, y al cielo conduce; y en este sentido no es de este mundo, como dijo Jesús (ibíd.); es espiritual, porque los medios con que se funda, se consolida y se conserva son espirituales, más aún sobrenaturales; es interno, porque es el reino de las almas; pero juntamente, como debía ser conocido de los hombres, aparece al exterior; es visible el Reino de Cristo: la Iglesia de Cristo.

Así pues, si Cristo vino a darnos la verdadera vida y vida eterna; si la recibimos de su mismo Corazón, porque nos la mereció y nos la da por el gran misterio de su inmenso amor, expresado y simbolizado en su Corazón; y si para que tuviésemos en realidad su misma vida, fundó su Reino; es bien claro que el Corazón divino es la causa de nuestra salud; y que por la devoción a ese Corazón sacratísimo llegamos eficaz y dichosamente a ser propia y plenamente vasallos de su Reino, y aun sus cooperadores en su dilatación: «Al Reino de Cristo, por la devoción a su Sagrado Corazón». Y por esto mismo terminó León XIII su Acto de Consagración con aquella súplica: «Conceded, oh Señor, incolumidad y libertad segura a vuestra Iglesia; otorgad a todos los pueblos la tranquilidad en el orden; haced que del uno al otro confín de la tierra no resuene sino esta voz: Alabado sea el Corazón divino, causa de nuestra salud; a Él se entonen cánticos de honor y de gloria por los siglos de los siglos. Amén».

No podía tener nuestro lema una inspiración más alta y segura; ni lo podemos entender y mantener mejor que a la luz del más grandioso acto del pontificado de León XIII «lumen in caelo».

«CRISTIANDAD» y la encíclica «Annum Sacrum»*

RAMÓN ORLANDIS, S.I.

DOS años hace que CRISTIANDAD se publica y en uno y otro al llegar la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús le ha dedicado todo un número. Este año concurre esta fiesta en la segunda quincena de junio con el Congreso de «Pax Romana» y el plan de que hemos hablado de dedicar a éste un número nos impedía hasta cierto punto seguir la costumbre de los otros dos años. Este impedimento en realidad es más aparente que real, porque según el pensamiento de Pío XI, la fórmula «La Paz de Cristo en el Reino de Cristo» es innegable que se ha de completar con esta otra «Al Reino de Cristo por la devoción al Corazón de Jesús».

Por esto nosotros que queremos ser discípulos fieles e íntegros del Magisterio Pontificio no sabemos separar estas dos fórmulas que creemos indivisibles. Y por esto nos ha parecido necesario al tratar de la primera no dejar en la sombra la segunda, y a esta intención responde el presente artículo

Si algún día, benévolo lector de CRISTIANDAD — dado que no lo hayas hecho hasta ahora— te determinas a leer con interés y atención los documentos pontificios que tratan de la devoción al Corazón de Jesús y de su importancia, no andarás fuera de camino, a nuestro juicio, en comenzar tu tarea por la lectura de la encíclica *Annum sacrum* de León XIII. Es aquella por la cual al finalizar el siglo pasado notificó al mundo entero su determinación deliberada de consagrarlo al Sagrado Corazón. Es ella un documento de tan subido valor, y de tan vital actualidad, que bien comprendido es suficiente para orientar al que no sabe qué rumbo seguir y para confortar el ánimo abatido del pesimista. Por otra parte, las gravísimas y ponderadas palabras con que el Papa expresa su pensamiento, tienen poder para impresionar al corazón del cristiano más frío. Tal vez asomará a los labios del incrédulo una sonrisa burlona al enterarse del remedio con que el Romano Pontífice espera que se han de curar los males del mundo actual. Pero, ¿no se helará esta necia sonrisa, si cae en la cuenta de quién es el Papa que propone la medicina con tanta fe en su eficacia? Si no ha llegado a lo más hondo de la irracionalidad e insensatez no podrá menos de respetar la augusta personalidad de León XIII, de rendir homenaje a la elevación de sus miras, de reconocer el valor de su

sabiduría. ¡Tan lejos estará de mofarse de la luz sobrenatural que no pueden resistir sus ojos míopes y enfermizos! Con todo nos hacemos cargo de que para el incrédulo ha de ser una paradoja inexplicable el que puedan salir de la misma Inteligencia las observaciones tan humanas e la celebrada encíclica *Rerum novarum*, y las sobrenaturales afirmaciones de la Encíclica «Annum Sacrum». Mas el pensador creyente e iluminado por la luz superior de la fe, lejos de hallar oposición entre uno y otro pensamiento, echará de ver que en la Encíclica *Annum Sacrum* se propone el complemento e la otra; el alma que le da vida. ¿No cierra el mismo León XIII la encíclica *Rerum novarum* con la solemne afirmación de que los problemas sociales de nuestros tiempos han de tener el principal remedio en una gran efusión de Caridad, de aquella Caridad cristiana que es el principio de la vida sobrenatural? Y ¿dónde está la fuente única y siempre inexhausta de esta caridad si no en el Corazón de Jesús? ¿Qué maravilla será, pues, que su Vicario en la tierra señale al universo entero dónde hallará el manantial del agua que le ha de sanar?

Decíamos más arriba que el ideal de CRISTIANDAD se cifra en estos dos lemas: 1.º Al Reino de Cristo por la devoción al Corazón de Jesús; 2.º La Paz de Cristo en el Reino de Cristo. ¿Dónde podrá el mundo hallar la paz verdadera, que ha de ser fruto y exponente de su salud verdadera? En el Reino de Cristo; en el reconocimiento pleno y voluntario de la soberanía de Cristo, de su divina autoridad. Y, ¿cómo podrá ser llevado el mundo actual, incrédulo y rebelde, a reconocer y acatar la soberanía de Cristo? Por la devoción a su Divino Corazón, por la creencia en sus promesas y por la confianza en sus auxilios.

Ahora bien, estos dos lemas y la conexión que los unifica queda todo ello probado y declarado en la encíclica *Annum Sacrum*. La conexión de estos dos lemas fué la estrella polar que guió los pasos del padre Enrique Ramière en todas sus empresas, y de su conocimiento y sentido hizo heredero al Apostolado de la Oración con el encargo de que éste los difundiera por el mundo. Y estos dos lemas y la conexión que los une, todo lo hallamos afirmado y declarado en la encíclica *Annum Sacrum*; más aún, todo lo hallamos allí incorporado por vez primera en el Magisterio Pontificio de la Iglesia universal.

*Reproducido del número 45, de junio de 1946.

Schola Cordis Iesu y la revista «CRISTIANDAD»*

JOSÉ M.^a PETIT SULLÁ

EL canadiense padre Gérard Tremblay, S.I., escribía en 1947 para nuestra revista unas líneas específicamente dedicadas a constatar la impresión que le produjo el trato con el equipo de redactores de la revista CRISTIANDAD y la obra que realizaban. Sus palabras cobran el carácter de una definición: «El Apostolado de la Oración engendra necesariamente la acción. CRISTIANDAD es testimonio de ello. El Apostolado de la Oración está orgulloso de haber suscitado tal movimiento.»

Queda así sintéticamente definido el marco en que se inscribe nuestra revista así como el motor que le da razón de ser y vitalidad. Los nuevos socios que se han ido incorporando a Schola Cordis Iesu lo siguen entendiendo así: CRISTIANDAD es un fruto del Apostolado, que pregona —con su peculiar método de estudio y reflexión sobre las realidades contemporáneas— el ideal que da vida a esta institución eclesial y universal que es el Apostolado de la Oración. De tal manera CRISTIANDAD es un genuino fruto del Apostolado que de él se alimentan los propios socios de Schola de manera especial, hasta el punto que la elaboración, difusión y lectura de la revista CRISTIANDAD es algo esencial a Schola Cordis Iesu.

Para entender la relación entre Schola Cordis Iesu y CRISTIANDAD no hay más que atender a la obra completa del padre Ramière. El Apostolado de la Oración no sólo promueve la prioridad de la oración en el orden apostólico sino que anuncia toda la virtualidad del ideal cristiano a un mundo que rehuye lo sobrenatural pero que también se desespera en el estrepitoso fracaso del orgullo humano y de sus nefastos frutos.

A más de cien años de la obra del insigne jesuita podemos seguir pensando que CRISTIANDAD es la revista que el padre Ramière había soñado. La Providencia, que señala los caminos y los tiempos, nos hace sentir hoy esta responsabilidad. Síntomas de esta vocación son, en primer lugar, los ánimos, las bendiciones, y las llamadas a nuestra propia fidelidad que CRISTIANDAD ha recibido de preclaros pastores de la Iglesia, así como la universalidad de nuestra revista, revista barcelonesa, abierta a una variedad de firmas que trascienden siempre su equipo de redacción y, finalmente, la perseverancia durante todos estos años de nuestro lema: AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCIÓN A LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA.

Con motivo de ofrecer a nuestros lectores, en este número, el proyecto de Estatutos de Schola Cordis Iesu como sección nacional del Apostolado de la Oración hemos recogido un apretado resumen de algunos textos que definen el ideal de nuestra revista y sus relaciones con Schola Cordis Iesu y el Apostolado de la Oración.

Origen de la revista

FIEL a las consignas del Apostolado de la Oración del cual es fruto, CRISTIANDAD quiere responder a la intención fundamental del Soberano Pontífice, la que él mismo ha fijado a la Acción Católica: recristianizar el mundo, devolverlo transformado al Corazón de Jesús.

El Apostolado de la Oración engendra necesariamente la acción. CRISTIANDAD es testimonio de ello. El Apostolado de la Oración está orgulloso de haber suscitado tal movimiento.

Este ideal, soñado por el padre Ramière, pueden realizarlo los inspiradores de CRISTIANDAD si son apoyados por los cristianos de todos los países. Precisa que sean comprendidos, que se les traduzca, que sean leídos. Es preciso también que de todas partes se colabore en la redacción de la revista.¹

Los redactores ordinarios de CRISTIANDAD, los que constituyen el núcleo de la Redacción, deben en buena parte su formación a los libros en los que el padre Enrique Ramière nos ha legado su pensamiento y su espíritu. CRISTIANDAD no se considera, ni se puede legítimamente considerar, como órgano oficial ni oficioso del Apostolado de la Oración, cuyo segundo y definitivo fundador fue el padre Ramière, pero hay que reconocer que trae su origen del Apostolado, que en el Apostolado halla su fuerza y que en el Apostolado encuentra la concreción de su espíritu.

Cuando se me preguntaba qué me proponía en estas conferencias solía yo contestar: «Mi intento no es otro sino el de formar celadores del Apostolado de la Oración», y ante la extrañeza de quien preguntaba, respondía yo que el Apostolado, la idea del padre Ramière, sobre todo entre los varones, no tenía tanta aceptación como merecía, porque se miraba por muchos así como una beatería, lo cual era absoluta perversión de la concepción del padre Ramière y suponía una incompreensión lamentable

1. Padre Gérard Tremblay, Director del Apostolado de la Oración, 1947.

*Reproducido del número 957, abril de 2011.

de la devoción al Corazón de Jesús, de las revelaciones de Paray-le-Monial, y de su fin providencial, todo lo cual constaba con toda certeza por los documentos pontificios.²

Su temática

CRISTIANDAD, que viene a luchar por la implantación de un orden divino entre los hombres y las sociedades, afirma desde el primer instante que este orden debe necesariamente basarse: 1.º En una concepción sobrenatural de la vida, y 2.º En una unión estrecha con la Iglesia y con su Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra.

Naturalismo y liberalismo son, pues, los principales enemigos del ideal de CRISTIANDAD. No son los más violentos, pero son, indudablemente, los más insidiosos. Bajo aspectos de prudencia o de equidad, minan las convicciones mismas de los buenos católicos. Todos los demás se originan de ellos, o son matices suyos.

Por esto CRISTIANDAD, sin dejar de combatirlos directamente va a emplear un método indirecto de eficacia positiva: contra el naturalismo la propagación de la devoción al Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el liberalismo, la proclamación de la soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar a la sociedad.³

Nuestra revista se fundó con el propósito de ocuparnos preferentemente de una zona temática en la que nos exponíamos a ser acusados de «beatos» por los políticos y de «políticos» por los beatos: la teología de la historia; la necesidad de la gracia para la ordenación de la sociedad temporal; el deber de una actuación temporal consecuente para la plena fidelidad a la gracia; el concreto despliegue histórico de la Ciudad de Dios; la vocación cristiana de los pueblos...

Más que nunca nuestra tarea de seculares entregados a la tarea de la instauración del Reino de Cristo ha sido puesta en luz por el Concilio Vaticano II, en una línea en la que, por deber de gratitud a Dios, hemos de reconocer que nos preparaba ya la formación recibida de nuestro padre Orlandis.

Más que nunca hemos de ser, por lo mismo, una revista vertida sobre la problemática histórica y social que esté a nuestro alcance abarcar. Sobre estos temas tenemos un estilo y un sistema de opiniones que deberemos ir aportando al diálogo entre los cristianos de nuestro tiempo en el contexto del mensaje conciliar.

La presencia de la Iglesia en el mundo moderno y la marcha a la gran unidad que parecen anunciar los signos de los tiempos son ideales que nos mue-

2. Padre Ramón Orlandis, S.I., 1947.

3. Del número *specimen* de CRISTIANDAD «El porqué de esta revista», diciembre de 1943.

ven desde lo más íntimo. Quien estudie atentamente la grandiosa obra unitaria que es la Revista comprenderá la verdad de lo que afirmamos.⁴

Su peculiaridad

Si hemos de ser sinceros, tendremos que reconocer, y precisamente para nuestra mayor confusión y reconocimiento, que esta revista es una «Revista misteriosa dentro de la misteriosa ciudad».

Ante los tiempos duros que se avecinan: ¡Qué responsabilidad la de negligir esta arma que es CRISTIANDAD, la revista que el padre Ramière soñó, que tanto hubiera querido tener para sí!

No hay otra más pobre si se atiende a los que formamos su Redacción. Pero en cambio no hay otra cuyo contenido —en aquello que, como misterioso maná, es caído del cielo— sea más rico.

CRISTIANDAD, por tanto, debe ser la revista de la esperanza humilde y la humildad esperanzada. Que confía en aquella suprema promesa: «Reinaré, a pesar de mis enemigos». Y cuyo lema es éste: VENGA A NOS EL TU REINO.⁵

La peculiaridad de la revista CRISTIANDAD, que en cada número expone un tema, siempre tratado con competencia y a veces agotado, es de resultados magníficos en el lector serio que busca la verdad.

La Revista no debe descender de este nivel, aunque sea a precio de renunciar a éxitos fáciles.

Ni cederá un punto en su ortodoxia

HOY más que nunca, es necesario aferrarse a la verdad eterna, a la verdad de la doctrina católica, única que puede iluminar las sendas de la inteligencia en medio del confusionismo y rebeldías de la hora presente.⁶

Impregnar de sentido cristiano y sobrenatural la vida entera del hombre y de la sociedad sigue siendo una tarea irrenunciable de todo el que ama a la Iglesia. Ello no se opone en nada —acaba de decir Paulo VI— a la legítima autonomía de lo temporal, sino que por el contrario responde fielmente al concepto de la Iglesia y del mundo que el Concilio Vaticano II ha proclamado con tanta autoridad... CRISTIANDAD debe seguir adelante en su camino de servicio a un ideal perenne: el de que Cristo, por voluntad del Padre, que para eso le envió al mundo, es la Verdad suprema de la historia.⁷

4. Francisco Canals, 1969, en el número extraordinario a los 25 años de CRISTIANDAD.

5. Luis Creus Vidal, abril de 1964.

6. Monseñor Gregorio Modrego, obispo de Barcelona, 1947.

7. Monseñor Marcelo González, arzobispo de Barcelona, 1967.

¿Por qué hablamos de historia?*

DOMINGO SANMARTÍ FONT

SE nos ha hecho la observación: «¿Por qué habláis tanto de historia?» Podríamos decir la vieja frase de que la historia es maestra de la vida, que subsiste con toda su verdad, pese a las diferentes modificaciones que ha sufrido la concepción histórica modernamente hasta llegar a convertirla en una verdadera ciencia.

Ha pasado ya el concepto clásico según el cual para «Saber historia era preciso tener en la memoria la lista de los reyes visigodos con las fechas de su coronación y de su muerte» y otra serie de listas análogas con las fechas correspondientes. La historia se aprendía en pequeños manuales sobrecargados de nombres y fechas.

Hoy se atiende más al carácter y espíritu de las épocas y a la significación y trascendencia de los hechos. Por esto la filosofía de la historia ha alcanzado una tal preponderancia y puede decirse que, a veces, es más significativa una anécdota que una batalla.

Este es el aspecto de la historia que nosotros aspiramos a desarrollar en nuestra revista. Aparte de su valor formativo y de su aspecto agradable responde a otras varias finalidades que vamos a analizar brevemente.

* * *

En un artículo publicado en el número de prueba y titulado *El porqué de esta revista* se decía que los principales enemigos del ideal que propugna CRISTIANDAD y por tanto a los que se proponía combatir en primer lugar, son el naturalismo y el liberalismo. Y seguía así:

«Naturalismo y liberalismo son, pues, los principales enemigos del ideal de CRISTIANDAD. No son los más violentos, pero son, indudablemente, los más insidiosos. Bajo aspectos de prudencia o de equidad, minan las convicciones mismas de los buenos católicos. Todos los demás se originan de ellos, o son matices suyos. Una vez han llegado a introducirse, queda la puerta abierta para todas las formas, de gravedad creciente, que se escalonan por las pendientes del ateísmo y de la Revolución.

«El naturalismo y liberalismo tienen, en este momento, una gravedad especial: empapan hasta tal

extremo nuestro ambiente, nos son tan connaturales, que escapan constantemente a nuestra observación, por lo que a veces, es casi imposible reaccionar contra ellos.»

Ahora bien; estos dos enemigos nuestros principales han actuado, han intervenido en la sociedad y por decirlo así han hecho historia. Y es evidente que una manera de demostrar su importancia y su perniciosidad es mostrarlos en su actuación y en sus esfuerzos para descristianizar al mundo y en su oposición a la Iglesia.

Otra finalidad de nuestra revista es la de despertar un amor consciente a la Iglesia católica. Si además de poseer la fe, gracia inapreciable de Dios, se tienen argumentos para convencer y hacer sentir a sí mismo y a los demás de que la Iglesia a que pertenecemos es la auténtica fundada por Jesucristo y perpetuada a través de los siglos, no hay duda de que nuestra posición, incluso espiritual, es más firme y satisfactoria.

Muchos de estos argumentos, y no de los más débiles, se hallan en la historia. Esta nos muestra a la Iglesia en sus esfuerzos dos veces milenarios para perfeccionar al hombre, y en su lucha, igualmente larga, contra una multitud de enemigos, ya manifiestos, ya solapados, y como puesta muchas veces, aparentemente, al borde del abismo y pareciendo que inevitablemente debía precipitarse en él, ha reaccionado vigorosamente, y por medio de sus energías interiores y con la aparición: de personalidades providenciales, ha salido del peligro más unida y más fuerte que nunca, revelando su origen divino y la asistencia que la dispensa el Espíritu Santo.

A lo largo de la historia hallamos además la existencia de una anti-Iglesia, del «misterio de iniquidad» como dice san Pablo en su segunda Epístola a los Tesalonicenses, que ha constituido la oposición organizada y constante a la misión individual y social de la Iglesia católica. La existencia y conocimiento de esta anti-Iglesia y de su actuación nos da la clave de muchos hechos históricos que de otra manera no la tendrían.

Las flaquezas y prevaricaciones de algunos servidores de la Iglesia, expuestos con seriedad y sin apasionamiento, no son el menor argumento en pro de la divinidad de la misma.

Si a esto unimos la publicación y comentario de documentos pontificios y episcopales, que repre-

* Reproducido del número 21, de 1 de febrero de 1945.

sentan, especialmente los primeros, el pensamiento, por decirlo así, oficial de la Iglesia, creemos haber recurrido a uno de los mejores procedimientos para demostrar la unidad, catolicidad y santidad de la Iglesia, para hacerla amar como a nuestra Santa Madre y proporcionar argumentos para su defensa.

No quiere esto decir que sea la historia el único medio de probar y hacer sentir la divinidad de nuestra Santa Madre la Iglesia, pero sí que es uno excelente y que está más al alcance nuestro ya que no podemos sentar cátedra de teólogos ni filósofos, por lo menos la mayor parte de nosotros.

* * *

Por otra parte, como inspirados y seguidores del Apostolado de la Oración y de su santo y genial fundador el padre Enrique Ramière, creemos firmemente que el lema adaptado, y conocido por todo el mundo *Adveniat Regnum tuum*, no es un ideal inasequible sino que la existencia de un reinado social del divino Maestro, en un plazo más o menos largo, tras desastres mayores o menores, será un hecho.

Nos confirma en nuestra opinión las encíclicas de los últimos pontífices —de los cuales se ha hablado a menudo en nuestra Revista y se volverá a hablar una y otra vez— que frecuentemente y de una manera clarísima manifiestan sus esperanzas de que este ideal sea un hecho. Tomemos por ejemplo la encíclica *Ubi arcano Dei*, la primera de las publicadas por Pío XI, cuando veía al mundo desquiciado por las consecuencias de la Gran Guerra y se podía prever ya el fracaso de la Sociedad de Naciones. Sostiene que la Iglesia tiene virtualidad para dar la paz al mundo e instaurar el Reino de Cristo, expresándose así:

«Pero hay una institución divina que puede custodiar la santidad del derecho de gentes; institución que a todas las naciones se extiende y está sobre las naciones todas, provista de la mayor autoridad y venerada por la plenitud del magisterio: la Iglesia de Cristo; ella es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio, ya por el mandato divino, ya por su misma naturaleza y constitución, ya por la majestad misma que le dan los siglos».

La historia da la explicación de alguna de las afirmaciones que aquí hace Pío XI.

* * *

Fieles discípulos del padre Ramière, creemos con él que la sociedad es algo más que una especie de buque-transporte de la humanidad, para que según los individuos vayan cayendo a la derecha o a la izquierda se salven o se condenen.

Tenemos la firme convicción de que Dios tiene un plan sobre la sociedad como tal, y que ésta progresa indefectiblemente hacia adelante, pese a retrocesos circunstanciales.

Esto es a lo que el padre Ramière llamó la «teología de la Historia». A este tema se dedicó el número 8 de *CRISTIANDAD*.

La idea de la intervención de la Providencia en la marcha de la sociedad no es exclusiva ni original del padre Ramière. En realidad la inició san Pablo y san Lucas. Pero el que la desarrolló fue san Agustín que en obra genial, *La Ciudad de Dios*, nos presenta la lucha, en el mundo, de las fuerzas opuestas que se disputan el triunfo, que ha de acabar siendo de la Ciudad de Dios. Poco desarrollada hasta Bossuet, ha llegado a ocupar en nuestros días un lugar destacado en la obra de insignes pensadores, aun cuando no le den precisamente este nombre. Especialmente Berdiaeff está lleno de esta idea. Probablemente entre los que afirman que la historia no se repite se hallaría en su base, la idea providencialista en una u otra forma.

Nosotros al decir «teología de la Historia» nos referimos a la posibilidad de considerar los hechos históricos a la luz de la Revelación con lo cual podemos explicarnos la esencia íntima de muchos acontecimientos. También, con prudencia y discreción, es posible, algunas veces, prever la marcha, por lo menos en líneas muy generales, de los acontecimientos futuros.

Pero para esto es preciso conocer la historia, por lo menos las tendencias de las distintas épocas, a menudo bien manifiestas en alguno o algunos hechos concretos.

Esto es lo que intentamos hacer con nuestros artículos sobre temas históricos, que no tienen nunca una finalidad de investigación o de simple divulgación sino que nos sirven para confirmar opiniones sustentadas por nuestra revista.



San Pablo, profeta*

ENRIQUE FREIXA PEDRALS

Todo Israel será salvo

Es sabido que, si bien, en su mayoría, las profecías del Antiguo Testamento se relieren al Mesías prometido y tienen el doble objeto de preparar su advenimiento entre el pueblo judío y demostrar luego ante éste que el advenida es el verdadero Hijo de Dios, hay también no pocos textos que, de una manera ya final, ya accesoria, permitieron a los judíos la previsión de acontecimientos de carácter temporal que influyeron de una manera decisiva en su historia y en la del género humano en general, a pesar de que estos acontecimientos no pueden considerarse directamente relacionados con la altísima misión a que estaba predestinado el pueblo escogido por el Señor.

De esta clase de profecías, de importancia secundaria, nos es dable adivinar que no sólo fueron útiles para situar cronológicamente los acontecimientos trascendentales, sino que, por una parte, su cumplimiento constituía una demostración viva de que el Espíritu de Dios había inspirado a sus autores, y serían, en el orden natural, un estímulo para que, de generación en generación, se conservasen escrupulosamente las Letras Sagradas; y, por otra parte, conociendo anticipadamente estos acontecimientos, el pueblo judío pudo, sin duda, conducir de acuerdo con ellos su política particular y quedar mejor librado de los azares de los siglos.

Es de todos conocida, también, que en el Nuevo Testamento hay multitud de pasajes de naturaleza profética, y a la mente del lector acudirán inmediatamente muchos versículos de los Santos Evangelios y del Apocalipsis que se refieren a la destrucción de Jerusalén, a la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo y a las postrimerías de cada hombre y de nuestro linaje humano. Ahora bien: cabe la pregunta: ¿se encuentran también en el Nuevo Testamento profecías relativas a acontecimientos de carácter temporal cuyo cumplimiento no se haya verificada todavía? La finalidad del presente trabajo es afirmar la pasibilidad en cuestión, demostrando prácticamente que existe, por lo menos, una profecía de dicha naturaleza.

* * *

* Reproducido del núm. 5, de 1 de junio de 1944.

Probablemente, en la primavera del año 57, san Pablo se encontraba en Corinto; huido de Éfeso, a consecuencia del motín que, de una manera tan humana, nos describe la pluma maestra de san Lucas (Act 19, 23 y ss.), la pasó a Macedonia; y la grave situación por la que, según las noticias de Tito, atravesaba todavía la Iglesia de Corinto, que él, a costa de tantos sudores, había fundado hacia el año 52, le movió a escribir a los fieles corintios una tercera carta (desgraciadamente, no conservamos más que la segunda de las dos anteriormente escritas desde Éfeso), en la que prepara la segunda y breve visita del Apóstol a los fieles de Acaya; y es en Corinto donde le encontramos a principios de dicho año 57, no sólo preocupado por la dañina simiente allí esparcida por los falsos apóstoles, sino también por la suerte indecisa del cristianismo en una ciudad lejana, en la capital de la gentilidad, que él mismo, al final, y como resumen de su vida, evangelizará de palabra en medio de grandes tribulaciones.

Como había ya ocurrido en otras ocasiones y en otros países, y de la misma manera que muchas veces, en muchas naciones, había de suceder después, el año 49 se publicó un decreto del emperador Claudio expulsando de Roma a los judíos, que debió afectar, sin duda, a muchos hebreos convertidos a la fe; y, por esta razón, la Iglesia de Roma, entre el citado año 49 y el 54, en que murió Claudio, estaría compuesta casi exclusivamente por cristianos venidos de la gentilidad.

Después de la muerte de Claudio, volverían a Roma muchas de los judío-cristianos desterrados cinco años antes, pero los «prosélitos» predominaban ya de tal manera, que la superior cultura religiosa de los judíos y su abolengo de más elevada jerarquía, no impresionarían a los gentiles como en las Iglesias situadas a las orillas de los mares Egeo, Licio y Fenicio; esta anécdota explica que, precisamente en el seno de la Iglesia de Roma y no en las otras, pudiese temerse una revivificación de las rencillas que unos siete años antes había resuelto, con su suprema autoridad, el Concilio de Jerusalén, al definir que no podía exigirse de los gentiles que se circuncidasen; pero, esta vez, el cisma entre judíos y gentiles no se referiría a la simple práctica de unos preceptos, sino que plantearía un problema más profundo: el de la heterogeneidad y homogeneidad (ambas esenciales) de la Iglesia; un problema que planteaban los judíos, que eran el pueblo elegido del Señor, junto con la doctrina de que todas las almas

tenían derecho a la misma fe, a la misma participación de los méritos de Jesucristo, y de que todas ellas podían aspirar a la misma vida eterna; un problema que planteaban los gentiles llegados al buen redil, muchas veces arrojando graves peligros, embelleciéndose con brillantes actos de desprendimiento y premiados por carismas prodigiosos, frente a unos seres arrogantes, cuyo pueblo había sacrificado al mismo Hijo de Dios.

Podemos comprender que estas antinomias, dentro del marco de una serie interminable de discusiones teóricas y de diferencias personales, hubiesen podido amenazar la existencia misma de la Iglesia de Roma; había, pues, el peligro de que en la Sede de Pedro y en la capital del Imperio, la Iglesia desapareciera y que el cristianismo quedase reducido a ser una secta judaica extendida sólo en la mitad oriental del Imperio. Hoy vemos que aquella circunstancia fue providencial, pero, humanamente considerada, el año 57 debía verse grave; san Pablo así la vio: «Id y enseñad a todas las gentes» (Mt 28, 19). Este mandato estuvo siempre vivo en el espíritu del Apóstol, y no cabe la menor duda de que hubiese volado de buen grado a Roma, para derramar allá el torrente impetuoso de su predicación; pero hasta aquella fecha, siempre que se había propuesto ir a Roma «le había salido al paso algún obstáculo» (Cf. Rm 1, 9-13).

Esta vez, el obstáculo fue el tener que remitir a la Iglesia de Jerusalén las limosnas recogidas en varias Iglesias de Macedonia y de Acaya, principalmente en la de Tesalónica (Rm 15, 25 y ss.), y, no pudiendo dilatar más la exposición de su doctrina, escribe a los fieles de la Iglesia de Roma (probablemente desde Corinto a principios del 57) la luminosa epístola que constituye uno de los mayores monumentos de nuestra teología. El «evangelio» de san Pablo, que resuelve todos los problemas, es la salvación de todos (judíos y gentiles), que Dios nos ofrece gratuitamente por medio de la fe en la virtud de la sangre redentora de nuestro Señor Jesucristo. Este Evangelio es una fuerza de Dios hecha para dar salud y que se pone a disposición de todo el que cree, tanto si es judío como gentil (Cf. Rm 1, 16).

Situándose en una excelente plataforma polémica, afea san Pablo, con vehemencia, tanto a los gentiles como a los judíos, sus vicios y pecados, y concluye que unos y otros han desaprovechado los medios que a su alcance tenían para obrar bien, a saber, la razón natural y la Ley de Moisés; la justicia de Dios es esta: «Tribulación y angustia sobre toda alma humana que obra el mal, así judío, primeramente, como gentil; gloria, en cambio, honor y paz para toda el que obra el bien, así judío, primeramente, como gentil: que no hay acepción de personas para Dios» (Rm 2, 9-11).

En estos *primeramente* se encierra gran parte del secreto de san Pablo, ya que, además de en los dos lugares citados lo encontramos también en I, 16; en el plan de Dios todos tenían el mismo acceso a la justificación, por la fe graciosamente ofrecida; pero cabe creer que los judíos hubiesen ocupado un lugar más eminente en el orden temporal y jerárquico, acaso algo análogo al papel que en la Iglesia desempeña hoy día Italia, pues no en balde era el hebreo el pueblo elegido.

Véase, si no, el paralelismo que existe entre 3, 1 y 2, y 3, 9; en la primera cita se afirma que la ventaja del judío es mucha, pues les fueron confiados los oráculos, y establece la inmutabilidad de las promesas de Dios, preguntando: «¿Por ventura su infidelidad anulará la fidelidad de Dios?» (Rm 2, 3 cf. 11, 29) ; en la segunda cita se afirma que el judío no tiene ventaja puesto que todos, tanto judíos como gentiles, están bajo el pecado: «Todos pecaron, y se hallan privados de la gloria de Dios, justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que se da en Cristo Jesús: al cual propuso Dios como monumento expiatorio, mediante la fe, en su sangre, para demostración de su justicia, a causa de la tolerancia de los pecados pasados.» (3, 23 a 25.)

Pero este plan de Dios, referente a la preeminencia del pueblo judío en la Iglesia de Cristo, resultó truncado, valga la frase, por los hechos. Era triste, pero era así. El pueblo judío traicionó su altísima misión; no era que el Señor hubiese encogido su mano para que ésta no pudiese salvar, sino que sus iniquidades pusieron un muro de separación entre ellos y Dios. Jesús no había venido a destruir la Ley ni los Profetas, sino a darles cumplimiento (Mt 5, 17) ; los judíos son la sal del mundo, «pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la salará? Para nada sirve, sino para ser arrojada y pisada de las gentes» (Mt 5, 13).

Era triste, pero era así. El año 42, en que san Pedro salió de Jerusalén para ir a Roma (Act 12, 17), la sal había perdido ya su sabor y empezaba a caer sobre los israelitas el castigo que sobre ellos y sus hijos, insensatamente, reclamaron (Mt 27, 25), y al que se habían hecho acreedores al rebelarse contra los planes del Señor, negándose a continuar ejerciendo el antiguo ministerio en la Nueva Ley.

En la Epístola a los Romanos, san Pablo no se detiene en la eventual rencilla personal, sino que, al contrario, vuela hasta lo más alto de su doctrina y la dirige a la nueva estirpe que recibirá el legado; explica, a la que será la Iglesia primada de la Cristiandad, los dolores y las glorias que cabrán a la heredera de tan insigne jerarquía. Al proceder así, se siente triste como israelita, hasta el punto de desear que, de la misma manera que Cristo tomó sobre sí nuestros pecados para salvarnos a todos, pudiesen caer

sobre él, el Apóstol, los pecados de los judíos para que al pueblo escogido le fuese dado continuar su gloriosa tradición de alianza y adopción.

Con tristeza y solemnidad escribe: «Verdad digo en Cristo, no miento..., que tristeza grande tengo e incesante dolor en mi corazón. Pues desearía ser anatema yo mismo, de parte de Cristo por mis hermanos, parientes míos según la carne, quienes son israelitas, de quienes es la adopción filial y la gloria y las alianzas y la legislación y el culto y las promesas, cuyos son los patriarcas, y de quienes descende el Mesías en cuanto a la carne, quien es, sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amén. Y no es que ande por los suelos la palabra de Dios...» (9, 1 a 6), porque no todos los descendientes de Israel son verdaderos israelitas.

No vamos a desarrollar aquí la doctrina paulina de la gracia y de la justificación por la fe, que tan mal interpretada ha sido a veces, que el Apóstol aplica para hacer ver, en los capítulos 9 y 10, que la razón de la reprobación de Israel está en el orgullo de buscar su justificación por sus propias obras.

A continuación, en el capítulo XI, san Pablo afirma que la reprobación de Israel no es universal (Rm 11, 1 al 12), ni absoluta (Rm 11, 13 al 24), ni perpetua (Rm 11, 25, 36). Profetiza primero de una manera condicionada, la conversión de los judíos cuando, comparando el pueblo de Israel a un olivo y los gentiles a un acebuche injertado, escribe que

«Si algunas de las ramas, quebradas, se desgajaron, y tú, siendo de acebuche, fuiste injertado entre ellas y entraste a participar con ellas de la raíz y grosura del olivo, no te enorgullezcas contra las ramas; que si te enorgulleces (piensa que) no eres tú quien sostienes a la raíz, sino la raíz a ti. Dirás, pues: “Fueron quebradas las ramas para que yo fuera injertado”. Muy bien; por la incredulidad se desgajaron, y tú por la fe te mantienes: pero no seas altanero, antes bien, teme. Pues si Dios a las ramas naturales no perdonó, no sea que tampoco a ti te perdone.

»Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios: la severidad, con los que cayeron; contigo, la bondad de Dios, con tal de que permanezcas en la bondad; que si no, también tú serás cortado.

»Y ellos también, si no persistiesen en la incre-

dulidad, serán injertados (de nuevo), que poderoso es Dios para de nuevo injertarlos. Porque si tú fuiste cortado del que naturalmente era acebuche, y fuera de tu natural fuiste injertado en el olivo bueno, ¿cuánto más ellos, los ramos naturales, serán injertados en el propio olivo?»

Y a continuación reitera esta misma profecía incondicionalmente, al escribir:

Porque no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio... que el endurecimiento ha sobrevenido a una parte de Israel hasta que la totalidad de las naciones haya entrado. Y así, todo Israel será salvo, según que está escrito:

Vendrá de Sion el Libertador, apartará de Jacob las impiedades (Is 59, 20). Y ésta será con ellos la alianza de parte mía cuando hubiere quitado de sus pecados.

(Jer 31, 33 y 34)

No podemos pretender comentar en ningún sentido la cita anterior: los exégetas más iluminados y los más sabios doctores no llegarían a agotar el tema. Subrayemos tan sólo que san Pablo interpreta el versículo 20 del capítulo 59 de Isaías, escribiendo rotundamente: **Y ASÍ TODO ISRAEL SERÁ SALVO.**

Abramos un periódico cualquiera y comprobaremos que gran parte del mundo se mueve en pro o en contra de los judíos; con razón o sin ella, se les acusa en materias muy graves, y muchos de ellos son víctimas de los odios más horribles. En la política, en la banca, en los sumarios de las revistas científicas, los nombres de los judíos acreditan la capacidad de esta raza para ejercer una influencia rectora en toda clase de actividades. Mientras dura su reprobación, son todavía amados por Dios en atención a sus padres (Rm 11, 28). ¿Puede soñarse acontecimiento histórico más transcendental que esta conversión que profetiza san Pablo?

Con esto creemos haber probado la tesis que nos habíamos propuesto y a la cual, de intento, nos hemos circunscrito, huyendo del peligro que el estilo jugoso y rico en conceptos de san Pablo, representa para el que no puede hacer más que repetir a su torpe manera algo de lo mucho que quien lo sabía le enseñó.



La rosa deshojada*

MARÍA ASUNCIÓN LÓPEZ SUÑÉ

«Tú serás una rosa»

Es el corazón del invierno de 1873. En una casa de artesanía de Alençon, entre perlas y encajes¹ nace una niña. En el siglo XIX no cantan juglares los faustos acontecimientos de sus valedores, ni la industriosa Alençon es marco apropiado para desgranar trovas al son de la tiorba en la noche callada, pero no por eso ha de faltarle a la recién nacida el homenaje de la poesía; a las puertas de su dichoso hogar llama una mano infantil² y deja su mensaje en estos versos:

*Souris et grandis vite
Au bonheur tout t'invite
Tendres soins, tendre amour...
Oui, souris à l'aurore
Bouton qui viens d'éclorer
Tu seras rose un jour!*³

El bardo del siglo XIX dice la verdad: La niña es realmente un bellissimo y prometedor capullo de rosa. El azul del cielo ha prendido en sus ojos y su diminuto cuerpecito augura una armonía de perfecciones.

El día 4 de enero es bautizada en Nuestra Señora de Alençon y queda inscrita con los nombres de María Francisca Teresa Martin. Pronto verá en el cielo su inicial formando el brillante cinto de Orión y muy pronto también recibirá del Señor, como los vencedores, «aquella piedrecita blanca en la que está escrito un nombre desconocido de todos». Desconocido de todos entonces, pero que es con el que ha pasado a la posteridad santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz.

El tercer grado de humildad

HAN pasado 24 años. Estamos en mayo de 1897. En el convento de las carmelitas de Lisieux dan las ocho de la noche y termina el recreo general, pero les queda todavía a las reli-

*Reproducido del número 88, de noviembre de 1947.

1. Su padre era joyero y su madre tenía un taller de punto de Alençon.

2. El padre de este niño, autor de la poesía, era un pobre socorrido por la familia Martin.

3. Sonríe y crece pronto – Todo te invita a la felicidad – Tierno cuidado, tierno amor – Sí, sonríe a la aurora – Capullo que acabas de abrirte – Tú serás rosa un día.

gias un espacio de tiempo libre. Una de ellas atraviesa el claustro con paso breve y ligero. Es un largo trecho iluminado por una lámpara de luz tan escasa que se percibe pero no alumbra, por lo que únicamente se puede adivinar su esbelto talle y su andar alado. Al llegar al final sube una escalera, abre una puerta, coge de una repisa una lamparilla individual, y su luz, vacilante al principio, ilumina un aposento de paredes altas, blancas y lisas; un ventanal cerrado hasta la mitad por espesas celosías empujadas en la pared, unas pobres mantas cubren el jergón que sirve de cama, sobre la que hay una gran cruz adornada con ramitas de palma bendecida; una mesa pequeña arrimada a un ángulo de la pared, un banquillo para sentarse, y, completando la visión de suma pobreza de esta celda, un cántaro grande, desportillado y roto.

El paso por el claustro abierto, húmedo y aún frío a pesar de ser bien entrada la estación, y la subida por la escalera la han fatigado, su salud es ya tan precaria... respira con dificultad y se sienta un momento.

La luz le da entonces de lleno y descubre un rostro juvenil de belleza extraordinaria cuyas proporciones armónicas son fiesta y descanso de los ojos y paz del corazón. Ni el pesado hábito, ni las sandalias remendadas que asoman bajo el ruedo de su falda, logran disimular la serena majestad de su aspecto y sus movimientos, y una expresión del todo celestial irradia la virtud de su alma.

El prometedor capullo que nació en Alençon en el crudo invierno de 1873 ha superado todas las esperanzas. A los 24 años no es solamente una espléndida rosa, sino un complejo armónico de perfecciones físicas y espirituales. El equilibrio perfecto de su inteligencia y su sentimiento se trasluce en la serena calma de su aspecto exterior; su porte delicado, sin ser orgulloso, sabe guardar las distancias; su voluntad firme y clara como un diamante sabe persuadir sin imponerse; sus ojos límpidos que han adivinado todas las fragilidades de la humanidad la miran con amor, pero sin sentimentalismo; nunca se ha sorprendido una palabra dura en aquella boca suave y es imposible imaginar ningún pensamiento mezquino bajo su noble frente. Cualquiera, a primera vista, puede reconocer que su belleza es digna de un trono, su inteligencia de una cátedra, su santidad de un altar.

Precisamente la sorprendemos en el momento en que podemos penetrar en el santuario íntimo de su

alma y descubrir el móvil misterioso que ha empujado la voluntad de esta criatura privilegiada a recluirse en la pobre celda del convento de carmelitas de una olvidada ciudad de Normandía.

No ha concedido largo tiempo al descanso. Hojea unos papeles, y como la mesa es muy pequeña, apoya sobre sus rodillas una caja que le sirve de pupitre, traza sobre el blanco papel la señal de la cruz y transcribe el verso que ya ha compuesto por la mañana y que retiene en la memoria para no faltar un punto a la regla que señala para dedicar a estas expansiones únicamente las horas de tiempo libre, por eso la pluma vuela escribiendo:

La Rose Effeillée

*Jésus, quand je te vois soutenu par ta Mere
Quitter ses bras,
Essayer en tremblant sur notre triste terre
Tes premiers pas;
Devant toi je voudrais effeuiller une rose
En sa fraîcheur
Pour que ton petit pied bien doucement repose
Sur une fleur.
Cette rose effeuillée est la fidèle image
Divin Enfant
Du coeur que veut pour toi s'immoler sans
partage
À chaque instant.
Seigneur, sur tes autels plus d'une fraîche rose
Aime à briller
Elle se donne a toi, mais je rêve autre chose:
C'est m'effeuiller...⁴*

¿Quiere recordar la predicción de su nacimiento, o simplemente expresar en un raudal de ternuras la razón de su vida? Es posible que enlace las dos cosas; pero, además, es cierto que con ello nos da una clave segura que descifra la paradoja que nos ha sorprendido en el primer momento al encontrar tanta juventud, tanta belleza y tanta gracia, recluida en la más rigurosa clausura, cautiva de los votos monásticos y agotada en el cumplimiento de una regla demasiado austera para su exquisita sensibilidad y su delicado temperamento.

Esta razón aparece ya con claridad meridiana; es una inmolación de amor. De un amor vehemente que

4. Jesús, cuando te veo sostenido por tu Madre – Dejar sus brazos – y ensayar vacilante sobre nuestra tierra – Tus primeros pasos – Delante de ti querría deshojar una rosa – En su lozanía. – Para que tu piececito suavemente posar. – Sobre una flor. – Esta rosa deshojada es la fiel imagen – Divino Niño – Del corazón que quiere inmolarse enteramente por ti – A cada instante – Señor, en tus altares más de una fresca rosa – Quiere brillar – Ella se te entrega, más yo quiero otra cosa – deshojarme...

no busca compensación, de un anhelo infinito que se abandona hasta el heroísmo.

Se ha enamorado de Jesús Niño y ha penetrado el misterio fecundo de su infancia. Arrobada ve cómo se desprende de los brazos de su Madre y ensaya sus primeros pasos; adivina que esos pasitos vacilantes empiezan su ruta hacia el Calvario y sienten ya la aspereza de la tierra seca y dura del destierro. ¿Y no se encontrará manera de suavizar estas asperezas? Sí. Un amor como el suyo es fecundo en ardides. ¿No es ella una rosa? Pues bien, se deshojará donde haya de posar sus piececitos y el divino Niño andará más dulcemente sobre los pétalos fragantes de una flor. Cierro que deshojar una flor en su lozanía supone un desgarrar, un doloroso deshacer la carne viva, la renuncia al ser... mas ¿qué importa? si este dolor es tan sólo una imagen de cómo su corazón, con plena conciencia, le ha inmolado un posible glorioso porvenir con una delicadeza que traspasa los límites de lo humano. Muchas son las flores espléndidas que quieren delante de Jesús atraer por su brillantez sus dulces miradas y gozar los regalados dejos del éxtasis de su amor...; pero ella desea otra cosa, deshojarse... envolver a Jesús en su aroma sin que sepa de dónde viene, si esto fuera posible, «sabiéndolo parece que viene obligado a agradecerlo, ¡y aun esto quisiera evitar!». Como víctima posa voluntariamente en el altar de los holocaustos y quiere desaparecer convertida en aroma sólo por dar gloria y placer al Amado, pues sigue así:

*La rose en son éclat peut embellir ta fête
Aimable Enfant!
Mais la rose effeuillée, on l'oublie, on la jette
Au gré du vent...
La rose, en s'effeuillant, sans recherche se donne
Pour n'être plus.
Comme elle avec bonheur, à toi je m'abandonne
Petit Jésus/
L'on marche sans regret sur des feuilles de rose
et ces debris
Sont un simple ornement que sans art on dispose
Je l'ai compris.⁵*

Aquí la cruda realidad aparece bañada con luz de otras esferas; aquí la suprema aspiración de su alma hecha ritmo y poesía encierra toda la virtualidad as-

5. La rosa en su esplendor embellece tu fiesta – ¡Amable Niño! – Mas a la rosa deshojada, se la olvida, se la deja, – Al capricho del viento. – La rosa deshojándose se da sin condiciones – Para dejar de ser – Como ella con placer, a ti yo me abandono – Pequeño Jesús. – Se anda sin cuidado sobre hojas de rosa –Y estos deshechos – Son un simple ornamento que se dispone sin arte – Ya lo he comprendido...

cética que san Ignacio, aquella gigante fortaleza de la Iglesia, pide a los campeones que más se quieran señalar en el ejército del Rey eternal y Señor universal. Aquí el tercer grado de humildad vibrando en melodías está comprendido, expresado, aceptado, sencillamente...

Sí, la rosa en su esplendor embellece las fiestas, aroma y color son atavíos brillantes de su forma graciosa, el suave balanceo de su talle aumenta el encanto; es obligado el tributo de admiración, es merecido, mas, ¿qué oscuro destino aguarda a la rosa deshojada? Se la olvida, se la deja al capricho del viento; al deshojarse desaparecen la forma y el colorido; saturará el ambiente de aroma que todos aspirarán con placer, pero ¿quién pensará que nace de aquellos pétalos que se pisan sin cuidado, porque son un deshecho?

¡Qué bien conoce Teresa que la rosa deshojada espeja su vida! De este modo el desgarrar puede ser total y hecho sin piedad, porque es plenamente consentido. «Su gloria no aparecerá jamás a los ojos de los hombres»; los altos muros del convento la aíslan del mundo; el velo de religiosa esconde su figura; su inteligencia queda igualmente velada; su arte de conversar, su ingenio, su gracia narrativa, sus cualidades excepcionales, pasarán desapercibidas. Será auxiliar del refectorio, quitará las telarañas de la despensa, barrerá los claustros, escardará el jardín, y largas horas transcurrirán en el lavadero entre el agua helada o los vapores sofocantes de las coladas mil veces repetidas; los impulsos de su corazón ardiente serán estrujados para cumplir la regla; renunciará al calor familiar de la compañía de sus hermanas para alegrar con su caridad el ánimo de las religiosas más desagradables; la incomprensión y los descuidos harán de su vida un martirio y arruinarán su salud. Nada de esto se oculta a su clarividencia, y con todo avanza, alada, ingrávida, sonriente, porque ha considerado que el desprecio es aun demasiado para ella y se ha «apasionado por el olvido».

De su pluma brotan las imágenes con la claridad del pensamiento infantil, algún invisible serafín debe tener el arco tenso disparando las flechas que transverberan de amor; subidos arreboles tiñen su rostro habitualmente pálido, el azul turquí de sus ojos adquiere un brillo inusitado que recuerda el de las sibilas cuando escribe:

*Jésus, pour ton amour j'ai prodigué ma vie
Mon avenir,
Au regard des mortel rose a jamais flétrie
Je dois mourir.*⁶

6. Jesús, por tu amor, he prodigado mi vida – Mi porvenir – A los ojos de los mortales rosa ya marchita – Debo morir.

No es una hipérbole poética, ni el delirio febril de un sueño extraviado. Es el resumen fiel de la realidad de su vida deliciosamente envuelto en una oleada sonora.

Ante tan sutil delicadeza, ¿no han de dejar los pies de Jesús, al posarse sobre los frescos pétalos deshojados a su paso, la impronta de su huella divina? Esto explicaría cómo los rasgos de la vida de Jesús se reflejan en la de Teresa; el misterio fecundo de su infancia cristalizado en «su caminito»; el profundo conocimiento de «los tesoros de ternura encerrados en su Corazón», que inspiran la gozosa ofrenda al Amor misericordioso y la llevan al más sublime grado de aquel místico amor del Amor; el ansia apostólica de salvar y redimir a las almas que la convierte en perpetua orante transformando en amorosas oraciones todos los actos de su vida; y ahora, en su última primavera, cuando contempla con ojos de vidente la larga y dolorosa agonía que ha de culminar en su muerte, se perfilan aún más estos rasgos de semejanza que la hacen decir, como Jesús en Getsemaní: «Señor, hágase tu voluntad». Y haciendo de esta voluntad deber y felicidad, afirme sonriente, con la resolución del convencimiento: Porque quiero, como Jesús, reparar, ¡DEBO MORIR!

No se contenta con afirmarlo una vez, lo repite y lo concreta:

*Pour toi je dois mourir, Jésus, beauté supreme,
Oh! quel bonheur!
Je veux en m'effeuillant te prouver que je t'aime
De tout mon coeur.
Sus tes pas enfants je veux avec mystère
Vivre ici bas
et je voudrais encore adoucir au Calvaire
Tes derniers pas...*⁷

No solamente ha querido deshojar sus pétalos bajo los sonrosados pies del Niño de Belén, del Adolescente de Nazaret, o del sabio Rabí que confundía a los escribas del Templo y los doctores de Israel, sino también delante del Varón de dolores, del deshecho de los hombres, cuando agobiado por la cruz va camino del Calvario bajo el peso implacable de pecados que no ha cometido y quiere reparar. No retrocede cuando el misterio de la infancia de Jesús se resuelve en la revelación del Calvario. Se ha deshojado ofreciéndose a todas las humillaciones y se deshojará ofreciéndose a todos los dolores. Como no puede aliviar a Jesús las agonías y congojas de la

7. Por ti debo morir, Jesús, Beldad suprema – ¡Oh! ¡qué felicidad! – Deshojándome quiero probarte que te amo – De todo corazón. –Bajo tus pasos de Niño yo quiero en el misterio – Vivir en el mundo – Y quisiera también suavizar en el Calvario – Tus últimos pasos...

Pasión, echará pétalos perfumados a sus pies pidiendo para sí la muerte por el martirio de amor. Por el martirio sin gloria de la reparación y expiación.

Legión de amor

COMO ni una sombra empaña la pureza cristalina de la vida de Teresa que siempre ha correspondido a la gracia y no ha conocido jamás la hora vil en que se cede a la tentación, no faltarán aun entre los cristianos más fervorosos quienes crean que ha sido exagerada su inmoliación. «También los Apóstoles murmuraron de la Magdalena cuando esparció su rico perfume sobre la cabeza del Salvador, y quebrando el vaso frágil que lo contenía aromatizó toda la casa.»

Teresa ya sabe que ha de pasar por ilusa a los ojos de los hombres al realizar la ofrenda de todo su ser para expiar y reparar, mas deja al mundo que la juzgue como quiera, y «¿qué importa que el vaso de su vida se rompa si nuestro Señor queda complacido y el mismo mundo se perfuma aun sin quererlo con el aroma que exhala?».

No se crea, sin embargo, que esta entrega la suma en un anonadamiento estéril, en un sentimentalismo inactivo o en el lánguido divagar de un sueño. Al contrario, le da un espíritu combativo, deseos inmensos y conciencia clara de la misión que le ha impuesto el haber conocido que toda criatura necesita para subsistir de una misericordia que es impotente para merecer, y que el amor es la palanca más poderosa para atraer esta misericordia, que es la misericordia de Dios.

Ha sorprendido el secreto del Corazón de Jesús, el crédito ilimitado que concede al amor y la seguridad de que jamás resiste a este dulce reclamo.

En el olvido silencioso de su convento, en la misma actitud con la que la hemos visto escribiendo «La Rosa deshojada», sobre ese mismo pequeño pupitre portátil, ha escrito páginas encantadoras y páginas sublimes que la han hecho mensajera y heraldo de esta nueva divina.

«Su caminito» abre una brecha en los muros de diamante del castillo interior y muestra el atajo para subir a la cima de la perfección. Enseña a especular con el amor valorando con él todas las acciones y aun las cualidades negativas, lo cual no exige obras

extraordinarias, sino simplemente colocarse cada uno en su lugar y no rehuir el ocultarse a los ojos de todos y aun a los de sí mismo, y en una disposición del corazón, que hace pequeño y niño a los ojos de Dios, para que la conciencia de la propia flaqueza les haga objeto de su misericordia y aptos para «revestirse de la virtud y santidad del que es la Virtud y Santidad misma».

Si la austeridad con que se ha ambientado a san Ignacio ha hecho retroceder a muchos para enrolarse en el ejército del Rey eternal y Señor universal, el «caminito» proporciona medios fáciles para vencer este retraimiento, pues el amor humilde y confiado sin restar nada a la suma santidad que pide san Ignacio, da a la austeridad de la virtud requerida y que puede aparecer sombría, encanto de infancia, perfume matinal, rosicler de aurora y claridades de sencillez evangélica que proscriben toda inquietud ya que si Dios es el Señor de los Ejércitos, también ama a los niños, cuida de los pajarillos y viste pródigo a los lirios del campo con ropajes más espléndidos que las vestiduras de Salomón.

Pero no le basta escribir bellas frases y poner en habla humana los secretos del Corazón de Jesús. Si enseña la humildad de hacerse niño, de estar contento con la pequeñez, de no rehuir el ocultarse, ella anda la primera este camino y llega tan lejos que acaba por deshojarse. La gloria de su personalidad excepcional «no se conocerá mientras viva, sólo después de muerta empezará la época de sus conquistas».

Mas, por haberse deshojado durante su vida hará caer después de su muerte una lluvia de rosas. Sus pétalos multiplicados hasta el infinito germinarán en rosas blancas de pureza, rosadas de inocencia, pálidas de abnegación, rojas de martirio; encendidas de caridad, que respondiendo a su conjuro⁸ formarán la LEGIÓN DE AMOR que podría ser decisiva para el triunfo del ejército del Rey eternal y Señor universal que ha de coronar a Cristo Rey porque será la más numerosa, ya que estará formada en el «caminito» que «sin permitir a todos llegar a las alturas a las que condujo a Teresa, no sólo es posible, sino fácil para todos».⁹

8. Sta. Teresita, *Histoire d'un âme*, final del capítulo II.

9. Pío XI.



Presencia de san José en el pontificado de Juan Pablo II*

FRANCISCO CANALS VIDAL

La presencia de san José en la vida de la Iglesia —de la que el papa Juan XXIII subrayó que a la más gloriosa manifestación en los tiempos modernos habían precedido largos siglos de silencio y ocultamiento y que, aun en nuestro tiempo, reiteradamente parece como si se ocultase de nuevo y tendiese como a desaparecer— tiene, en sí misma, una conexión esencial con el misterio de la Iglesia. Juan Pablo II —cuya carta apostólica *Redemptoris custos* es, con la encíclica de León XIII *Quamquam pluries* (15 de agosto de 1889), el más extenso documento pontificio sobre el tema— expresó un criterio de trascendencia decisiva sobre esta conexión. La atención a sus palabras orientará nuestra reflexión sobre el carácter de la presencia de san José en la etapa postconciliar presidida por Juan Pablo II:

«Tenemos la persuasión de que, si la Iglesia de nuevo considerase al esposo de María como partícipe del Misterio divino, podría ella, en camino hacia el futuro juntamente con todo el linaje humano, encontrar de nuevo continuamente su propia naturaleza en el designio redentor que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación» (exhortación apostólica *Redemptoris custos*, n° 1, AAS. núm. 82, 12 enero 1990, pp. 1-34).

Leídas en sí mismas y evitando el desenfoque de debilitar u oscurecer las afirmaciones por los silencios o las omisiones, las palabras de Juan Pablo II, que ciertamente constatan un cierto olvido o desatención hacia José, son todavía más claramente un llamamiento esperanzado a la superación permanente de cualquier crisis de identidad en la vida católica mediante la renovada atención al puesto y misión de José en la economía salvífica, obrada por Cristo por su Iglesia.

Se contempla así a san José en una perspectiva íntimamente conexas e inseparables del modo cómo en el Concilio Vaticano II —en el capítulo octavo de la constitución dogmática sobre la Iglesia, y en la enseñanza de Paulo VI al proclamar, ante el mismo

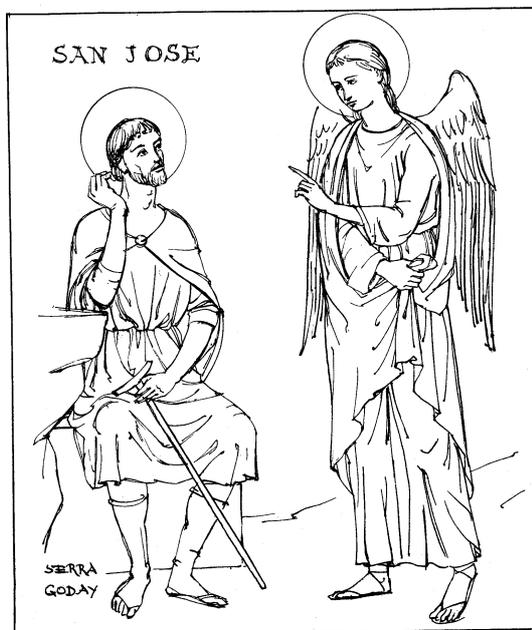
Concilio, la maternidad de María sobre la Iglesia— se contempla a la Virgen Madre de Dios en su función materna en la redención de la humanidad.

Las palabras de Juan Pablo II a lo largo de su pontificado nos iluminan en este punto, y precisamente a su luz podremos también evitar definitivamente cualquier perplejidad que quisiese fundamentarse en los silencios sobre san José y en el mismo ocultamiento del Patriarca, esposo de María y padre de Cristo, como le llamó León XIII en la mencionada encíclica.

Tal vez, la clave para aquel renovado conocimiento de san José en su relación con el misterio salvífico esté en que san José, en su misma vida terrena y ahora en su vida en la conciencia de la Iglesia, nos muestra singularísimamente

la verdad de la misteriosa afirmación que formuló Bossuet ante el joven Luis XIV y la reina madre Ana de Austria: «lo que la Iglesia tiene de más ilustre es lo que tiene de más escondido» (*Oeuvres complètes de J. B. Bossuet*, París 1956, vol. V, sermón de 19 de marzo de 1661). San José, en este mundo y en su tiempo, «no fue noticia». Que lo hubiera sido no hubiera servido al cumplimiento del designio divino, que lo escogió como «sombra del Padre». La progresiva manifestación de su singular servicio a la Encarnación redentora no ha hecho sino hacer brillar, a los ojos del espíritu cristiano, su asociación inseparable a la vida oculta de Jesús y de María. El misterio de Nazaret nos ilumina sobre la aparición de la benignidad y amor a los hombres con los que Dios quiso hacer presente a su Hijo de la forma más admirablemente sencilla y humana.

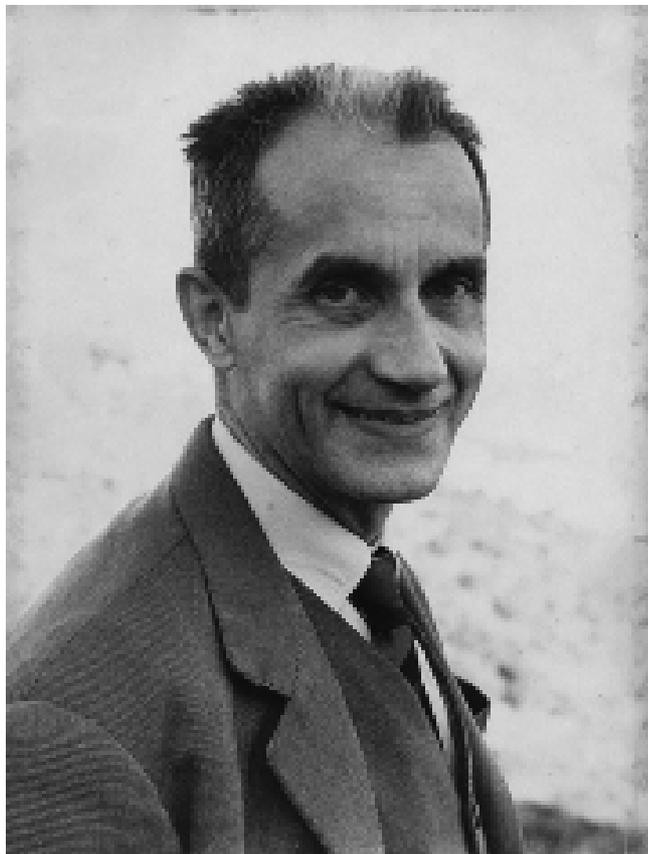
Providencialmente, las palabras del Magisterio han venido a ser como un testimonio de sentimientos que el Espíritu de Dios ha puesto en los corazones de los fieles. El *sensus fidei* del Pueblo de Dios de que habla el Concilio Vaticano II ha venido antes que los testimonios jerárquicos, pero éstos son luminosos y explícitos, mucho más de lo que se reconoce a veces. Vamos a leer algunas palabras de Juan Pablo II, expresivas de este sentir de la Iglesia como Pueblo de Dios.



*Reproducido del número 871, de febrero de 2004.

La primacía de la persona según la doctrina de santo Tomás*

JAIME BOFILL BOFILL



Jaime Bofill Bofill

Una doctrina de la persona, como alternativa entre individualismo y colectivismo

QUEREMOS aludir de modo más directo, ni que sea con la inevitable brevedad, al contenido mismo de la filosofía del Angélico con respecto a la dignidad de la persona, a que se refiere nuestro artículo editorial. Diversos escritores se están ocupando de ello en los últimos años, especialmente en función de los problemas de la sociedad. En otro lugar hemos tratado, por nuestra parte, el problema desde el punto de vista de la consideración especulativa, definiendo a la persona como el objeto por excelencia de esta actividad, la más noble del espíritu, que consiste en la contemplación. Pero hoy vamos a limitarnos al punto de vista so-

cial, para mantener la continuidad temática con otros artículos publicados en *CRISTIANDAD*, ya, sobre todo, por el interés central que a este problema concede el Romano Pontífice en una serie de grandes documentos.

La concepción tomista de la sociedad puede resumirse diciendo que la sociedad es una unidad interpersonal, que las relaciones sociales –incluso las más materiales– deben plantearse como relaciones interpersonales. Pese a lo obvio de este punto de vista para todo cristiano, no es tan fácil adoptarlo consecuentemente en la teoría y en la práctica, y escapar a la vez a los dos miembros de una disyuntiva que, al decir de S. S. Pío XII en el último mensaje de Navidad, constituyen uno y otro una grave perturbación del orden querido por Dios, a saber: que, o bien la persona se afirma y afinca en sí misma, y se contrapone al Estado o a la sociedad en general (individualismo); o bien, al contrario, se subordina a ellos a la manera como la «parte» se subordina al «todo». Este segundo peligro (colectivismo) ocupa preferentemente la atención del Papa en el mensaje aludido.

El peligro «colectivista»

No sería el colectivismo un peligro real si estuviese falto de toda justificación. En realidad no puede ser así, y basta considerar la creciente complicación de las relaciones sociales, de los problemas que la sociedad tiene planteados en nuestros días, para que aparezca con evidencia la necesidad de subordinación de la persona a la sociedad de que forma parte.

Nótese, sin embargo –y aquí está tal vez el meollo de la cuestión–, un matiz sutil de terminología. La palabra *parte*, empleada para caracterizar la situación de la persona dentro del todo social –cuando decimos que la persona «forma parte» de la sociedad– no implica que la persona sea mera «parte» de ella como una pieza es parte de una máquina o un miembro lo es del organismo; y sin embargo, hay una analogía que justifica el uso de un mismo término en estos diversos casos; analogía forzada en una concepción «mecanicista» o «biologista» de la sociedad, pero no por ello menos real. Así, encon-

*Reproducido del número 216, de 15 de marzo de 1953.

tráramos con frecuencia en el propio santo Tomás esta comparación para hacer notar la pertenencia de la persona a una unidad superior a la que se debe, y por la cual ha de sacrificar sus intereses particulares, incluso, en determinadas circunstancias, su misma vida.

Ahora bien: si la palabra *parte* expresa en los ejemplos citados la pertenencia de una realidad dada a un todo o unidad superior, el tipo o modo de pertenencia es radicalmente distinto en ellos; ya que lo característico de la «parte» propiamente dicha (la parte de un todo substancial, o incluso la parte de un todo colectivo en cuanto equiparable a aquélla) es justamente carecer de «personalidad». En cambio, el miembro de una comunidad social no pierde, sino que conserva su personalidad, el dominio de sí y su libertad de iniciativa incluso en su subordinación al bien común, incluso cuando en interés de este bien común se le exige el sacrificio de sus derechos. Certo que existen atributos «impersonales» en el hombre, que dan lugar a formas «impersonales» de relación social (así sucede siempre que el hombre es requerido como simple «capacidad funcional», si vale la expresión; es decir, no «por ser quien es», sino por «algo» que de él se espera, por sus «cualidades» o aptitudes para obrar); pero una organización social que se asiente en esta base, que atienda a la «función» sin consideración a la «persona» es contraria a la naturaleza del hombre, cuya condición «personal» es inamisible en toda circunstancia.

Aquí radica la falla de las concepciones «colectivista», «centralista» o similares, a saber: en reducir a una simple condición de «parte» a los miembros de la comunidad social. La consecuencia para la sociedad misma es muy grave, porque esta subordinación de los miembros a la sociedad a manera de «partes» impersonales eliminará de las relaciones sociales todo factor espiritual propiamente dicho, o, como dice el Sumo Pontífice, toda vida interior. Mas, en este momento, la sociedad humana –cuya razón de ser más profunda está en robustecer la personalidad de todos sus miembros– habrá perdido cuanto la distingue, en definitiva, de las formas de convivencia puramente animal.

En esta hipótesis, la sociedad se ordenará bajo un modelo «mecanicista» (la expresión es de Pío XII) o a lo más «organicista», uno y otro incompatibles con una consideración plenamente «personal» del hombre.

Enumeremos rápidamente alguno de los caracteres que revestirá una sociedad así constituida.

Las relaciones sociales, sean privadas o públicas, no se apoyarán en la conciencia ni en motivos morales. «En consecuencia, toda ley tenderá a ser considerada como una ley penal, la actuación de la Justicia como una acción administrativa. Se despo-

jará a la autoridad social de toda majestad; la realeza (que entraña este elemento de «majestad» como un requisito esencial) no será posible.

Por otra parte, la dinámica social no se polarizará en función de un ideal propiamente dicho. Ello entrañará que la solidaridad social se establezca tan sólo para la satisfacción de las necesidades de cada uno, o, lo que es lo mismo, sobre el egoísmo. Pero siendo el egoísmo, por naturaleza, disgregador y no unificador, la solidaridad social no tendrá alguna estabilidad sino recurriendo a móviles de temor: en primer lugar, la presión estatal o social; con frecuencia, además, suscitando un «antagonista» y lanzando a la sociedad por los caminos de una «competencia» que podrá ser más o menos noble y «deportiva» durante algún tiempo, pero que, de sí, tenderá a endurecerse y a degenerar en formas de violencia.

No faltan llamativos ejemplos de lo que estamos diciendo en las sociedades de nuestros días. Así, el «unión» lanzado al proletariado de todo el mundo, se sostiene explícitamente sobre el postulado de la lucha de clases (la burguesía actúa de antagonista); luego, esta «unidad» misma se «mecaniza» y se mantiene por la presión de los sindicatos, dando lugar a una nueva fase en el camino de la redención del proletariado, a saber: la necesidad de salvaguardar la «personalidad» del trabajador frente a estas mismas organizaciones «impersonales» que nacieron, en un principio, para protegerle. (1).

Otro flamante ejemplo lo encontraríamos en la propugnada «Unión Europea» a base de la presión económica americana, y por contraposición a Rusia y países comunistas, que encarnan el necesario antagonista. Nótese la distancia que separa a esta «nueva Europa» de la antigua «Cristiandad» medieval, primariamente constituida en razón de una unidad espiritual.

Concepciones opuestas al «colectivismo». Postulados de toda solución que se apoye en la persona. Primeros elementos de una solución «ad mentem S. Thomae»

LA concepción «colectivista», o «centralista», de la sociedad como un «todo» del que sus miembros son «partes» tiene un primer adversario en el «individualismo»; solución con la que viene alternando pendularmente en la sociedad moderna, pero que no trasciende al colectivismo, toda vez que se apoyan en unas mismas bases. De aquí que varios pensadores, de escuela y formación diversas, hayan buscado en la noción de «persona» que nos ocupa la posibilidad de superar el plano mismo en que la disyuntiva «colectivismo-indivi-

dualismo» se plantea. A estas tentativas les da una enorme autoridad el hecho de que el Romano Pontífice mismo haga hincapié en la noción de persona como centro de su sistema social, para la edificación de un mundo mejor.

Importa, pues, que puntualicemos en lo fundamental las notas de una solución correcta dentro de esta nueva línea, ya que, hemos dicho, no faltan hondas divergencias entre los que pretenden situarse en ella.

Una concepción centrada en la persona o será tan sólo un nombre, o deberá poner su acento en el carácter de «intimidad», de «vida interior», distintivo del ser personal. Una concepción católica (y, por consiguiente, también la concepción tomista) al definir fundamentalmente a la persona por su «capacidad de Dios» (como «capax Dei») concebirá, además, esta vida interior no como descanso y complacencia en meros estados «subjetivos» del espíritu, como un ensimismamiento y reclusión en sí intrínsecamente morbosos, sino al contrario, como una apertura, una «vía» hacia un último fin, la eterna bienaventuranza, que consistirá en la unión personal con Dios. Un paso más, y la misma dinámica social se reabsorberá en el movimiento que esta ordenación al último fin imprime al espíritu, por cuanto la razón de ser de la sociedad se hará consistir en procurar al hombre el clima ambiental y los auxilios indispensables para la consecución de este fin.

Disponemos, pues, con esto de una concepción fuertemente unificada. El orden práctico y social, subordinado a una vida interior que tiene como fin preparar y posibilitar; esta vida, por su parte, concebida como tensión espiritual hacia un fin trascendente, común como tal a todos los hombres; los cuales, en consecuencia, estarán unidos entre sí no sólo por la base de su espíritu, sino también por la cumbre, por cuanto este último fin es, para todos ellos, uno y el mismo.

Y, sin embargo, de limitarnos a esto quedaría, nos parece, un dualismo imperfectamente reducido. En efecto: el último fin de todos los hombres, cabría preguntar, ¿les es común de modo simplemente distributivo o también de modo colectivo? ¿Es, en otras palabras, un fin verdaderamente social?

Una segunda pregunta podría plantearse, simétrica a la anterior: la sociedad propiamente dicha, ¿debe relegarse a una zona inferior y extrínseca de la persona? ¿Debe reducirse a la categoría de condición indispensable para la vida espiritual, de un tributo que esta vida espiritual debe pagar en el hombre a las exigencias de su cuerpo y a las indigencias de su espíritu? O dando otro giro a la pregunta, ¿habría todavía sociedad, de ser el hombre perfecto, o bien ella tiene como única razón de ser tan sólo nuestra imperfección?

Una sociedad de seres personales es ante todo una unidad o comunión espiritual, la prosecución de un ideal común

HEMOS dejado planteadas dos preguntas al fin del párrafo anterior. A la primera de ellas, nos parece, hay que responder: que el último fin del hombre es un fin interpersonal, un fin «social» en el sentido propio de la palabra. ¿No recordamos, en efecto, que el último fin del hombre es una sociedad con Dios, una «amistad» e íntimo conocimiento que unirá con Dios y en Dios a todos los bienaventurados? ¿No recordamos los términos tan significativos de «Patria», «Familia», «Societas beatorum», «Reino de los Cielos», etc., con que la tradición designa esta perfectísima sociedad, eminentemente interpersonal?

Una interpretación estrecha del tomismo, como la de no sé qué doctrina «intelectualista», había eliminado estos aspectos —tan obvios y fundamentales para la mentalidad cristiana— de la síntesis de santo Tomás; y le había atribuido una concepción del último fin del hombre en la línea de la simple «visión» o «posesión» de Dios por una intuición intelectual. Hasta el punto que ha podido interpretarse por algunos críticos como una renovación la dirección tomada en mi libro *La escala de los seres*, al defender este punto de vista más completo, según las orientaciones que desde hace mucho viene imprimiendo el padre Orlandis, S.I., al estudio de los que nos hemos formado bajo su dirección. Por esto causó gran satisfacción en nosotros que un autor tan considerable como el padre Maréchal, S.I., confesara en un apéndice al último tomo de su gran obra *Le point de départ de la métaphysique*, como una laguna de la misma, que debería ser colmada en un volumen ulterior: «El ser intelectual es una “persona”, y no puede satisfacerse con un último fin que fuese tan sólo una “cosa”, un “bien” que debería poseer: si Dios es nuestro último fin, parece que ha de serlo en tanto que “personal”. Pero, de persona a persona, la sola relación susceptible de colmar las aspiraciones profundas es el don recíproco y libre de la amistad». Un «intelectualismo» suficientemente vigoroso, consecuente con las exigencias profundas del dinamismo intelectual, ha desembocado, pues, finalmente, en una concepción que lo desborda, y que nos introduce, por fin, en el centro de la mente de santo Tomás.

Esta manera de considerar el último fin del hombre como un fin social, no puede menos que repercutir, por simetría, en la noción de la humana sociedad. Así, nos encontramos enfrentados con el segundo problema propuesto, y conducidos a afirmar que la sociedad es exigencia de la persona no sólo en razón de sus necesidades materiales y espirituales, que no podría satisfacer en soledad, sino, más profundamente, en razón de su perfección y plenitud,

que se comunica y expande en la mutua comprensión y amistad.

En efecto. Si, como hemos dicho, el último fin del hombre es un fin interpersonal y «social», una comunión «de persona a persona» de los santos con Dios y entre sí, en los lazos de una misma caridad, y de ninguna manera la consecución solitaria de un goce o perfección, un apoderarse del Sumo Bien como de una «cosa» de nuestro exclusivo dominio, la sociedad humana deberá considerarse, según la ley de analogía, fundamental en el pensamiento de santo Tomás, *como una participación y anticipo* de aquella sociedad, como una prolongación en el mundo del «Reino de los Cielos».

Ahora bien: desde este nuevo punto de vista, la sociedad, las relaciones sociales no son, de sí, un obstáculo a la vida espiritual e interior, aunque accidentalmente, dada la condición caída del hombre, puedan constituirlo; no quedan relegadas, de sí, al plano de lo «público», de lo «exterior», de lo que no es «personal» para nadie; y ni tan siquiera deben reducirse al puro orden de la vida activa o «política», es decir, de una actividad meramente preparatoria y medial para la vida espiritual e interior; sino que han de concebirse, más profundamente, como el vivir de una misma vida interior, como una solidaridad en la unión con Dios; y, además, como una redundancia, según las exigencias de la caridad, de esta vida y ple-

nitud interiores hasta los quehaceres más materiales que imponga a la persona y a la sociedad humanas la condición carnal y enferma de su espíritu.

La acción pontificia para «un mundo mejor» tomando como punto de apoyo a la persona, entraña esta nueva concepción de la sociedad, esta renovación que parta del centro de la vida espiritual y se propague de alma en alma, hasta traducirse por fin en las estructuras exteriores mismas de la sociedad, en una organización de la paz, de la que aquella renovación es premisa indispensable. En efecto: la solidaridad social, para ser permanente y constructiva, para conducir a la paz y no a la guerra, a la libertad y no a la esclavitud, ha de ser ante todo una comunión de bienes espirituales al servicio de un Ideal; bienes de los que cada uno pueda participar plenamente, sin necesidad de excluir a los demás, antes al contrario, en perfecta solidaridad interpersonal.

Por esto, la acción pontificia no es una «revolución», un subvertir el orden establecido, pero permaneciendo en el plano de la exterioridad (o, lo que es lo mismo, según santo Tomás, de la violencia); antes bien, se trata de un movimiento ascensional «interior», un contagio de vida y de espíritu sobrenaturales, una comunión y fraternidad que haga de la sociedad, verdaderamente, la prolongación de esta sociedad «íntima» por excelencia que es la familia.

¡Id a Tomás!

Para evitar los errores, que son la causa primera de las miserias de nuestros tiempos, es preciso permanecer fieles, hoy más que nunca, a las doctrinas de santo Tomás. Las varias opiniones y teorías de los modernistas las confundió él victoriosamente, tanto en la filosofía, defendiendo, como hemos visto, el valor y la fuerza de la inteligencia humana, y probando con firmísimos argumentos la existencia de Dios, como en la teología, distinguiendo bien el orden natural del sobrenatural e ilustrando las razones de la fe en todos los dogmas, y mostrando que las cosas creídas con la fe no se apoyan sobre una opinión, sino sobre la verdad y son inmutables; en la ciencia bíblica, dando el verdadero concepto de la divina inspiración; en la disciplina moral, social y jurídica, estableciendo bien los principios de la justicia legal social, conmutativa y distributiva, en las relaciones de la justicia misma con la caridad; en la ascética, dando reglas para la perfección de la vida cristiana e impugnando a los que en su tiempo se oponían a las órdenes religiosas. Y contra esta emancipación de Dios, hoy tan decantada, afir-

ma los derechos de la verdad primera y de la autoridad que tiene sobre nosotros Dios, Señor Supremo. De aquí se verá por qué los modernistas no temen a ningún otro doctor de la Iglesia tanto como a Tomás de Aquino.

Así, pues, del mismo modo que se les dijo a los egipcios cuando estaban grandemente necesitados: Id a José, para obtener de él abundancia de trigo y poder alimentar sus cuerpos, del mismo modo hoy, a todos los hambrientos de verdad, Nos les decimos: Id a Tomás para que os de él, que tiene tanta abundancia, el pasto de la sana doctrina y el alimento de las almas para la vida sempiterna. Que este alimento esté pronto y al alcance de todos fue atestado por la santidad del juramento, cuando se trató de inscribir a santo Tomás en el catálogo de los santos: *«En la escuela luminosa y abierta de este Doctor florecieron muchísimos maestros religiosos y seglares: por su modo sucinto, fácil y claro... hasta los legos y hombres de escasa inteligencia desean leer sus escritos»*.

Pío XI : *Studiorum ducem*

Los Ejercicios de san Ignacio y la esperanza del Reino de Cristo*

JUAN MANUEL IGARTUA, S.I.

EN los Ejercicios de san Ignacio hay una meditación que es la clave de toda su estructura. Es la meditación llamada del Reino o del Rey eternal. El padre De Guibert, experto conocedor de la espiritualidad de la Compañía de Jesús y de los Ejercicios, en su obra póstuma sobre esta espiritualidad declaró a esta meditación núcleo y médula de los Ejercicios. Y se comprende.

Ella es la que da el matiz especial de *servicio activo de amor a la concepción espiritual del cristianismo forjada por san Ignacio*. La figura de Cristo en su vida, pasión y glorificación, es decir el ciclo redentor, forma el tejido de los Ejercicios ignacianos. Pero esta meditación del Rey eternal quiere dar la clave para entender el sentido que para nosotros tiene la vida de Cristo; que es tanto como decir *la clave de nuestra concepción de la vida de Cristo*. Y aún mejor, la clave del mismo sentido objetivo que la vida de Cristo tiene en el plan diario.

Por esto el título de la meditación en éste:

«*El llamamiento del rey temporal ayuda a contemplar la vida del Rey eternal*» (n. 91).

Se trata de encontrar la razón o sentido de esa vida del Rey eternal, que va a ser la substancia de las contemplaciones que tejerán en adelante toda la trama de los Ejercicios. Y al emprender esa contemplación se le propone una parábola militar, que «ayuda a contemplar la vida del Rey eternal».

El modo cómo ayuda a ello es proponiendo delante una empresa o voluntad manifestada de un rey temporal, que ilumina a la empresa o voluntad manifestada del Rey eternal.

Lo principal de la meditación es, sin duda, la voluntad del Rey eternal en su empresa, y la del rey temporal sólo es propuesta parabólicamente para ilustrar aquélla.

Por eso dice el Santo al pasar de la una a la otra:

«Si tal vocación consideramos del rey temporal a sus súbditos, *cuánto es cosa más digna de consideración ver a Christo nuestro Señor, Rey eterno...*» (n. 95).

Por todo esto se puede decir que la clave de los Ejercicios y, por consiguiente, de la espiritualidad que de ellos brota, está en las palabras del Rey eternal que manifiestan su voluntad, y pueden ser llamadas con verdad *el mensaje que nos da el sentido de su vida*.

Estas palabras son dirigidas «a todo el universo

mundo, al cual y a cada uno en particular llama» (n. 95), y son textualmente éstas:

«*Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena me siga también en la gloria*» (n. 95).

Estas palabras son interpretadas por algunos comentaristas de los Ejercicios de este modo:

«*Mi voluntad es conquistar tu mundo interior, oh ejercitante, y todos los enemigos de tu alma, y así entrar tú en la gloria de mi Padre*».

Es decir, que entienden la empresa de Cristo, a la que invita al ejercitante, como una empresa *personal interior*.

¿Este sentido que se da a tales palabras es compatible con la objetividad?

¿La *empresa* que Cristo propone en este mensaje es una empresa que se desarrolla en el interior del alma?

Parece claramente que no. Porque en efecto las palabras son:

«*Conquistar todo el mundo*».

Y se haría preciso hacerle decir «todo tu mundo», lo cual no es la objetividad del texto. *Todo el mundo*, tratándose como sin duda se trata aquí de una conquista *espiritual*, es exactamente lo mismo que «*todos los hombres del mundo*». Es una voluntad de salvación universal de Cristo.

Las palabras que siguen son:

«*Y todos los enemigos*».

Y la interpretación que comentamos le ha de hacer decir con esas palabras lo siguiente: «*todos los enemigos de tu alma*». Pero es claro que tal inteligencia de las palabras textuales no es la objetiva, porque Cristo dice que quiere «*conquistar*» a todos los enemigos, y ¿cómo ha de *conquistar* a los enemigos del alma? Si dijese «*vencer*» a todos los enemigos, tal inteligencia sería posible en esta parte del texto, pero *conquistar* no es simplemente *vencer*.

Por esto el padre Encinas en su magnífico comentario de los Ejercicios, en la primera frase ha entendido el texto de manera obvia:

«*Conquistar todo el mundo: a ti y a todos los demás hombres del mundo: conquistaros para mí sometiéndolos a mi ley...*» (Encinas, *Los Ejercicios de san Ignacio*, 1952, n. /14).

Aquí ha entendido la palabra *conquistas* en su obvio sentido castellano de *someter a su ley*, no destruyendo, sino haciendo cambiar de señor.

En cambio, al pasar a la segunda frase ha dicho:

*Reproducido del número 344, de octubre de 1959.



«Conquistar o *vencer* a todos los enemigos de mi Reino y de vuestra salvación eterna, que son el *demonio, el mundo y la carne*» (Ibid.)

O sea, ha tenido que interpretar la palabra conquistar como equivalente de *vencer* desde el momento en que ha entendido por los *enemigos* a los del alma. Porque ¿cómo podría Cristo hablar de *conquistar* al demonio y a la carne?

Aún podría tomarse sin embargo la palabra *conquistar* en el sentido de *someter*, y el argumento parece que se debilitaría algo. Pero a pesar de todo, en realidad, seguiría en pie la objetividad de que la interpretación de la palabra «*enemigos*» no debe ser la de «los enemigos del hombre interior», sino *los que se oponen al reino exterior de Cristo, que es la Iglesia, es decir los perseguidores y opugnantes*.

La razón es que «*todo el mundo y todos los enemigos*» es el objetivo total único de la conquista de Cristo Rey, y que *Él es quien habla*.

No se puede creer objetiva y textualmente que, siendo Cristo quien habla, trate de «los enemigos» sin calificarlos de modo alguno, y que haya querido hablar de enemigos de otro. Son sus enemigos, los que se oponen a la conquista de Cristo Rey y a su Reino en el mundo, por la conversión de los hombres. Porque engloba en un solo objeto de conquista «el mundo y los enemigos»: si el mundo, o sea todos los pueblos, es el campo donde se desenvuelve su Reino, «los enemigos» son los que se oponen a la extensión de su Reino en el mundo, y son enemigos conquistables, es decir personales, humanos.

Creemos por todo esto que la verdadera interpretación del mensaje del Rey eternal, profundamente escriturística y católica, es la que surge de una confrontación de san Ignacio con san Pablo en la primera carta a los Corintios, donde el Apóstol sintetiza también en una fulgurante visión en el sentido de la misión de Cristo y de su Reino. No queremos decir con esto que san Ignacio se inspirase en el estudio de san Pablo. Si los ejercicios, como él mismo declaró,

le fueron dados directamente por Dios, a modo de inspiración, esto ha de valer, principalmente y al menos, para lo que es la clave y medula de los ejercicios, que es este mensaje del Rey eternal. No sería, por tanto, un *estudio* paulino hecho por san Ignacio, sino una *inspiración* del mismo Espíritu que inspiró al Apóstol, la que a él, soldado sin letras, le habría hecho centrar su sistema de tan maravilloso modo en la gran concepción paulina.

He aquí los dos pasajes que estimamos paralelos:

SAN IGNACIO «Mi voluntad es de conquistar todo el mundo, y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre».

SAN PABLO (1 Cor 15, 24-25) «Es preciso que Él reine mientras pone a todos los enemigos bajo sus pies» (v. 25).

«El fin, cuando entregue el Reino a Dios Padre» (v. 24).

Si esta confrontación es verdadera tendremos un acierto, maravilloso por inspirado, en el soldado sin letras. De golpe se ha situado en la grandiosa concepción del Apóstol como en centro de perspectiva.

Y si esta confrontación es verdadera, el final de san Ignacio, «*así entrar en la gloria de mi Padre*», se corresponderá con la entrega escatológica de Cristo, Rey de su Reino, al fin del mundo al Padre, de la que habla san Pablo. ¿Es esto así? Lo es ciertamente.

En efecto, la expresión del Rey eternal «*entrar en la gloria de mi Padre*» no se refiere a la entrada de la Ascensión, meditación que cierra por cierto, en los Ejercicios, la serie de la vida de Cristo. Se trata de la entrada de Cristo *con su Reino, al fin del mundo*.

Porque no puede invitar Cristo a ir con Él, «*venir conmigo*», al ejercitante que medita su vida, en una empresa que ya *está terminada*, como es el tiempo de Cristo hasta la Ascensión. La empresa a que se le invita es la que dura hasta el fin del mundo, puesto que en ella únicamente puede actuar el ejercitante de hoy; es la empresa de la conquista del mundo, es la empresa del Reino de Dios. Y esta empresa se clausura con la entrada de Cristo al Padre con su Reino al fin del mundo.

Este es pues, a nuestro juicio, el sentido del mensaje del Rey eternal, y por esto es maravillosa *clave de su vida* y nos da su sentido. Porque *la implantación universal del Reino de Dios es la clave de la misión de Cristo y de su vida*, en la concepción de la Escritura toda.

A esta empresa se invita al ejercitante. Es cierto que para comprender el *pleno sentido* de ella le falta aún considerar lo más difícil del mensaje: «*trabajar conmigo para reinar conmigo*», el mensaje de la cruz.

Y por eso en el segundo y tercer puntos de la meditación se proponen al ejercitante dos modos de entregarse a la empresa y al trabajo.

Pero estudiar esta segunda parte rebasa los límites que hemos impuesto a nuestro artículo.

La esperanza cristiana

Es emblemático cómo en el libro del Apocalipsis Juan, retomando la intuición de los Profetas, describe la dimensión última, definitiva, en los términos de la «nueva Jerusalén que descendía del Cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo» (Ap 21, 2). He aquí lo que nos espera. He aquí, entonces, qué es la Iglesia: es el Pueblo de Dios que sigue al Señor Jesús y que se prepara día tras día para el encuentro con Él, como una esposa con su esposo. Y no es sólo un modo de decir: será una auténtica boda. Sí, porque Cristo, haciéndose hombre como nosotros y haciendo de todos nosotros una sola cosa con Él, con su muerte y su resurrección, se ha verdaderamente casado con nosotros y ha hecho de nosotros como pueblo su esposa. Y esto no es otra cosa más que la realización del designio de comunión y de amor tejido por Dios en el curso de toda la historia, la historia del Pueblo de Dios y también la historia de cada uno de nosotros. Es el Señor quien lleva adelante esto.

Hay otro elemento, sin embargo, que nos anima ulteriormente y nos abre el corazón: Juan nos dice que en la Iglesia, esposa de Cristo, se hace visible la «nueva Jerusalén». Esto significa que la Iglesia, además de esposa, está llamada a convertirse en ciudad, símbolo por excelencia de la convivencia y la relacionalidad humana. ¡Qué hermoso es, entonces, ya poder contemplar, según otra imagen también sugestiva del Apocalipsis, a todas las gentes y a todos los pueblos reunidos juntos en esta ciudad, como en una tienda, «la tienda de Dios!» (cf. Ap 21, 3). Y en este marco glorioso ya no habrá aislamientos, prevaricaciones y distinciones de algún tipo –de naturaleza social, étnica o religiosa–, sino que seremos todos una sola cosa en Cristo.

En presencia de este escenario inaudito y maravilloso, nuestro corazón no puede dejar de sentirse confirmado con fuerza en la esperanza. Mirad, la esperanza cristiana no es sencillamente un deseo, un auspicio, no es optimismo: para un cristiano, la esperanza es espera, espera ferviente, apasionada de la realización última y definitiva de un misterio, el misterio del amor de Dios, en quien hemos renacido y en quien ya vivimos. Y es espera de alguien que está por llegar: es el Cristo Señor que se hace cada vez más cercano a nosotros, día tras día, y que viene a introducirnos finalmente en la plenitud de su comunión y de su paz. La Iglesia, entonces, tiene la tarea de mantener encendida y bien visible la lámpara de la esperanza, para que pueda seguir resplandeciendo como signo seguro de salvación e iluminando a toda la humanidad el sendero que conduce al encuentro con el rostro misericordioso de Dios.

PAPA FRANCISCO: audiencia general
de 15 de octubre de 2014